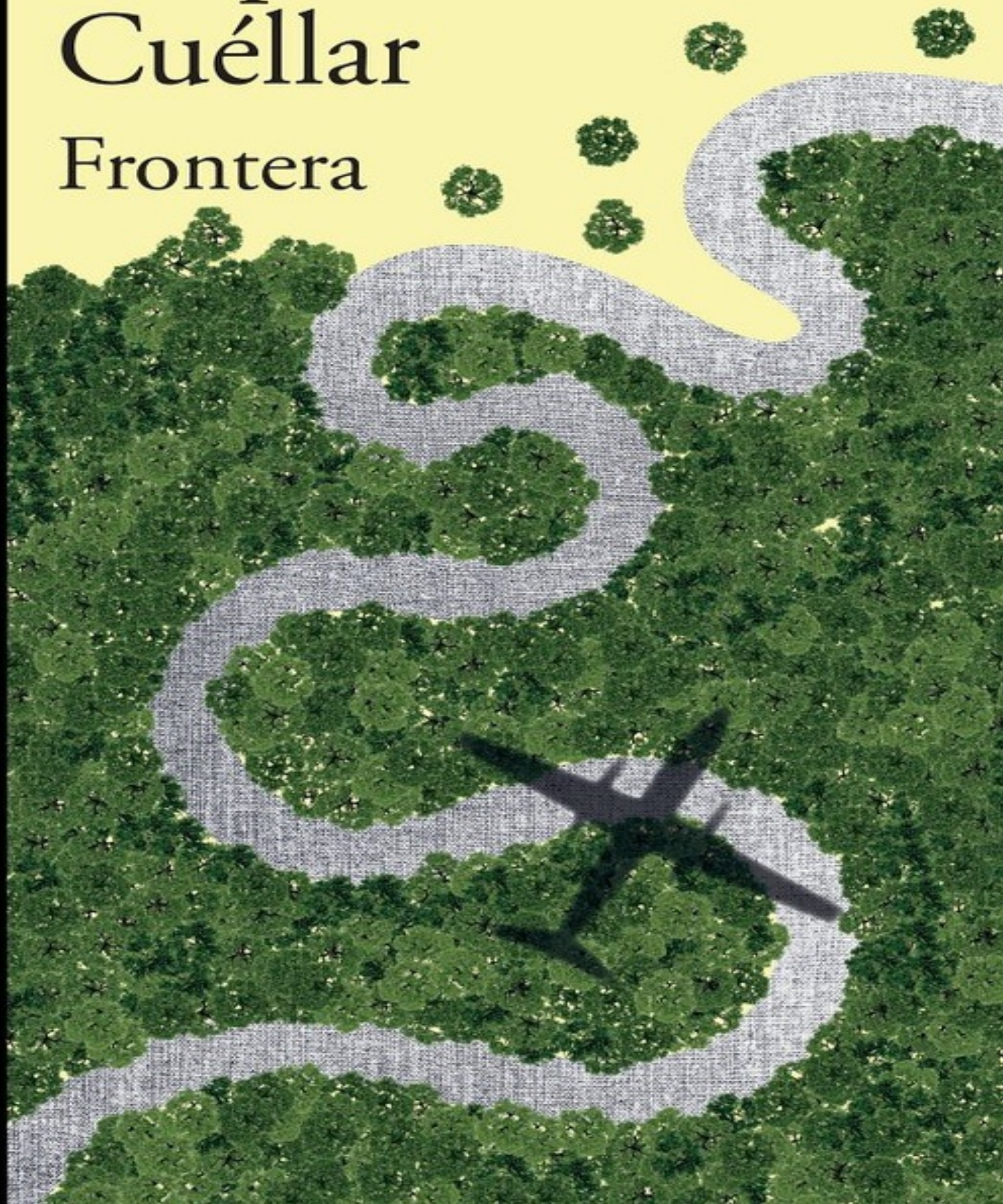


ALFAGUARA

Felipe Martínez Cuéllar

Frontera

Narrativa Hispánica



Felipe Martínez Cuéllar

Frontera

Alfaguara

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

... una frontera salvaje completamente divorciada de las inhibiciones morales de la sociedad humana corriente.

WADE DAVIS *El río*

I

Frente a mí, una advertencia: «Usar el cojín del asiento para flotar».

¿Flotar dónde, si a mis pies no hay más que selva oscura?

Por un instante, imaginé que el avión se iba a pique en esas profundidades verdes, sombrías. En la caída dejaba restos de fuselaje desperdigados sobre los árboles como una tétrica guirnalda de Navidad. Nosotros, los pasajeros, quedábamos muertos entre las ramas y el suelo, abrazados a un inútil cojín, a la espera de flotar sobre algo.

Miré la hora en la pantalla de mi celular, activado en modo avión: 9:09 a.m. Llevaba cuarenta minutos de vuelo. En quince estaríamos aterrizando.

Por la ventanilla pasaban pequeñas nubes que se parecían a los rastros de humo que dejan en el aire los cañones antiaéreos en las películas de guerra. Me asomé. La selva era una sábana azulada que se juntaba con el cielo en un horizonte que no era visible a los ojos sino a la mente. Era como un mar deforme. Las copas de los árboles, apretadas en un tejido de millones de costuras, parecían los brotes de una repugnante enfermedad cutánea. Si no fuera por la silueta del río, que le daba un contorno al paisaje imponiéndole con sus orillas un orden, el mundo habría parecido un infinito sinsentido de cielo y selva, un espacio inabarcable de una realidad absurda. Pero allí estaba, una cinta plateada que atravesaba la espesura con rodeos ágiles como el vuelo de los pájaros. Aquí y allá, hilillos de humo ascendían en el aire desde hogares improbables, evidencia de una vida prehistórica. Todo esto, las aguas tranquilas, los posibles seres en lo profundo del bosque, atenuaba la angustia de la inmensidad. Para mí, era el paisaje ideal. Buscaba hundirme en

lo desconocido.

Había viajado desde Bogotá para intentar olvidar a una mujer. Aunque olvidar era pedir demasiado; quizás se trataba, tan solo, de imponer una distancia entre ella y yo, entre mis recuerdos de ella y yo, entre el mundo y yo. Quería buscar un lugar en el que su existencia fuera imposible.

Ángela. Ángela como un ángel tutelar. Ángela como un ángel guardián. Ángela como un ángel caído.

Un lugar en el que pudiera mirar alrededor sin encontrarla.

No la veía con las formas físicas que puede tener un recuerdo, pues cada día se me desvanecían más en la memoria sus rasgos y sus gestos. Sus ojos cafés, que durante los primeros días me miraron desde el interior con la fijeza de una acusación, ya no eran sino dos charcos ciegos que se esfumaban como si se estuvieran evaporando. La ausencia ya no era una imagen sino un clamor, como el hambre. Y estaba descubriendo que no es posible huir de las cacerías de un corazón roto. El color amarillo del follaje de algunos árboles me recordaba el color de su pelo.

Volví a mirar la hora: 9:18 a.m.

Guardé el celular en el bolsillo del asiento delantero y cerré los ojos para intentar un descanso leve en el descenso final. El avión era un pequeño ATR 42-500 de turbohélice cuyos motores emitían un zumbido relajante.

Me hundí al instante en un sueño profundo poblado de imágenes de personas, familiares, colegas de trabajo, mujeres desnudas y espacios negros.

Desperté cubierto en sudor a pesar del aire climatizado de la cabina. Habíamos abandonado el interior blanco y turbulento de las últimas capas de nubes. Los árboles ya tenían forma. Nos hundíamos en ese piélago de hojas,

ramas y troncos diminutos con la calma de un barco que naufraga, la trompa del avión dirigida hacia un aeropuerto invisible en medio de la selva.

Miré hacia el río. El cauce del Amazonas tenía el color de la piel de un dios indígena bajo la lluvia. Vi al bosque abrirse para darle paso a sus remolinos. Era una visión tranquilizante, líquida.

Segundos antes de aterrizar, el río desapareció en el horizonte. Recosté la cabeza en la silla y me agarré de los descansabrazos. El golpe contra la pista me hizo tambalear de un lado a otro. Volví a leer el aviso: «Usar el cojín del asiento para flotar».

9:26 a.m. Desactivé el modo avión y esperé a que el celular recibiera señal. El indicador en la pantalla mostró una sola barra, así que los anuncios de mensajes o llamadas que hubiera recibido durante el vuelo tardarían varios minutos en llegar. Guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón, me desplazé sobre el asiento vacío a mi izquierda, bajé el equipaje de mano del compartimiento superior y me acomodé en la fila de salida del avión.

Delante de mí esperaban dos hombres vestidos de vaqueros. Botas de cuero, jeans, camisas de cuadros, sombreros tipo Stetson. Parecían salidos de una anticuada película del lejano Oeste, dos representantes de un mundo muerto aterrizando en un mundo en el que no existía el tiempo. De la nada a la nada. Igual que yo.

Para pasar el rato, intenté adivinar los motivos por los que estaban allí, en ese avión. No parecían locales. Iban muy serios, sin hablar, con cara de haber por fin terminado una larga tortura. O como si la tortura los esperara más adelante. O como si ellos fueran a torturar a alguien.

Me fijé también en una familia de indígenas, dos adultos y dos niños, con las caras morenas e inmovibles. El padre llevaba la camisa abotonada hasta el cuello; la madre no se había quitado el suéter de hilo. Uno de los niños dormía en sus brazos. El otro, casi un adolescente, arrastraba un tanque de oxígeno como si fuera un juguete.

«Por eso viajan», pensé; «una emergencia médica».

La fila empezó a avanzar. A cada paso, sentía con más flojera la invasión del aire caliente dentro del avión, su golpe húmedo y relajante. Cuando me asomé al exterior, antes de bajar por la escalerilla, vi a tres chinos que se tomaban fotos junto a la aeronave, con esas caras inexpresivas, poco dignas de confianza, que tienen los chinos. Parecían uniformados: bermudas caqui, camisetas polo blancas y cámaras fotográficas colgadas del cuello. Me fijé bien. Los tres llevaban el mismo modelo: Nikon Coolpix P900. En mi morral yo llevaba una Nikon D5200, más tres lentes.

No soy fotógrafo profesional, pero me gusta el envoltorio de soledad en que me hundo cuando me concentro en lograr una imagen. Es como estar bajo el agua en un estado de absoluta ingravidez, y todos los demás sentidos le ceden su espacio a la vista, a un pequeño rectángulo de realidad que intenta acomodarse en un todo que después podrá ser la representación del universo. Y aunque se logre la imagen o no, el esfuerzo es un viaje mental que compensa todos los fracasos.

«¿Qué hacen acá esos chinos?», pensé.

Tuve que detenerme un momento en la pista para que mi mente, más que mi cuerpo, se acostumbrara al peso del calor: la opresión ardiente de la temperatura era como sumergir el cerebro en brea. Alrededor todo parecía amplio, el interminable cielo en expansión caía sobre nuestras cabezas. Sentí que la presión del morral me formaba una mancha de sudor en la espalda. Dos gotas cayeron desde mis axilas. A cada paso que daba, mi frente se cubría de una capa de grasa líquida que pronto se me empezó a meter en los ojos, resbaló por la nariz, me empapó los labios. Intenté secarme la cara con el faldón de la camiseta, pero antes de entrar a la única sala del aeropuerto ya estaba empapado otra vez.

El aire acondicionado no alcanzaba a refrescar el lugar. El gorgoteo del viejo motor incrustado en lo alto de la pared aumentaba la sensación de

caldera; su soplo tísico no conseguía que la temperatura descendiera más de dos o tres grados. Los pasajeros nos acomodamos junto a la cinta transportadora, un artefacto antiguo formado por negras láminas de caucho superpuestas que salían de una pared, daban la vuelta haciendo una u y desaparecían de nuevo tras el muro. El mecanismo empezó a funcionar, lanzó un par de estertores antes de estabilizarse y la cinta giró perezosamente. Por la ventana vi cómo los auxiliares de la aerolínea, dos jóvenes indígenas con chalecos amarillos, sacaban las maletas del vientre del avión, las depositaban en un carrito metálico que empujaban por la pista y las iban poniendo, una a una, sobre el costado externo de la banda transportadora.

Los vaqueros y los chinos esperaban en silencio. La familia indígena había desaparecido. Observé al resto de los pasajeros. Una pareja de gringos gordos, rubios y colorados acumulaba a su alrededor media docena de morrales, maletas, bolsas de tela y un atado de almohadas. Se movían en torno a su equipaje como atolondrados, tropezaban entre sí, se hacían zancadillas el uno al otro. La mujer —pequeña, enfundada en una sudadera fucsia, con un sombrero demasiado grande encasquetado en la cabeza— intentaba desenredar las correas de dos morrales marca The North Face. Resoplaba a cada intento. Sudaba a chorros. Se veía cómo un acto tan sencillo la hacía sufrir. Mientras tanto, el hombre, con toda la sangre de su rechoncho cuerpo acumulada en el rostro, trataba de equilibrar la carga para poder transportarla en un solo envío fuera de la sala. La precaria pirámide se cayó al suelo varias veces. Ensayaba una nueva combinación de bultos. Volvía a fracasar. Cuando apareció mi maleta en la cinta, él estaba sentado sobre las almohadas, y miraba al frente con desconsuelo. Se veía ridículo. No lo ayudé. Levanté mi equipaje y me dirigí a la salida.

El camino de acceso al aeropuerto terminaba en una reja metálica que lo separaba de la pista. Caminé hacia allá atraído por el movimiento que se veía detrás de los barrotes. Encendí un Marlboro que saqué de uno de los bolsillos

del morral.

Además del avión, cinco avionetas pequeñas estaban estacionadas en fila, de frente al edificio del que yo acababa de salir. En tres de ellas había movimiento, hombres que iban y venían con cajas y bultos. Escuché el motor de una de ellas. La vi remontar despacio por la pista, dar la vuelta en el borde y quedar detenida frente a la extensión hirviente del pavimento, en tensión, como un toro a punto de embestir. Era azul, de un color más sucio y más apagado que el del cielo. Poco a poco el traqueteo del motor aumentó de volumen y de frecuencia. La hélice giró hasta desaparecer. Algo en la superficie de la avioneta se agitó antes de empezar la carrera. Rebotó un poco en los guijarros aplastados por las ruedas. El ruido se hizo insoportable durante el despegue. Vi la rueda delantera de la avioneta alzarse del suelo suavemente, como si nada en el mundo tuviera peso ni materia; la vi avanzar así unos metros, con la cabina levantada y las ruedas traseras todavía carreteando, indecisa, presa transitoria de la gravedad, hasta que todo su cuerpo se elevó por el aire y la silueta pálida del fuselaje se perdió entre el resplandor insoportable de los rayos del sol, confundida con el cielo.

Apagué el cigarrillo en el suelo aplastando la colilla con el talón. Traté de imaginar cómo sería vivir en un mundo en el que los automóviles no sirvieran para nada y el único medio de transporte, además de las lanchas, fueran esas Cessna viejas y resistentes. «Máquinas hechas para durar», pensé con una nostalgia fácil.

Salí a la calle para buscar un transporte hacia el hotel. A la entrada del aeropuerto, tres policías fumaban recostados contra el platón de una camioneta blanca. Cuando pasé frente a ellos, dejaron de hablar.

Mientras esperaba bajo la sombra de una acacia, vi salir a los chinos en una miniván. Tenían los rostros pegados a las ventanillas. Parecían tristes o asustados.

Estiré la mano para detener un mototaxi que subía por el camino. El

conductor, un hombre joven, casi un adolescente, no me ayudó con el equipaje. Arrancamos con un empujón. Volteó la cabeza para darme a entender que esperaba indicaciones.

—Hotel Los Paisas —dije.

El hombre siguió atento a la vía, indiferente a todo.

Las casas que vi a las afueras del aeropuerto eran ranchos de madera con techos de paja trenzada. La calzada era de tierra roja —un polvillo denso que no alcanzaba a elevarse en el aire a nuestro paso, como aplastado por el calor—. Vi a un perro que parecía enfermo y dormía a la sombra de un plátano; vi a un loro verde atado a la rama de una ceiba; vi a un hombre que construía una canoa con un hacha; vi a un niño que se hurgaba con un palo una pústula en un brazo.

A medida que nos alejábamos del aeropuerto y nos acercábamos al centro, las casas de madera les cedieron el lugar a pequeños edificios de cemento. El camino se transformó en una especie de calle pavimentada; ya no era más el sendero destapado, pero tampoco era una avenida terminada. Pensé que todo lo que había visto hasta ahora daba la impresión de ser algo provisional, como si estuviera en un lugar de paso. Era un pueblo sin terminar.

Entonces apareció frente a nosotros una inmensa cancha de fútbol. La grama sintética relucía bajo el sol, con un verde uniforme, artificial. En uno de sus costados se levantaba una gradería de tres pisos, del color gris perla propio de las construcciones nuevas. La rodeamos. Era como un lago de opulencia en medio de tanta pobreza.

—¿Cuándo construyeron la cancha? —le pregunté al conductor.

—La terminaron hace como dos meses —respondió—. Pero todavía no la han inaugurado, en el pueblo no hay equipo.

—¿Y entonces?

El hombre se encogió de hombros.

—Nada —dijo—, a veces la usan los estudiantes, cuando consiguen que les

den permiso en la alcaldía. La han usado como dos o tres veces.

—¿Por qué la construyeron?

—Es que fue un regalo del Gobierno, para fomentar el deporte en la región.

—Ah.

Las únicas cuatro calles pavimentadas se cruzaban en el parque principal. Dos de ellas nacían a los costados de la plaza de mercado, detrás de la iglesia, y morían en el malecón que bordeaba el río. Las otras dos, perpendiculares, salían de cada lado de la estación de policía, a la izquierda de la iglesia, y desembocaban en el camino sobre el cual quedaba mi hotel. Era una cuadrícula simple, marcaba los pequeños límites del poder civil en un gesto más resignado que arrogante. Sobre el techo a dos aguas de la iglesia vi una enorme cruz de madera. Frente a ella, en el parque, se alzaban cinco estructuras incomprensibles de hierro. Parecían hombres raquíuticos fundidos por el calor, retorcidos en un último gesto doloroso y cruel. Se veía que habían estado pintadas de colores vivos, aunque ahora estaban desvaídas por el sol y la humedad. No eran juegos infantiles. No servían para sentarse. No daban sombra.

—¿Qué es eso? —le pregunté al conductor.

Giró la cabeza.

—Unas esculturas que pusieron cuando se cumplieron diez años de la toma del pueblo por la guerrilla —respondió.

—¿Y qué quieren decir?

—No se sabe —dijo—. Las hizo un artista de Bogotá y las instalaron ahí. Ya la gente ni se fija en ellas.

—Ah.

Seguimos de largo hasta la esquina siguiente, donde terminaba la calle. El mototaxi dobló a la derecha y se detuvo con un chirrido de frenos.

Le pagué al hombre, puse la maleta sobre el andén y me fijé en el nombre del hotel, un letrero rojo en lo alto del edificio de tres pisos y vidrios azules.

«Hotel Los Paisas».

Crucé la puerta para entrar a la recepción y fue como ingresar en un ámbito polar. El aire acondicionado debía estar activado a toda potencia. El choque frío, agradable al principio, pronto se convertía en una molesta resequedad helada. La luz artificial, tan fría como el aire, hería los ojos. Las baldosas del piso eran blancas; la pintura de las paredes, azul pastel. Me sentí dentro de un iglú irreal. Al fondo de la sala estaba la escalera que conducía a los pisos superiores. Alcancé a contar cuatro puertas a cada lado. Ocho por piso. Veinticuatro en total. No era tan pequeño. Sin embargo, yo estaba absolutamente solo en ese vestíbulo invernal.

Miré la hora en el celular: 10:19 a.m. Tenía tres mensajes y dos llamadas perdidas. Los mensajes eran de Lucía. Los ignoré. Las llamadas eran de mi mamá. Las devolvería cuando estuviera instalado en la habitación.

Se había abierto una puerta. Junto a mí estaba una mujer alta, rubia, con una sonrisa innecesaria en el rostro. Me fijé mejor: el pelo rubio parecía de paja quemada, reseco como hierba muerta; el cuerpo se suspendía sobre dos sandalias plateadas de tacón de aguja; llevaba las uñas de los pies pintadas de rosa, con dibujos de flores blancas. La pintura de los labios combinaba con las uñas.

—Bienvenido —me dijo, mientras se volteaba y caminaba hacia un mostrador empotrado en una esquina que yo no había visto antes.

La seguí. La blusa blanca, sin mangas, dejaba descubierta la parte baja de la espalda. El pantalón era azul, de licra, casi a juego con las paredes del hotel.

—¿Tiene reserva? —me preguntó. La luz de la pantalla del computador le iluminaba la cara.

Asentí con la cabeza.

—¿A nombre de quién? —volvió a preguntar.

—Santiago Zapata.

Tecleó. La parte superior de las tetas le vibraba como gelatina mientras

movía las manos. No era una visión desagradable.

—¿Solo una noche? —levantó la mirada. Parecía decepcionada.

—Sí, solo una.

Mi plan consistía en pasar esa noche en el pueblo para, al día siguiente, muy temprano, partir río arriba hacia una reserva natural a dos horas de distancia. Solo había una lancha que hacía ese trayecto. Salía del muelle a las seis de la mañana. Allí me quedaría cuatro noches, olvidado entre la selva. Esa tarde, la de mi llegada, la aprovecharía para visitar a Luis Infante, un profesor de escuela al que había conocido un par de meses antes, en un encuentro de maestros que hubo en Bogotá y al que yo había ido como representante del ministerio. Una simpatía fácil me acercó desde el principio a ese hombre grueso, de ojos claros; había algo en su figura que inspiraba confianza, una manera de moverse que envolvía su realidad en un manto de nobleza y sencillez. Durante la cena de cierre del evento logré sentarme a su lado. Permanecí en silencio mientras él me contaba acerca de su trabajo en el pueblo. Era la primera vez que escuchaba historias sobre la Amazonía. Al final, intercambiamos números de teléfono y nos despedimos con un abrazo en la puerta del centro de convenciones.

Antes de mi viaje, hablamos un par de veces más. Me ofreció toda la ayuda posible. Pensé que viajar en la desolación del amor, si estaba cerca de un guía como él, no podía ser tan malo. Él no iría conmigo a la reserva, claro, pero estaría en el pueblo si llegaba a necesitarlo.

—Son sesenta y cinco mil pesos —dijo la mujer—. El desayuno está incluido y se toma en el restaurante, ¿sabe dónde es?

Negué con la cabeza.

—Sale por la puerta y coge a la derecha. Ahí va a ver las mesas afuera.

Saqué mi billetera para pagar.

La mujer me entregó las llaves. Las uñas de las manos también eran rosadas, con la misma flor blanca en el centro: diez flores blancas en diez

dedos flacos. Le di las gracias y me dirigí a la escalera. Antes de empezar a subir, me dijo desde el centro del vestíbulo:

—Mi nombre es Brígida. Cualquier cosa que necesite, a la orden.

Le sonreí. La vi desaparecer tras la puerta junto a la recepción.

Repasé el número en el llavero de madera: 302. En el rellano del primer piso volví a mirar la hora: 10:31 a.m. Un mensaje nuevo. Lucía. Seguí subiendo sin leerlo.

Al llegar a la puerta de la habitación, sin darme cuenta pateé un objeto plástico que estaba puesto en el suelo, a un costado. Una penumbra suave envolvía el pasillo. Me sobresaltó el escándalo de mi estropicio. Tardé un momento en identificar aquello que rodaba hacia una esquina antes de chocar con la pared y detenerse: un balde de plástico rojo. Un charco de agua se extendía sobre el embaldosado. Sentí cómo se me habían humedecido los pies con una lenta sensación de tibieza en las medias. Miré a mi alrededor durante unos segundos, sin comprender. Levanté la vista, desconcertado, hasta que mis ojos se fijaron en un pequeño tubo que sobresalía de la pared y goteaba desde lo alto. Entonces me di cuenta: era el sistema de desagüe del aire acondicionado. Volví la mirada hacia el pasillo. Junto a cada una de las puertas de las demás habitaciones descansaba un balde; todos en perspectiva formaban una fila colorida y alegre. Por alguna razón, esa mañana no habían cambiado el agua del mío, así que ahora tendría que avisar a la mujer de la recepción para que enviara a alguien a limpiar.

Me asomé a la baranda del pasillo, que daba al lobby, para llamarla con un grito.

En ese instante vi entrar a la pareja de gringos, con su equipaje a cuestas, aún sin poder encontrar la mejor manera de cargar en orden sus bultos. Vi a la recepcionista salir de lo que yo suponía era su oficina mientras se acomodaba la pequeña blusa y se limpiaba una mancha imaginaria del pantalón.

—¿Tienen reserva? —preguntó.

—Sí —respondió el gringo.

La mujer se sentó ante el computador. Clavó la mirada en la pantalla, empezó a teclear.

—¿Nombres?

El gringo la miró sin comprender.

—...

Ella levantó la mirada.

—Sus nombres, señor.

—Ah, nombres —respondió el gringo, aunque no parecía que hubiera entendido todavía.

La mujer siguió mirándolo. Él sonrió; asintió con la cabeza.

Ella los señaló con el dedo índice y volvió a decir, con la dicción lenta y bobalicona de quien le habla a un niño:

—Nom-bres.

—Ah, nombres —repitió él, pero esta vez añadió—: John Mills. Mary Mills.

Se señaló a sí mismo y después a su mujer, que se había sentado sobre una de las maletas.

La recepcionista volvió a la pantalla.

Sonrió con amplitud, como hacía siempre que encontraba una reserva.

—Claro que sí —les dijo—. Por seis noches.

Le extendió el formulario al hombre para que firmara.

—¿Qué tal estuvo el viaje? —preguntó, mostrando una simpatía que no había tenido conmigo.

El gringo levantó la mirada del papel y la miró con un gesto asustado.

—Sí —respondió.

«Gringos pendejos», pensé.

Vi a la mujer extenderles la llave, indicarles con la mano la escalera y levantarse otra vez del asiento.

—Bienvenidos —exclamó.

El gringo tomó la llave; se volteó para empezar a cargar su equipaje hacia la escalera.

—Sí —dijo, a modo de despedida, antes de empezar el ascenso.

Permanecí inmóvil. Quería ver en qué piso se alojaba la pareja. Al llegar al segundo, desaparecieron en el pasillo y alcancé a oír la puerta al abrirse y el susurro de las maletas cuando las arrastraron hacia el interior.

Desistí de la idea de llamar a la recepcionista desde la baranda. Abrí sin dificultad la puerta y procuré no pisar el charco de agua al entrar. La habitación estaba caliente y húmeda, como un armario que llevara cerrado desde hacía décadas. Busqué el control del aire acondicionado y lo encendí.

La habitación era casi una celda. Todo el mobiliario lo componían una cama sencilla, un televisor colgado de la pared, una mesita de noche y una silla de madera. Entre la puerta y los pies de la cama no había más de un metro y medio. El baño era diminuto, oscuro como una cueva. Dejé la maleta en el piso, me quité el morral de la espalda y lo puse con cuidado sobre la silla. Me estiré en la cama para probar el colchón. Duro como una tabla. Cerré los ojos un momento para dejar descansar la mente y el cuerpo; hice un esfuerzo consciente por relajar los músculos de las piernas, por dejar el cerebro en blanco, por expulsar como indeseables todas las sensaciones y pensamientos. No dormí, pero sí alcancé a reposar durante unos minutos en un estado de laxitud parecido al sueño, una nebulosa de silencio y calor. Dejé de ver y de escuchar. Las ideas, que hasta entonces habían sido caóticas y poco claras, desaparecieron en un movimiento que yo sabía que era el adecuado para después regresar a ubicarse cada una en su sitio. Así había sido siempre: mi mente confusa debía caer en huecos oscuros para poder emerger con la claridad suficiente para no desesperar, para no hundirme en el odio, para salvar algo de la belleza que pudiera todavía existir en mi interior. Es un movimiento de la memoria: una purga de los recuerdos.

Pensé en Lucía como en una pesadilla reiterada. No era una mujer interesante, no era una mujer inteligente, no era una mujer divertida, no era una mujer bella, pero había encontrado la manera de colarse por los intersticios de mi desdén para instalarse en mi vida como una enfermedad, como un vicio. Me parecían tristes sus aspiraciones, su obtusa confianza en un supuesto talento al que no le dedicaba el menor esfuerzo; su acomplexada vanidad, su humor temeroso del rechazo. Me parecía espantoso, tal vez, lo mucho que se parecía a mí. Y yo me había hundido en ese lodo queriendo descubrir quién reventaba primero, quién volaba en pedazos, destruido e inalcanzable para siempre. Lucía siempre estaba disponible; jamás tuve que luchar o rogar por una tarde a su lado, por dos o tres horas de un sexo sumiso que me dejaba, sin falta, con ganas de vomitar y arrancarme la piel a tiras. Pero quien reventó fue Ángela. Descubrí muy tarde que así tenía que ser. Y su explosión, sus gritos, su llanto, los objetos que flotaron a mi alrededor como asteroides sin dirección dinamitaron todo lo que yo era, reduciéndome a cenizas. Lucía seguía existiendo, pero ya no era más que lo que yo siempre creí de ella, despojada de todo misterio, si es que había habido alguno: un ser despreciable, como yo mismo. Ahí seguía, en el celular, en el correo electrónico, un recordatorio perpetuo del tedio, por si acaso en algún momento había creído ser capaz de olvidarlo. También desapareció de mí todo atisbo de justicia. Con seguridad, ella no se merecía nada de eso, mis opiniones, mis desplantes, mi rechazo, mi asco. Pero no podía ser de otra manera.

La última noche que pasé con Ángela caía un aguacero paralizante. Lo recuerdo bien porque la lluvia nos había impedido salir a cenar a la calle, en algún restaurante al que pudiéramos llegar caminando y del cual regresar tarde no implicara un riesgo innecesario. Nos gustaba caminar. Nos gustaba ensayar restaurantes y comprobar que la publicitada onda gastronómica bogotana no

era más que una burbuja siempre a punto de estallar: lugares con decoración minimalista y platos mínimos —más extravagantes que sabrosos—, precios pasmosos, ambientes de set de televisión y comensales que se comportaban como si estuvieran en París o Nueva York. De vez en cuando encontrábamos alguna sorpresa, pero por lo general nos divertíamos buceando entre tanta mediocridad. Ángela devolvía plato tras plato, enloquecía a los meseros envarados a los que poco les faltaba para tomar los pedidos en inglés; yo miraba todo con displicencia, protegido tras la sombra de una cerveza o de un *old fashioned*. Era una escena que representábamos sin pensar, como un reflejo. Al final, si todo había salido bien —si habíamos logrado ser una pareja insoportable, quisquillosa, si habíamos logrado poner en evidencia tantas farsas—, siempre salíamos felices. Era un ritual, una liturgia. Una farsa más en esa inmensa sucesión de farsas que es la vida. Pero íbamos contentos. Entonces llegó la lluvia y nos impidió ir a comer ese viernes de finales de junio. Cuatro años atrás, al comienzo de la relación, nos gustaba voltear el sofá hacia la ventana para observar en silencio cómo caía el agua. Sin embargo, esa vez, a ninguno de los dos se nos hubiera ocurrido, o no habríamos sido capaces de proponerlo. El miedo al rechazo era grande; era demoledor constatar que el tiempo había transcurrido. Y no podíamos enfrentarnos al miedo. Pedimos un domicilio de sushi. Mientras esperábamos vimos dos capítulos de *Friends* echados sobre la cama. Comimos en silencio, entre las cobijas. Me quedé dormido con una de sus manos atrapada en las mías, sin alcanzar a desearle buenas noches.

La intensidad de su mirada desde los pies de la cama fue como un alarido que me despertó de un golpe. Tenía los ojos enrojecidos, dos lagrimones le escurrían por las mejillas. Comprendí enseguida: sostenía mi celular en su mano derecha. Se lo llevó a la cara y leyó en voz alta el mensaje que Lucía había enviado minutos antes. Después, el teléfono voló como una estrella y se reventó contra la pared, encima de mí; sus partes cayeron sobre la cama como

una lluvia de granizo negro. Tres horas después —iban a ser las dos de la mañana—, estaba sentado en el andén de la calle, calado por la lluvia, con un morral lleno de objetos destruidos, los restos de la noche, sin ánimos para levantarme a buscar un taxi. Saqué del bolsillo los pedazos del celular y los fui arrojando a la pequeña corriente que se formaba entre la calzada y el borde inferior de la acera. En algún momento me puse de pie; en algún momento me fui de allí. Llegué a la casa de mi mamá empapado y con el cuerpo enjuto. Cuando me abrió la puerta, me eché a llorar.

Así que allí estaba yo, en esa celda, rumiando mis recuerdos como un animal hambriento.

Un presentimiento me sacó del letargo. Fue un sobresalto, un temor repentino. Alcé la cabeza de la almohada con la angustia todavía incrustada en la conciencia. Una luz atrajo mi atención. Era la pantalla del celular sobre la mesita de noche. Vibraba con el ritmo de un ataque cardíaco; estaba entrando una llamada que hacía que el mundo se tambaleara. Era Lucía. Cerré los ojos con fuerza, a la espera de que terminara ese pequeño escándalo. Cuando se cansó de llamar, agarré el aparato, presioné el botón de apagado y lo volví a dejar sobre la mesita, con la determinación inflexible de olvidarme de él durante el resto del viaje. Alcancé a ver la hora antes de que la pantalla se fundiera en negro: 11:24 a.m.

Quise darme una ducha. El baño era un rincón al que no alcanzaban a llegar las ondas benéficas del aire acondicionado. Estaba oscuro y olía mal; se sentía sucio, reconcentrado, con un microclima que parecía haberse estado cociendo durante décadas. La presión de la ducha, sin embargo, era fuerte y conseguía dar la impresión de que había algo más allá del sudor y la suciedad. El chorro de agua salió tibio al principio, pero luego se transformó en una cascada helada bajo la cual intenté despejar mi mente. Sirvió para aplacar los ímpetus

de la memoria.

Me puse una camiseta y una pantaloneta limpias. Saqué del morral la cámara de fotos, le instalé un lente de 35 mm, comprobé la carga de la batería. Quería dar una vuelta por las calles del pueblo, sentir su latido. Huir por un rato de ese cuartucho cada vez más frío, cada vez más extraño. A las cinco de la tarde debía encontrarme con Luis Infante en la Secretaría de Educación. Saldría a matar el tiempo hasta esa hora.

La recepción estaba vacía. Pasé frente al escritorio, salí a la calle. El calor había aumentado y no soplaba ni un pensamiento de brisa.

Afuera, giré a mano derecha para bordear el hotel por su parte posterior. Sabía que el río y el malecón quedaban hacia el otro lado, pero quería dejarlos para el final, cuando estuviera un poco más familiarizado con el entorno. Doblé la esquina con el estruendo de dos motos que pasaban. Sobre el andén, mirando hacia la calle, tres parasoles les daban sombra a unas mesas de plástico blanco. Dos puertas corredizas se abrían a un salón en el que había cinco mesas más sobre las que un par de ventiladores giraban perezosos en el techo, como si el calor les impidiera ir más rápido. En una esquina se sacudía una vieja nevera. Contra la pared del fondo, tras un mostrador de vidrio en el que se exhibían artículos de aseo, la mujer de la recepción leía el periódico.

Alzó la vista, saludó con la mano y pareció esperar a ver si yo me decidía a sentarme o prefería seguir de largo. Sentí entonces la necesidad impostergable, como un reclamo del cuerpo, de tomarme una cerveza.

Escogí una de las mesas de afuera, con vista a la calle. Mientras la mujer se acercaba a mí con ese paso que era a la vez ligero y denso, pesado y atractivo, encendí un cigarrillo.

—¿Qué va a tomar? —me preguntó, moviendo ante mí, como el aleteo enfermo de una mariposa, sus uñas floreadas.

—Una cerveza —respondí.

—Solo hay Póker —dijo, sin dejar de mover los dedos.

—Está bien.

—El almuerzo sí es desde las doce y media —me informó, preocupada.

Había dejado el celular apagado sobre la mesita de noche.

—¿Qué horas son?

—Las doce y cinco —respondió.

—Está bien.

El pueblo empezaba a activarse con la llegada del mediodía. Más y más motos pasaban por la calle, dejando tras ellas un remolino de polvo colorado y el eco insoportable de sus motores. Como si mi presencia hubiera encendido algún mecanismo escondido, desde un rincón del local empezó a retumbar una música a un volumen estruendoso. El aire se hizo más espeso. Terminé el cigarrillo y encendí otro. El sabor del tabaco era mejor en tierra caliente. Las motos pasaban en un desfile interminable. Me gustaban, aunque nunca me había atrevido a comprar una. La sensación de ir sobre un objeto tan potente, que era capaz de llevarme a donde fuera o de quitarme la vida en un descuido, me seducía, así como la impresión de ir siempre al aire libre, tentando a los elementos naturales. Dos o tres veces había montado en motos ajenas, siempre como acompañante. Recordaba la experiencia con un placer vertiginoso y aéreo. Se me había quedado grabada en la memoria la mirada de Peter O' Toole al comienzo de *Lawrence de Arabia*, cuando recorre los caminos rurales de Inglaterra en su Brough Superior SS-100 antes de matarse por esquivar a unos ciclistas. Era una mirada de fascinación y de abandono transmitida por un cerebro vacío, solo pendiente del camino y de ese gigantesco insecto metálico que le vibraba entre las piernas.

Un joven con rasgos indígenas, bozo y una camiseta de la selección brasileña de fútbol me entregó la cerveza. Además, puso ante mí un menú de papel, sucio de grasa, con las puntas dobladas.

—Para que vaya mirando las opciones de almuerzo —dijo, con la mirada clavada en el suelo.

No eran muchas: platos de pescado o carne seca, sopa de pescado, pollo sudado o a la plancha, unas pocas alternativas de comida rápida: salchichas con papas a la francesa, sándwich de jamón y queso o hamburguesa. Escogí las salchichas.

Pedí la comida y una cerveza más.

Intenté un par de fotos, pero desde donde estaba sentado no lograba encuadres interesantes de nada. El calor me había caído encima como un manto; no quería moverme.

Tú eres el imán y yo soy el metal, rugía el parlante.

Mi cerebro empezó a danzar al compás del ritmo, como en una sesión hipnótica en la que los pensamientos ceden ante una fuerza externa y poderosa. Me adormilé por un instante.

De nuevo vi a Ángela entre las brumas, su recuerdo me acechaba como una trampa ineludible. Cuando pensaba en nuestra violenta despedida me acosaba una sensación de rabia, y cuando recordaba los momentos cotidianos de nuestra relación, me hundía en una nostalgia triste que era como una gris humareda interior. Entonces veía a Ángela jugar con los perros en la finca de su papá, o con los ojos fijos en la ventanilla de un avión; o desnuda debajo de mí en el instante mismo en que terminábamos de hacer el amor, su cuerpo pequeño, blanco y palpitante; sus tetas grandes, su abdomen liso, su sexo húmedo; su capacidad inverosímil de tener varios orgasmos seguidos; las groserías de placer que decía y aún resonaban en mis oídos; el tacto, la maldita memoria del cuerpo. Todo eso, sin embargo, eran más que imágenes, o menos. Eran intuiciones perdidas, pulsos que todavía latían en mi interior, pero se hacían cada vez más lejanos, como las ondas que produce una piedra al caer en medio de un lago. Intenté reconstruir a Ángela, sin conseguirlo.

«Me cago en la memoria», pensé.

Sin darme cuenta, me había terminado la cerveza. Alcé la mano para pedir otra. Encendí un nuevo Marlboro.

Des-pa-cito, esa canción que parecía no acabarse nunca.

Sin darme cuenta, el local se había llenado de clientes. Vi a mis compañeros de hotel, la pareja de gringos rubicundos, sentados en otra de las mesas exteriores. Parecían agotados. Se miraban sin hablar, como dos extraños. Tal vez habían esperado llegar a un lugar en el que fueran recibidos por indígenas semidesnudos que les habrían cargado el equipaje para llevarlos hacia un barco de vapor en el que navegarían por el río, admirarían su vegetación y harían fotos de los caimanes en la orilla, de los monos en los árboles, de las bandadas de aves multicolores que surcaban el cielo sobre sus cabezas iluminadas por el sol de la tarde. En lugar de esa visión paradisiaca en la que todo se organizaba para su placer, estos gringos habían caído en un pueblo hirviente en el que casi nadie les entendía y cuyos habitantes no parecían interesarse por su alegría ni por sus vacaciones ni por sus miles de bultos y maletas. No lograrían conseguir su barco de vapor. A lo sumo, viajarían en una lancha de motor que les daría una vuelta rápida por el río y les cobraría como si les hubiera dado un paseo en helicóptero. Tendrían que esforzarse para encontrar una buena reserva natural con alojamiento disponible, un lugar que se acercara, al menos remotamente, a su visión cinematográfica de la selva amazónica. Pensé en acercarme a ellos, hablarles, tratar de sugerirles algunas indicaciones que los ayudaran a orientarse mejor. Yo tampoco conocía el pueblo ni sabía moverme como un local, pero algún consejo sí podría darles. Me imaginé por un instante desempolvando mi limitado inglés, presentándome tímidamente, haciendo un esfuerzo para disimular mi mala pronunciación, y desistí de la idea. Que se las arreglaran solos.

El muchacho del bozo me trajo el almuerzo. Las papas estaban blandas y grasosas, las salchichas tenían un intenso color rosado difícil de observar sin desagrado. Aun así, las cubrí de salsa de tomate y mayonesa y me comí todo el plato, empujando cada bocado con los últimos sorbos de la botella de cerveza

tibia. Pedí otra.

El restaurante volvió a quedar vacío. Incluso los gringos se marcharon en dirección al río. Todas las ganas que en algún momento había tenido de dar una vuelta por el pueblo se desvanecieron en el aturdimiento de la digestión y el letargo de las cervezas. ¿Cuántas me había tomado ya? ¿Siete, ocho? Pedía otra antes de terminar la anterior y me daba cuenta de que esa borrachera ligera servía para drenar de alguna forma las cloacas de mi memoria. No podía ser tan sencillo como emborracharme para sentir cierto bienestar, y a la vez sí, a la vez el alcohol me hacía vaporoso y somnoliento y liviano, como si en cualquier instante pudiera desvanecerme en una nada feliz y luminosa.

En algún momento se me acabaron los cigarrillos. Tenía tres cajetillas más entre la maleta, pero de ninguna manera me levantaría para subir por ellas a la habitación. Prefería estar sin fumar. A la décima cerveza le pregunté la hora al muchacho.

—Tres y cincuenta y ocho —dijo, preciso.

En una hora debía encontrarme con el profesor Infante.

—¿Y dónde queda la Secretaría de Educación? —pregunté, sintiendo que arrastraba las palabras.

Pensó un momento.

—¿La departamental o la municipal? —preguntó a su vez.

No lo sabía.

—No sé —respondí—. Voy a encontrarme con un profesor que se llama Luis Infante.

Se le iluminó la cara.

—Ah, entonces es la departamental —parecía orgulloso de saber—. Justo en el parque principal, a la derecha de la iglesia. Un edificio azul de dos pisos. Si no lo ve, usted pregunta.

Le di las gracias.

¿A la derecha de quien mira hacia la iglesia o de quien le da la espalda?

¿Podría no ver el edificio azul en ese parque tan pequeño? ¿Era posible perderse?

Calculé que alcanzaría a tomarme dos o tres cervezas más.

«En Bogotá ya estaría perdido de la borrachera», pensé, ya borracho.

Me levanté al baño por enésima vez. Pasé de nuevo frente al mostrador, desaparecí tras la pequeña puerta metálica. Volví a respirar el aire cargado de urea, los vapores de cientos de orines que no habían sido limpiados nunca. Una nube de pequeños mosquitos flotaba a la altura de mis ojos, revoloteaban como torbellinos de inmundicia. Me sentí mareado, aunque plácido. Deseé estar con una mujer, poner mis manos sobre una piel que me devolviera el calor. Me di cuenta de que llevaba varios minutos con esa ansiedad sexual que siempre me produce el alcohol. Tenía una erección incipiente.

La mujer de la recepción volvió a saludarme con la cabeza cuando pasé frente al mostrador; detuve por un segundo mi mirada en su escote. Pensé en hablarle, pero preferí seguir bebiendo en la soledad de mi mesa.

Cuando calculé que faltaban diez o quince minutos para las cinco, me levanté, pagué la cuenta y salí a la calle. A pesar de las cervezas tenía la mente despejada; caminé con lentitud, sintiendo en el cuerpo una ligera brisa que había empezado a soplar desde el río; iba tranquilo, casi contento, como si ese pueblo al atardecer fuera el lugar preciso en el que quisiera estar.

Antes de identificar el edificio del que me había hablado el mesero, busqué una tienda para comprar cigarrillos. En una esquina vi una panadería con una vitrina llena de dulces y chicles. Compré media cajetilla de Mustang Azul y volví al parque. Encendí uno. No tuve que esforzarme demasiado para encontrar a Luis Infante. En la acera, al otro lado de la calle, la figura regordeta del profesor me sonreía. Tras él, sobre la fachada de un edificio azul claro, se leía un letrero enorme: «S.E.D. Secretaría de Educación Departamental. Tierra brava de la selva y el raudal».

—Santiago —me dijo mientras me apretaba la mano—, no sabe cuánto me

alegra verlo, hermanito.

—Lucho —le respondí, y lo miré a los ojos—, el gusto es mío.

Mientras contestaba las preguntas de bienvenida y hacía las propias, caminamos lentamente hasta el río y giramos a mano izquierda en el malecón.

«Es el inmenso misterio de un hombre bueno», pensé.

—¿Ya vio el río? —me preguntó.

—Solo desde el avión.

Llegamos al malecón sin decirnos nada más. Era una construcción reciente, de ladrillo, con jardines de platanillos y aves del paraíso en el trayecto, bancas de cemento para sentarse, pequeños quioscos de sombra, altísimos árboles de guadua que separaban a los paseantes de la corriente, que a esa hora fluía con una parsimonia grave, los rayos del sol apenas rozaban la superficie del agua. Mi borrachera había cedido; en esa visión casi encontré algo de paz. Dos niños bordeaban la orilla en unas canoas diminutas que parecían de juguete. Me detuve a observarlos. Con una mano manipulaban el remo para no perder el equilibrio y con la otra pescaban con unas cañas en miniatura. Tiraban del anzuelo con frecuencia, aunque yo no alcanzaba a ver ningún pez que saliera del agua. Eran hábiles, diestros, como si estuvieran en tierra firme y no fuera más que un juego. Intenté hacerles una foto, pero el lente de 35 mm no me ayudaba desde esa distancia; había olvidado el zoom en la habitación.

—Se llaman potrillos —dijo Luis, de pie a mi espalda.

Debí mirarlo con sorpresa porque se sintió obligado a complementar su comentario.

—Esas canoítas, acá se les dice potrillos.

Aquellos niños parecían parte del río mismo, su sangre y el agua latían con la misma cadencia líquida. Se movían sin violencia en la corriente, despacio, y ni siquiera los tirones bruscos de las cañas rompían esa impresión de convivencia armónica. Era como si leyeran a cada instante los deseos del agua

e hicieran todo lo posible por satisfacerlos.

Una lancha rápida pasó a toda velocidad bordeando la orilla opuesta. Un grupo de garzas blancas voló sobre nuestras cabezas hasta perderse de vista detrás de los techos del pueblo, en la espesura. Los árboles inclinaban sus ramas hacia el río, con reverencia; más allá, en el horizonte, se extendía toda la belleza del bosque inexpugnable.

—Lindo, ¿no? —preguntó el profesor, orgulloso.

Asentí con la cabeza, un poco aturdido.

Miraba el correr de las aguas. Son pocos los sonidos del mundo que me agradan. Algunas músicas, algunas voces, algunos rumores. El murmullo de la corriente es uno de ellos.

El malecón, me informó Luis, tendría dos kilómetros de largo; era una obra que aún estaba por terminar en su último tramo, pero que ya podía ser aprovechada por los habitantes.

Caminamos durante algunos minutos, contemplando el atardecer en silencio. Él me mostraba algunas cosas, me decía el nombre de los árboles y los pájaros, saludaba a la gente con la que nos cruzábamos. Era un hombre popular. Le decían «profe», y él siempre correspondía el saludo con una sonrisa.

Llegamos a uno de los quioscos. Estaba vacío. Mientras nos sentábamos, oí a Luis emitir un suspiro profundo, hondo y lento. Solo entonces descubrí que estaba cansado, una fatiga secreta que se adivinaba en sus ojos, en el tono de su piel. El profesor señaló una embarcación abandonada en la orilla, cubierta por plantas trepadoras y raíces, habitante de un tiempo muerto.

—Debería sacarle una foto —dijo.

Me levanté y ajusté la cámara. En efecto, era una imagen hermosa. El casco de la lancha se veía oxidado, con agujeros abiertos por la herrumbre, desde los que asomaban flores amarillas y líquenes; el techo estaba cubierto por una capa gruesa de helechos, un colchón entre el que habían crecido delgados

troncos de árboles y tallos de flores, al que se agarraban multitud de bromelias y orquídeas. Desde cierta perspectiva, era casi imposible adivinar que aquello era una barca abandonada. En un par de años no sería más que una masa de vegetación a la orilla del río. Di vueltas a su alrededor, tomé fotos a los detalles y a los restos materiales que todavía eran visibles. Era fascinante esa combinación de vida y muerte, la exuberancia de las plantas que reclamaban su lugar entre la descomposición de la materia.

Regresé al quiosco, junto a Luis; le mostré las fotos en la pantalla de la cámara.

—Es lindo, ¿no? —volvió a preguntar, aunque con un tono distinto al de la vez anterior.

—Mucho —respondí, contento de ver que varias de las fotografías habían salido especialmente buenas.

Miramos el río durante unos minutos, sin decir nada. El sol ya había alcanzado su punto más bajo en el horizonte, ese momento de vacilación final antes de desaparecer al otro lado de la Tierra; las sombras eran inmensas manchas negras alrededor de las cosas. El calor había descendido, aunque la humedad manaba desde el suelo como la respiración febril de un enfermo.

Volvimos a ponernos en marcha, con una leve brisa que nos golpeaba la cara.

Tras una curva, apareció en el medio del río una estructura de dos pisos, una plataforma sostenida por pilares de madera y con tejado de lata. Un inestable puente de tablas entrelazadas la comunicaba con la orilla.

—Llegamos —dijo Luis, y salió del malecón para dirigirse hacia ella.

Era un bar flotante.

Un hombre joven atendía tras una pequeña barra de madera con dos taburetes para los clientes. En el interior había diez o doce mesas. Al fondo, una escalera ascendía hacia el segundo piso. El zarandeo del agua se sentía levemente, más como un movimiento del espíritu que del cuerpo. Escogimos

una mesa en el piso de abajo, junto a la baranda del fondo. Ordenamos dos cervezas antes de atravesar el lugar y sentarnos de cara al río. Una pareja se besaba en un rincón. Del piso de arriba nos llegaba la algarabía de un grupo numeroso. Desde el parlante de la esquina salía la música, siempre a un volumen impertinente. Otra vez, como un coro infernal: *Des-pa-cito. / Quiero respirar tu cuello despacito, / deja que te diga cosas al oído...*

—Odio esa canción —dije, por decir algo.

El profesor se rio con una carcajada inesperada, como si yo hubiera contado un chiste extraordinario. El cansancio que lo había acongojado minutos antes desapareció de pronto, animado por algo que solo podía ser una simpatía natural hacia los buenos momentos del mundo.

Nos trajeron las cervezas. Brindamos por los dos. Miramos hacia la superficie inmensa del agua en calma y yo sospeché, o descubrí, una remota y secreta forma de felicidad interrumpida por la música en los altavoces.

—Lo que uno aprende —empezó a decir el profesor Luis Infante cuando nos trajeron la segunda cerveza—, después de casi cuarenta años acá, es que pase lo que pase nunca hay una manera exitosa de huir. No quiero decir que yo estuviera huyendo cuando me vine a este lugar, aunque tal vez sí, quién sabe, sino que no existe un sitio en el que no se repitan las mismas cosas. Usted mira a su alrededor y puede que diga: «Es la selva, es el fin del mundo», y quizás fuera así hace años, hace décadas, siglos incluso, pero ya no. ¿Sabe por qué no? Mire a su alrededor. ¿Qué ve?

El bar se había ido llenando de gente. Era viernes. No juzgué necesario contestar nada.

—Exacto —continuó—: gente. Y donde hay gente hay problemas. Y donde hay gente hay violencia, hay amor, hay desdicha y miseria y alegría y paz y maldad rondando por todas partes. Esto es una obviedad, lo sé, pero no por eso deja de ser verdad. Tal vez ni siquiera antes hubiera sido posible que estos rincones del mundo fueran un refugio, porque siempre ha habido gente. Estaban los indios. Todavía están. ¿Qué tan diferentes pueden ser? ¿Son acaso más pacíficos, más respetuosos, más sabios? Respetan otras cosas, sí, y saben otras cosas, pero no son menos humanos que el resto. Créame, llevo acá el tiempo suficiente para saberlo. He intentado darles cierto tipo de instrucción, a mi manera, a miles de niños, indígenas y blancos, con solo un objetivo: que sean mejores personas, sean de la raza que sean. ¿Se dice *raza*, como con los perros? No sé. No se burle. No soy un santo. Tampoco un mal ser humano, eso lo tengo claro. Pero soy así porque he luchado, he aguantado y he sobrevivido.

Todavía sobrevivo, aunque cada vez sea menos difícil, porque con la vejez se va perdiendo el miedo a la muerte.

»Yo llegué aquí el año 82, en el mes de junio. Acababa de terminar una licenciatura en Lengua Española y no sabía muy bien qué me iba a poner a hacer. Mi mamá estaba vieja, viuda y enferma. Parecía el despojo de una mujer que quizás alguna vez había sido joven, aunque era poco probable. Bebía, refunfuñaba, caía dormida en cualquier rincón de la casa, y yo tenía que levantarla por los hombros y llevarla hasta su cama, de donde no se levantaba hasta pasado el mediodía siguiente. Vivíamos solos los dos, en una casa de un solo piso en Las Cruces, allá en el centro de Bogotá. No tuve hermanos. Mi papá murió de un cáncer en el páncreas antes de que yo cumpliera los cinco años y antes de que él llegara a cumplir cincuenta. Mi mamá tenía poco más que eso, pero parecía de ochenta. Yo creía que la odiaba. Repetía eso una y otra vez, en mi cabeza, en voz alta a quien quisiera oírlo. Para mí era una carga con la que me habían castigado sin ningún motivo. Después descubrí que no era odio lo que sentía por ella, sino algo parecido a la piedad o a la compasión o a un amor filial deformado por el dolor, pero ya era demasiado tarde. Siempre he pensado, desde entonces, que la que yo creía que era la mejor manera de ayudarla en realidad fue su perdición: desde los doce años había trabajado para llevar algo de dinero extra a la casa, que sumara a la pensión de mi papá y nos permitiera vivir un poco más tranquilos; yo hacía el mercado, cocinaba, ayudaba con el aseo, mantenía una casa en la que mi mamá y yo vivíamos como dos extraños que compartían las habitaciones de una pensión. Si ella salía a la calle, era para comprar sus botellas de aguardiente, lo único que yo deliberadamente evitaba llevar cuando hacía el mercado. Creía que el universo era injusto conmigo. Que mis esfuerzos diarios por mantener ese hogar siempre al borde del abismo eran recompensados de la manera más arbitraria y equivocada que cabía imaginar. Esa bruja que se consumía encerrada en su habitación maloliente era una condena enviada para

marcar mis días con el signo de la impotencia y el aborrecimiento. Así que nunca me acerqué a ella, nunca pensé que lo que ella necesitaba no era que yo preparara la comida y limpiara la casa, ni que llevara más dinero, sino que me aproximara e intentara ver entre las capas de decadencia lo que en ella pudiera quedar de amor y maternidad. Pero eso jamás ocurrió. Hasta mi huida ella permaneció en su estado de sopor delirante, entre enferma y borracha. Luego se fue sumergiendo cada vez más en la oscuridad, desaparecía como una sombra al subir el sol, se extinguía en silencio mientras su mente, supongo, emitía alaridos de espanto. Murió tres meses después de que me vine para acá. En esa época no había manera de regresar tan de repente, así que logré comunicarme con unos primos para que organizaran el entierro y les envié por correo una pequeña suma con la que zanjé cualquier comunicación con ese mundo que quedaba allá, cada vez más lejano.

»Fue un compañero de la universidad el que me habló de este lugar. Llamó un día por teléfono a mi casa y me dijo que estaban buscando profesores para ir a enseñar en unas escuelas que el Gobierno tenía en la selva. No me importó el lugar ni lo que aquello pudiera tener de arriesgado o peligroso. Era una oportunidad, una brecha que se abría y por la cual yo podría deslizarme y escapar de la ciudad, de los trabajos intermitentes y mal pagados en los que me empleaba cada vez que me aburría del anterior; de mi mamá, eternamente tumbada y ebria; del barrio, cada vez más peligroso; del inicio de los ochenta, esos años violentos y miserables. No era el destino que yo había soñado, pero, en todo caso, a esas alturas no había tenido tiempo de soñar con nada. Busqué un viejo atlas escolar que tenía guardado entre una caja debajo de mi cama. Intenté ubicar el nombre que mi amigo había pronunciado por el teléfono. Lo encontré, en medio de una mancha verde hacia el suroriente del país. Vi, como las venas en los diagramas del cuerpo humano, la red azul de ríos entrelazados que se regaban por el territorio; el color uniforme que en los mapas físicos indica la ausencia de cadenas montañosas; la cercana línea negra que hacia el

este nos separaba de Brasil y hacia el sur de Perú. Y era como leer unas páginas escritas en un idioma desconocido. La selva era para mí un escenario que solo había visto en las películas, sobre el que había leído en algún libro, pero ninguna imagen se formaba en mi mente cuando pronunciaba la palabra, cuando la pensaba. «La selva, la selva, la selva». Nada.

»Salimos hacia acá tres días después. En esa época el viaje podía durar varios días. Había que bajar hasta Villavicencio por tierra para esperar cupo en un avión de carga que hacía el trayecto en casi tres horas, cargado con electrodomésticos, comida, todo tipo de chucherías para la venta, enlatados, gaseosas, ropa, materiales de construcción, botellas de aguardiente y cerveza. Atravesamos la cordillera en una buseta frágil, tartajosa, entre campesinos adormilados junto a sus bultos de comida, niños colgados como simios de los cuellos de sus madres, gallinas amarradas por las patas, llaneros malolientes, comerciantes de poca monta. El ambiente en el bus era el reflejo de nuestra pobreza espiritual y física. Contra eso íbamos a luchar, mi amigo y yo, en medio de la nada, según la oferta laboral que nos habían hecho. Él se llamaba Antonio y también era licenciado en Lengua Española. No éramos amigos del alma, apenas habíamos compartido algunas clases y dos o tres tardes nos encontramos por casualidad tomando cerveza en las tiendas cercanas a la universidad, pero era un tipo amable, la vocación de servicio se le notaba a leguas, tenía una disposición siempre atenta a resolver cualquier cosa cuya solución pudiera estar en sus manos. Llevaba la barba larga, como Cristo; tenía ojos negros y la piel muy blanca, como de papel. No era guapo, pero sí muy atractivo. Esa forma de atracción que es capaz de convencerlo a uno para acometer cualquier empresa, por insensata que sea. Él estaba más emocionado que yo; no paraba de hablar, como si estuviéramos de camino a la gran aventura de nuestras vidas. Y tenía razón, aunque de una manera totalmente distinta a como la imaginábamos.

»Después de siete horas de viaje, llegamos a Villavicencio, la capital de los

Llanos Orientales. Nunca he visto una ciudad más fea. Aunque he viajado poco, me cuesta imaginar que en el mundo exista un lugar más gris, más sucio, más... ¿cómo decirlo?... más hecho a la medida de las peores ambiciones del ser humano, que esa ciudad desangelada y contrahecha. Esa sensación que tuve la primera vez que la vi, acrecentada por el cansancio, la fatiga del viaje, el hambre, el fastidio por el mal olor del interior del bus, las ganas de decirle a Antonio que se callara de una vez por todas, no se me ha quitado nunca. Es una sensación de repulsión e incomodidad, de estar en el lugar en el que todo lo malo podría sucederme.

»La primera noche la pasamos en un hotel de mala muerte cerca al aeropuerto, en una habitación de dos camas. Era un cuartucho húmedo y caliente, con olor a perro mojado, sin aire acondicionado. Antonio se echó en calzoncillos sobre su cama y se quedó dormido al instante. A mí me dio asco tener tanta piel en contacto con esas sábanas que, con seguridad, nadie había lavado en semanas. Me acosté con lo puesto, ahogado por el calor, con el sudor cayendo a chorros sobre la almohada, sin poder pegar el ojo por el ataque constante de los zancudos. El viejo ventilador de techo no funcionaba. Pensé que si esa era una pequeña prueba de lo que sería mi nueva vida, más valía regresar a Bogotá cuanto antes. Los ronquidos de Antonio, además, eran como un temblor de tierra.

»Cerré los ojos y vi a mi madre, consumida por la vida. Vi a mi padre, o a la imagen que en mi memoria yo asociaba a él. Ví el barrio; vi Bogotá; vi a dos o tres novias que había tenido; vi a mis maestros, a mis compañeros, a mis amigos de infancia. Vi a la gente de mi calle y a las mujeres que alguna vez me habían gustado. Recorrí con los recuerdos los espacios estrechos de mi casa, las noches en que había tenido que levantar del sofá a mi mamá, inconsciente, para llevarla hasta su cama, las mañanas solitarias mientras ella dormía con la respiración truncada por los estertores, su rostro demacrado. Volví a abrir los ojos y miré a mi alrededor. No me arrepentía de lo que había hecho.

»Al día siguiente, nos despertamos antes de las cinco de la mañana. Debíamos estar en el hangar de la compañía aérea a las seis para ver si había algún cupo disponible entre la mercancía. La ciudad ya se movía, como todas las ciudades industriales y de negocios. Camiones y camionetas llenaban las calles, lanzaban nubes de humo negro por los tubos de escape. Ni siquiera en el amanecer era posible encontrar algo de placidez. Caminamos en silencio, ensimismados, con un humor en el que se mezclaba la extrañeza, la confusión, la desconfianza. A Antonio se le había pasado el entusiasmo. Fumaba mirando hacia el piso, los ojos enrojecidos y la barba desordenada. Yo intentaba pensar con calma para, de alguna manera, planear el futuro. ¿Cómo podría pasar de tener todo el control sobre mi vida, una vida difícil y hasta lamentable, era cierto, pero organizada y en mis manos, a una deriva en la que ni siquiera sabía cómo se veía el lugar al que iba a llegar a vivir? Pero si no era capaz de confiar, de pensar que algo bueno nos esperaba al final de ese viaje, estaba perdido. Entonces apreté el paso, intenté darle ánimos a Antonio, y llegamos al aeropuerto al inicio de la mañana que ya empezaba a calentar.

»En los mostradores de la sala principal nos indicaron unos cobertizos que estaban más allá del edificio, unas bodegas que uno hubiera creído que no pertenecían a la terminal aérea. Nos dirigimos hacia ellas, cada vez más nerviosos. Antonio fumaba sin parar; yo tenía un nudo en el estómago y había empezado a sudar a chorros. Asomamos las cabezas en el primer hangar y vimos un grupo de hombres que se movían de acá para allá con bultos y cajas al hombro; los ponían sobre una báscula en la que hubiera cabido un elefante y luego arrastraban enormes rollos de cuerda para amarrarlos entre sí. Una pequeña grúa mecánica levantaba los paquetes formados por varios objetos para llevarlos hacia el otro lado del hangar, donde yo supuse que estaría la pista. Un hombre tomaba nota detrás de un escritorio. No vestía ropa de trabajo, sino un traje ligero sin corbata. Lucía con orgullo un bigote de mariachi, sus ademanes eran de capataz; hablaba a los gritos, como quien

arrea recuas de ganado. No podía ser sino el jefe. A él nos acercamos, tratando de asumir una postura de ciudadanos conocedores que no pasaba de ser una mueca ridícula y patética. Entre sus órdenes se atravesaba siempre alguna grosería. Que no están bien amarrados esos hijueputas bultos, que esa mierda de cuerda se va a romper, que qué son esas cajas güevonas que dejaron encima de la báscula, indios maricas, decía. Entonces nos vio, a un lado del escritorio: dos capitalinos con cara de haber dormido poco y sin ninguna señal de saber qué hacíamos allí. Antonio fue el que habló. Le dijo que necesitábamos llegar a la selva lo más pronto posible, pues éramos dos profesores con la misión de ir a enseñar en las escuelas de la zona. El tipo nos miró de arriba abajo en un par de segundos. Por un instante pensé que iba a soltar una carcajada. En cambio, volteó la cabeza hacia sus hombres, pareció hacer algún cálculo mental. Miró hacia un rincón en el que un grupo de personas al que yo no había visto esperaba sobre un banco de madera. Volvió la vista hacia nosotros. «Podemos llevar a dos profes flacuchentos como ustedes, claro que sí, qué putas», dijo, con una sonrisa en los labios.

»El precio del pasaje, para mi sorpresa, fue moderado. Quién sabe cuánto dinero ganaba ese hombre transportando mercancías, que le permitía conservar alguna decencia como para no estafar a los pobres diablos que debían viajar hacia ese rincón perdido en los confines del país. Luego nos pidieron que nos paráramos sobre la báscula, con nuestro equipaje y todo. Yo llevaba dos morrales con ropa, elementos de aseo y algunos libros que pensé que me podrían servir para las clases. Antonio cargaba una maleta de cuero rectangular, pesada y rígida, a la que le tintineaban las correas remachadas con apliques metálicos. Era un objeto que parecía haber salido de alguna guerra, del éxodo de todo un pueblo en medio de las balas. Después nos acomodamos en el extremo libre del banco, junto a los demás pasajeros, y nos dispusimos a esperar.

»El clima dentro de la bodega era fresco y tibio, soporífero. Llegué a

dormitar un rato, alelado por la aparente calma que se había instalado a nuestro alrededor. Los hombres y los paquetes habían desaparecido, la grúa se había llevado todas las cajas, el hombre de bigote se había esfumado tras una pequeña puerta lateral. Solo nosotros permanecíamos allí, sin saber qué hacer. Junto a mí, una mujer casi anciana rezaba un rosario interminable con una camándula que deslizaba suavemente entre sus dedos. Tres hombres de apariencia indígena conversaban entre sí en una lengua desconocida. En el otro extremo, un hombre blanco leía sin descanso a pesar de la penumbra; al pasar las páginas, el papel emitía un sutil rasgueo que se amplificaba en los techos altos del hangar. Me incliné para intentar descubrir el título del libro. *Papillon*, de Henri Charrière. Lo había leído hacía unos meses.

»Nos llamaron desde el exterior. En fila india, como una hilera de condenados, salimos al calor ardiente de la media mañana, insoportable por el reverbero del asfalto en la pista. Bajo la luz del sol esperaba el avión, un monstruo de otros tiempos que aún funcionaba con tenacidad. Era un DC-3 gris con franjas azules; la trompa erguida hacia el cielo pedía la reverencia que le era debida. Más de cuarenta años llevaba ese tipo de avión volando por el mundo, fiel sirviente de naciones poderosas que por mucho tiempo lo utilizaron para transportar armas, municiones, soldados que nunca regresarían a casa, alimentos, provisiones para el frente de batalla, suministros médicos. Y ahora, después de la gloria, este pertenecía a un contrabandista gordo y grasiento, un ser humano negado para todo heroísmo, para todo posible contacto con la Historia, dedicado a transportar mercancías y pasajeros adormilados hacia el centro de la selva, hacia la nada.

»El interior del avión era un laberinto de cajas amarradas y bultos colgados de los rincones. A los lados, a lo largo del fuselaje, dos bancos enfrentados parecían ser el único asiento para nosotros. Un hombre nos acomodó según un esquema desconocido que pretendía equilibrar las cargas. Éramos las piezas móviles que estabilizarían el avión en el aire. Tomé asiento donde me

indicaron, permanecí inmóvil para intentar engañar el calor que hacía allí adentro. El cinturón de seguridad era una cuerda igual a las que se usaban para amarrar la mercancía. Frente a mí se sentó el hombre que leía *Papillon*; a mi derecha, la mujer de la camándula; a mi izquierda, la caja enorme de un televisor se sostenía gracias a un amarre de lazos. Busqué a Antonio con la mirada, pero no alcancé a ubicarlo. La mujer había sacado de su bolso una cobija que se puso sobre las piernas; el hombre que leía se cubrió con una chaqueta impermeable. Debí mirarlos desconcertado porque el hombre me dijo que arriba haría muchísimo frío. Intenté pensar en la sensación de frío, pero me fue imposible. En medio de ese resuello de animal dormido no habría la más remota posibilidad de que descendiera la temperatura, pensé. El hombre volvió a su libro. Cerré los ojos e intenté dormir.

»Me despertaron las hélices. Sonaban como dos taladros dispuestos a atravesar la Tierra de un lado a otro. La vibración del fuselaje se me fue metiendo entre los huesos hasta convertirse en un escalofrío que casi se parecía a la inmovilidad. No hubo anuncios del capitán ni consejos de seguridad; como quien enciende un carro y arranca, el avión empezó a carretear. Los paquetes a nuestro alrededor se tambaleaban en sus amarres, tensaban el interior de la cabina. La mujer apretaba su camándula y sus ojos con fervor, con pánico. El hombre del libro se había puesto unos tapones en los oídos y parecía dormir profundamente. Me agarré de la cuerda que me mantenía atado al asiento y tomé aire en una bocanada infinita que no solté hasta que sentí el avión elevarse en el cielo. Era la primera vez que volaba. El vacío en el estómago me indicó la pérdida del contacto con el suelo. Exhalé el aire de mis pulmones y un placer desconocido conmovió todos los miembros de mi cuerpo, una ligereza que debía ser la misma de los pájaros en pleno vuelo.

»Muy pronto, la sensación dejó de ser placentera y empezó a transformarse en un tormento. La temperatura, en efecto, descendía a medida que ganábamos

altura, y pronto estuvimos metidos en medio de una nube de hielo que erizaba los pelos y congelaba las mucosas. Intenté darme calor con los brazos, apretándome el pecho, sin conseguirlo. Nunca en mi vida había sentido algo así: el verdadero mordisco del frío. Se me escurrían los mocos, veía el vaho de mi aliento al respirar, me dolían los ojos como si estuvieran congelándose en sus cuencas. Había empezado a tiritar; el sonido de las turbinas me había tapado los oídos, sentía que la cabeza se me agrandaba como un globo. Gotas de agua empezaron a caer sobre el piso: el avión tenía goteras. Entonces, un manto protector cayó sobre mí en un movimiento lento que fue como el abrazo de un ser querido. La mujer de la camándula me estaba compartiendo la mitad de su cobija. La miré y vi en su rostro una sonrisa casi sin dientes. Le agradecí con la cabeza y me cubrí lo mejor que pude. Pensé en escenas bíblicas, en lecciones de humildad, en la futilidad de la riqueza, en el abrigo que puede dar el prójimo. Pensé en cuál sería la vida de esa mujer que se aferraba a su camándula como un náufrago a una tabla.

»¿Alguna vez ha sentido miedo? ¿Miedo de verdad? Yo sí, ese día, subido en ese avión que parecía a punto de desintegrarse en el aire, como esos cohetes que no sobrepasan la atmósfera y caen a tierra convertidos en cenizas.

»Aterrizamos dos horas después, en un descampado sobre el que descendimos rozando las copas de los árboles. Cuando me volteé para agradecerle a la mujer de la camándula, vi que estaba llorando, aferrada a su parte de cobija como si fuera el objeto milagroso que la había salvado. Desde el exterior se abrió la compuerta y una ráfaga de aire hirviendo entró en el avión ahogándonos a todos. Antes de poder levantarnos de nuestros puestos, una docena de niños semidesnudos se abalanzaron sobre nosotros como bestias hambrientas. Empezaron a sacar las cajas, a romper con machetes las correas, a levantar los bultos con una fuerza que yo nunca había visto en personas tan pequeñas. Entre tres de ellos alzaron un televisor enorme y lo llevaron fuera. Entraban y salían como hormigas, siempre atentos a la

mercancía, internándose cada vez más profundo en las entrañas del avión. A la primera oportunidad, cuando vi un hueco por el cual colarme, me levanté de mi puesto y salí. No soportaba un segundo más dentro de ese túnel de hierro maloliente y caluroso. De un brinco toqué tierra. Me detuve un segundo, con ganas de arrodillarme, de besar el suelo, pero una mano en mi hombro me hizo volver la cabeza. Era Antonio. Estaba pálido, con el pelo apelmazado por el sudor y una mancha de vómito en la camisa. Yo no tenía ganas de hacer ningún chiste ni de decirle nada, así que me callé. Solo quería llegar cuanto antes a donde fuera que nos alojáramos y tumbarme para intentar reajustar mi cuerpo y mi mente. Cualquiera podrá decir que yo soy un cobarde; no me importa: desde ese día detesto volar.

»Esperamos junto al avión como dos huérfanos sin saber qué carajos teníamos que hacer después. ¿A dónde debíamos ir? ¿Alguien estaría esperándonos allí para conducirnos a los colegios en los que, supuestamente, éramos tan indispensables? Antonio solo sabía el nombre de la persona que lo había recomendado en Bogotá, pero se le había olvidado preguntar más detalles. No teníamos ni idea de por dónde empezar.

»Vimos cómo el avión se fue vaciando. Los niños trabajaron hasta que no hubo nada más por sacar. Todos los bultos, cajas y paquetes se habían amontonado frente a una choza de madera que servía como una especie de oficina de aduana. Allí los recogerían sus dueños, para transportarlos hacia el interior de la selva. Era increíble que llegaran tantas cosas a un lugar en el que no parecía haber nada. ¿Habría dónde conectar los televisores, los ventiladores, los tres o cuatro radios que venían con nosotros? Pronto lo sabría, si conseguíamos ubicarnos y llegar a nuestro destino.

»Le sugerí a Antonio que camináramos hasta la choza para averiguar entre los niños porteadores o con las personas de la tripulación del avión, que fumaban y tomaban gaseosa recostadas contra un árbol.

»El hombre de *Papillon* les daba órdenes a tres indígenas que lo miraban en

silencio mientras asentían con la cabeza. Le pedí a Antonio que me siguiera. Cuando el hombre terminó de hablar, los indígenas empezaron a acarrear una de las cajas. Me acerqué al tipo. Le di los buenos días, aunque ya debía ser más de la una; le dije mi nombre, le presenté a Antonio. Le comenté que veníamos como profesores a trabajar en las escuelas y que no sabíamos a dónde ir. Nos miró un momento, siempre sonriente, y reaccionó a mis palabras como si acabaran de darle la mejor noticia de su vida. Apretó nuestras manos, nos palmeó la espalda, se puso entre nosotros y nos hizo caminar junto a él al tiempo que nos agarraba por los hombros. Su nombre era Mauricio, estaba feliz de saber que por fin empezaban a traer buenos maestros para las escuelas locales. Avanzamos sobre un camino de tierra hacia el exterior del espacio que parecía ser el aeropuerto. Nos envolvía la conversación imparable de ese hombre, que en pocos minutos nos contó que era ingeniero, que había llegado allí hacía unos meses para instalar las primeras antenas de telecomunicación, pero que había decidido quedarse para siempre en la selva; que el pueblo había crecido mucho, aunque no lo pareciera; que ya era posible conseguir medicamentos, víveres, carne, gaseosas, hasta una botellita de whisky de vez en cuando; que el Gobierno por fin estaba empezando a invertir en la región, aunque, claro, todo a su ritmo. Habló de las dificultades de acceso, del transporte fluvial, de las avionetas que ahora llegaban a la zona con pasajeros y mercancías. En menos de tres minutos nos hizo una especie de resumen ejecutivo de cómo era la vida allí.

»Le preguntamos por las escuelas. Nos contó que, si bien las escuelas pertenecían al Estado, todas habían sido entregadas en concesión a los sacerdotes capuchinos, que al parecer se dedicaban a tareas de educación y evangelización por todo el mundo. Antonio y yo nos miramos. Ninguno de los dos era religioso, pero tampoco nos parecía mal que los curas estuvieran involucrados. Varias veces habíamos conversado sobre el tema durante nuestros estudios, y siempre estuvimos de acuerdo en que lo importante era la

calidad de la educación y el fomento de la disciplina en el respeto y la libertad, lo que fuera que eso quisiera decir. Éramos jóvenes e inocentes, le sonreímos de vuelta a Mauricio y seguimos caminando a su lado; disfrutábamos de la sombra de los árboles.

»Unos metros más allá, vimos un viejo jeep parqueado bajo una gran palma. Era un vehículo color verde menta, descapotable, recubierto por una lona negra manchada de tierra. Aunque era un modelo de hacía no más de cinco años, se veía ya deteriorado por el sol, la humedad, el polvo y las lluvias. La pintura había empezado a caerse en ciertos puntos, tenía óxido en los bordes de los guardabarros y en el bómper de enfrente. Mauricio se montó por el lado del conductor y nos invitó a subir. Era un carro para dos personas, así que Antonio tuvo que ir en el medio, apretado entre la barra de cambios y mis piernas. Al interior había un olor animal, como de cuero mojado o carne seca, aunque no era desagradable. El motor se encendió con una sacudida. Por un instante reviví el reciente vuelo en avión, pero la sensación de las ruedas contra el pavimento y las ráfagas de aire caliente que invadían el vehículo me tranquilizaron. No tenía muy claro dónde estaba, nada de lo que veía me resultaba familiar, me hundía en la selva en el carro de un hombre desconocido, y, aun así, me sentía bien, como con esperanzas.

»La única manera de que Mauricio se callara fue sentándolo ante el timón del jeep. Entonces parecía como si estuviera hipnotizado: no volvió a decir una palabra, los ojos fijos en el camino. Era como si algo de vida o muerte dependiera de su atención. Antonio lo relevó en la palabra. Le contó su vida y lo que sabía de la mía, le habló de la universidad, de nuestra licenciatura, de la novia que había dejado en Bogotá y a la que pensaba traerse apenas pudiera, de las oportunidades que este viaje nos ofrecía, de la ilusión que le hacía entrar a la escuela y comenzar las clases. No estaba seguro de que Mauricio estuviera escuchando, aunque de vez en cuando asentía con la cabeza en un gesto que era el equivalente de su sonrisa al hablar. Yo iba callado. No

soy tímido, pero tampoco me gusta ir por ahí contándole mi vida a la gente que acabo de conocer. ¿A usted cuántas veces lo he visto?, ¿cuatro, cinco?

Pensé que era otra pregunta retórica y no dije nada. Tomé un sorbo de cerveza. El silencio de Luis Infante me hizo ver que esta vez sí esperaba una respuesta.

—Dos —dije.

—¿Dos?, ¿apenas? —me miró como si no pudiera creerlo—. Tal vez sí me he vuelto más confiado.

—O tal vez siempre lo fue —dije yo.

Levantó los hombros.

Una mujer se acercó a la mesa y saludó al profesor con entusiasmo.

—Profe Lucho, ¿y ese milagro?

Era pequeña, redonda, de rasgos finos, la piel morena por el sol. Vestía con una pantaloneta color caqui y una camisa blanca de hombros descubiertos.

—Le presento —respondió él, y correspondió a las palmadas de la desconocida con una sonrisa enorme—: Santiago Zapata, Magdalena Blanco.

—Un placer —la saludé.

—Mucho gusto —dijo ella, los dientes redondos, pequeños, impecables.

Debía tener mi edad, más o menos, aunque se movía por el aire del bar flotante como si llevara siglos sobre esta tierra.

—Santiago es un amigo de Bogotá —añadió el profesor—. Está de visita.

—¿De paseo?

—Algo así —respondí—, unas pequeñas vacaciones.

—Espero que disfrute mucho la región —dijo—, hay unos paisajes muy bonitos.

—Mañana se va a una reserva, ¿no? —preguntó Luis. Casi le agradecí esa pequeña oportunidad de continuar la conversación.

—Sí, como a dos horas, por el río.

—En ese caso —dijo ella, con algo de burla en la mirada—, no se

trasnoche mucho. La única lancha sale a las seis.

Miré hacia la mesa. Había doce botellas de cerveza ante nosotros; de ellas, yo debía haberme tomado ocho o nueve.

—Ya esta es la última —respondió Luis—. ¿No nos acompaña?

—Para la próxima, profe —se despidió—. Un placer, que disfrute el paseo.

Otra vez sus dedos entre los míos, como un pequeño animalito caliente. Al pasar a mi lado, hacia su mesa, posó por un instante su mano en mi hombro.

Todo el episodio me hizo ver que estaba borracho de nuevo. Pero era plácido estar allí, con el suave balanceo del río. Pedí otras dos cervezas.

—¿No son las últimas, no? —me preguntó Luis, con los ojos entrecerrados.

—Ah, ¿no? Pensé que usted había dicho...

—Era para ver si Magdalena se quedaba con nosotros —respondió—, es muy buena gente, conoce bien la zona.

—¿Qué hace?

—Es periodista.

—Pero no es de acá, ¿cierto? Se le nota.

—No —respondió—, creo que es de Cali o algo así. Vive acá hace como ocho años.

—Ah.

Llegaron las cervezas. Brindamos. Otra vez, desde los altavoces: *Me voy acercando, voy armando el plan / Solo con pensarlo se acelera el pulso.*

—¿No se cansan de poner esa mierda de canción?

Luis Infante sonrió. Lo miré un segundo y solté una carcajada. Ya ni el estruendo de los altavoces perturbaba la noche.

—¿Entonces?

—Ah, sí —continuó el profesor—, entonces llegamos al pueblo como a los quince minutos. Aunque se notaba el... digamos... *progreso*, todavía no era pueblo ni era nada, una aldea de treinta o cuarenta casas de madera alrededor de un descampado de tierra que hacía de parque principal. Solo dos edificios

eran de cemento: la iglesia, construida hacía como cinco años por los curas, y una especie de galpón de oficinas en el que funcionaban las administraciones primitivas del Estado: cinco personas que hacían todo el trabajo, y una especie de alcalde cuyo cargo exacto no recuerdo ahora, pues no podía haber alcalde si todavía no había municipio. Mauricio detuvo el jeep justo enfrente mientras señalaba con el dedo. Nos dijo que allá podíamos preguntar. Se despidió con un pitazo, pero prometió pasar después para ver cómo estábamos.

»Así que allí nos quedamos, Antonio y yo, de pie frente al edificio que parecía vacío. El calor aumentaba a cada segundo; estar bajo el sol era insoportable. Atravesamos un pequeño antejardín lleno de heliconias que separaba el edificio de la calle. Tocamos en una puerta de hierro pintada de amarillo. Oímos el eco que resonaba en el interior, como si fuera un cascarón. Tocamos de nuevo. Unos segundos después, sentimos pasos que descendían una escalera y se acercaban. Se abrió la puerta. Una anciana enorme nos sonreía desde la sombra. A su espalda se veía un gran jardín lleno de palmas, flores, orquídeas, plantas de plátano y bromelias. Nos presentamos. Nos invitó a seguir a una salita lateral en la que nos ofreció vasos de agua, pidió que nos sentáramos en unos asientos tejidos de palma y dijo que esperaríamos. No se veía a nadie, aunque sonaban pasos sobre nuestras cabezas. Después pensaría que era increíble que hubieran construido ese edificio tan grande para el trabajo de solo cinco personas. Era como la cancha esa nueva de fútbol, ¿la vio?

Asentí con la cabeza.

—Diez minutos después entró a la habitación el hombre más grande que yo hubiera visto en mi vida, le juro. Era como un gigante vikingo, un monstruo mitológico de barba anaranjada y cabeza enorme, el pelo cortado como un cepillo le daba un aire de maleante o saqueador; debía medir al menos dos metros, dos metros diez. Desde mi asiento parecía una montaña que se me

venía encima. Había abierto la boca; pensé que iba a escupir fuego o a tragarnos de un bocado, pero no fue así; a cambio mostró una sonrisa de dientes inmensos, blanquísimos, que fue una invitación a ponernos de pie y estirarle nuestras manos para saludarlo. Nos abrazó con fuerza, envolviéndonos en su ancho hábito marrón de misionero. Era el padre Manfred Adema, nacido en Holanda y encargado de coordinar la organización de las escuelas que estaban bajo la tutela de la comunidad de los capuchinos. Nos contó que llevaba diez años en la Amazonía, se había movido por todas partes, y parecía que por fin iba a poder establecerse en un solo lugar. No llevaba ni un mes en el pueblo. Hablaba en un español con acento portugués; de vez en cuando decía palabras que nadie entendía, supongo que en su idioma natal. ¿Neerlandés, es que se llama? Como fuera, él sería nuestro jefe máximo, a excepción de los rectores de las escuelas, claro, el encargado de llevarnos hasta nuestros respectivos destinos y a quien debíamos pedirle cualquier cosa que nos hiciera falta. Al parecer, a Antonio y a mí nos habían separado. Él quedaría muy cerca del pueblo, cruzando el río, mientras que yo debía ir a una comunidad que estaba a tres horas río arriba, donde había un internado con casi quinientos alumnos. No sé por qué, pero en ese momento me alegré. La perspectiva de alejarme del pueblo e internarme en las zonas más remotas de la región me resultaba muy atractiva. Además, Antonio había empezado a parecerme un poco desesperante y hablador.

»La separación fue inmediata. Antonio debía salir a la calle y preguntar en el muelle por la canoa que atravesaba el río. Con que dijera que iba para el colegio era suficiente para que lo llevaran sin cobrarle nada. Allí, debería preguntar por el padre Manuel, el rector, que tenía todas las indicaciones para recibirlo. El padre Manfred le dio otro abrazo antes de despedirlo en la puerta y le deseó buena suerte. A mí me acompañaría hasta la comunidad, pues tenía que entregarle al rector unos materiales que le habían enviado desde Bogotá; además, quería presentarme personalmente. Debíamos esperar a que la única

lancha disponible llegara de una visita matutina, así que, si quería, podía darme un baño y descansar un rato. Sin embargo, prefería esperar sentado en esa sala, mirando el jardín. El descanso lo dejaría para cuando estuviera en el colegio.

»Las plantas eran como una pequeña muestra en miniatura de la selva inmensa. Sus colores se mezclaban en un torbellino en el que era casi imposible discernir cuál flor pertenecía a cuál árbol, como si hicieran parte de un único ser amplio y sin límites. Me adormecí con la ligera agitación de las hojas, con esa red intrincada que era a la vez relajante e hipnótica.

»Desperté por el peso de la mano del padre Manfred en mi hombro. No había transcurrido ni una hora, pero ya me sentía descansado y fresco. Después de un almuerzo ligero en esa misma habitación, durante el cual no hablamos mucho y el sacerdote atacaba su comida como si fuera a escaparse del plato, salimos caminando hacia el muelle bajo un sol que ya no era ese ojo vengativo y ardiente de hacía unas horas; anduvimos de frente a la brisa que subía del río, un soplo cálido y dulce. La tarde empezaba a teñirse de naranja y vi a una multitud de indígenas que se movían a nuestro alrededor. Caminaban en todas direcciones, con bultos en la espalda. Esperaba verlos semidesnudos, apenas cubiertos por un taparrabos o un atado de ramas, con arcos y flechas, plumas en la cabeza, las mujeres con los senos colgando. Casi todos vestían pantalonetas, camisetas de colores y botas de caucho; las mujeres iban con vestidos estampados, de hilo de algodón, y sandalias o tenis. De no ser por sus rasgos no se hubiera dicho que eran indígenas. ¿Esto quiere decir algo? ¿Es bueno o es malo? ¿Tiene importancia? No lo sé, hermanito; llevo décadas acá y todavía no lo sé. La cantidad de veces que he tenido que escuchar, fastidiado, las discusiones sobre la pureza de los indígenas, o sobre el daño que les ha causado tener acceso a los avances de la civilización occidental, o sobre cómo se han perdido por culpa de los celulares, el internet, el reguetón... Y al final creo que ninguna de esas discusiones importa, porque

solo demuestran que seguimos siendo colonos sin escrúpulos, ignorantes que pensamos que ellos son algo así como unos niños que requieren de nuestra protección y nuestra buena conciencia para no dejarlos sucumbir ante la contaminación del mundo. Lo cierto es esto, créame: ellos son libres, más libres que nadie, o igual de libres que cualquiera, según se vea; y allá cada uno con las decisiones que tome. Nos damos golpes de pecho cuando pensamos en un indígena que escucha reguetón en un iPhone. ¿Y nosotros? ¿No será que somos nosotros los que deberíamos tirar a la basura nuestros teléfonos y dejar de escuchar esa música? No sé. Oiga, otra vez: *des-pa-cito*.

»Llegamos al puerto, donde nos esperaba la lancha en la que remontaríamos el río. El conductor era un joven de menos de quince años, flaco y rígido como una palmera, silencioso, ágil como un gato y de mirada siempre triste. Le decían el Cucaracho. Le dicen, porque todavía vive y sigue siendo lancharo, es al que contratamos siempre para los viajes de la Secretaría. Puede ir a cualquier lugar del río con los ojos vendados. La misma lancha también sigue en operación, aunque hace varios años le cambiamos el motor, cuando logramos hacer que el Gobierno asumiera la educación en la región y sacara a los misioneros de las escuelas. Los curas le habían puesto de nombre «La Princesa», quién sabe por qué, y no se lo hemos cambiado. En ese tiempo funcionaba con un motor Mercury de dos tiempos y menos de diez caballos de fuerza, lento y ruidoso, que se sentía como un interminable espasmo en cada célula del cuerpo. El muelle era apenas una hondonada de tierra a la orilla del río, frente a la que había estacionadas varias lanchas con motor y decenas de canoas de madera. Subimos a bordo, el padre Manfred y yo. La pequeña embarcación se zarandeó con el peso del religioso, escoró hacia un lado y volvió a su lugar, recuperada de la embestida momentánea. Yo me senté en la proa para disfrutar del paisaje, mientras que el cura iba atrás, junto al Cucaracho, conversando. Pronto me acostumbré al vaivén de la embarcación; pronto, también, su traqueteo se desvaneció como si hiciera parte del

movimiento del mundo, y quedé solo ante la inmensidad de la selva que me iba engullendo por primera vez.

»Pocas personas, creo, que hayan vivido la experiencia de un viaje casi solitario por un río como este son capaces de liberarse de su hechizo. Se cuela en la sangre, como un virus, y ya nunca se vuelve a ser el mismo. De repente, hay un momento en el que el resto del mundo, todo lo que pensó que existía y era real y era importante y era significativo, deja de existir, o existe solo en la certeza de que es algo ilusorio y vano. Como si toda la Historia de la humanidad no fuera más que un cuento de hadas, un relato para ayudar a los niños a dormir; y esto, lo que rodea la inmensidad del cielo azul, las murallas de árboles eternos y el choque del agua contra el borde de la lancha, los repentinos claros de campo abierto en la inextricable maraña del bosque, los cantos de las aves, las bandadas de pájaros que cruzan sobre el río, los delfines que a veces asoman sus jorobas en el horizonte o al doblar un recodo, los monos que gritan desde la espesura, todo, todo el aire, todo el viento y toda la luz fueran el mundo real, lo que existe de veras al margen de cualquier afán y cualquier empresa del orgullo o de la presunción. Como si fueran las últimas páginas del Génesis.

El profesor guardó silencio y miró hacia la mesa, donde se acumulaban las botellas vacías, aunque yo sabía que en realidad miraba hacia adentro, hacia algún paisaje perdido más allá de sus ojos, en el interior de su memoria. Por primera vez en toda la noche sospeché que acaso él también estaba un poco borracho. Ya habíamos bebido más de treinta cervezas. El bar se había llenado de gente, varias parejas bailaban entre las mesas, el alboroto de las voces competía con la música. ¿Cuánto llevábamos allí? ¿Dos, tres horas? ¿Cuatro? Calculé que debían ser las diez de la noche, poco más o menos. La oscilación de la estructura flotante ya se había fundido con mi borrachera y formaban un único movimiento vertiginoso pero placentero, una oscilación tranquila como la de un cuerpo en el agua, que es lo que a fin de cuentas éramos todos los que

nos encontrábamos allí. Pensé por un instante en que no podía emborracharme mucho más si quería despertarme temprano al otro día para salir en la lancha hacia la reserva. Pero tampoco quería dejar de escuchar la historia que el profesor me estaba contando. Una voz en mi cabeza prometió empezar a beber un poco más despacio a partir de ese momento.

—Llegamos tres horas después, cuando el sol ya se ponía detrás del bosque. Las nubes sobre el río se habían pintado de naranja y el agua se fundía en tonos marrones cada vez más oscuros. Cientos de aves regresaban a sus nidos, chillaban en su vuelo, dejaban en el cielo un eco de colores verdes, amarillos, rojos, azules, blancos. Algo me decía que esa noche, allí, conocería la verdadera oscuridad.

»La lancha se orilló contra un terraplén de cuatro o cinco metros de altura, tras el cual no alcanzaba a verse nada. La tierra estaba húmeda y nos costó trabajo ascender por la pendiente. Cuando llegamos a la cima, el padre Manfred se volteó y con una mano le hizo una señal al Cucaracho para que se fuera. Yo no sabía que él también iba a quedarse allí esa noche. ¿Cómo haría para regresar? Supuse que tendría algún acuerdo con el lancharo para recogerlo al otro día, o después. Me quedé mirando la lancha mientras se perdía en una curva del río. Aun si caía una noche más negra que la muerte, el Cucaracho sabría llegar al pueblo.

»Giramos y empezamos a caminar sobre terreno seco, cubierto por un pasto fino como el pelo de un gato. Ante nosotros apareció una gallina blanca que siguió su camino sin mirarnos. Era un gran claro rodeado de selva, sinuoso y verde, una especie de meseta amable que le daba la cara al río y sobre la que soplaba un viento suave. A unos cien metros se levantaban varios edificios de madera, rectangulares, de dos pisos, que formaban una especie de herradura en cuyo centro había un campo de fútbol. En los vértices donde quedaban los tiros de esquina, cuatro enormes palmas de moriche daban sombra a la cancha.

»En los dos edificios laterales, según me informó el padre Manfred,

quedaban las aulas y las habitaciones del rector y de los profesores; en los edificios centrales, cuatro largueros ubicados uno detrás de otro como una serie de barracones paralelos, estaban los dormitorios de los estudiantes. Arriba dormían los niños, abajo las niñas. Calculé que allí podrían caber, fácilmente, más de mil personas. Detrás, a casi cincuenta metros de distancia, quedaba la cocina, una enramada en la que todos los días se preparaba el almuerzo para el internado. Los baños eran unas letrinas en la parte más lejana del claro, a pocos metros de donde iniciaba la selva. No había energía eléctrica ni teléfono; para comunicarse debían ir en la canoa del colegio, que no tenía motor, río abajo, hasta el pueblo, un trayecto de casi siete horas, y regresar de la misma manera. El padre Manfred pensaba venir una vez al mes, si el trabajo de las demás escuelas se lo permitía, para revisar cómo iban las cosas.

»Al sentir nuestros pasos, una multitud de niños salió de todos los rincones para rodearnos. Eran cientos de ellos. Algunos tan pequeños que apenas sabían caminar; otros, niños a los que poco les faltaba para llegar a la adolescencia; la gran mayoría, una multitud entre los siete y los once años que nos atropellaba como una estampida. El padre Manfred sonreía, acariciaba cabezas, se abría paso agachándose para abrazar a alguno o separaba los cuerpos con las manos. Vi que hacia nosotros caminaba un sacerdote, un hombre alto y rubio que no vestía el hábito de los capuchinos sino una sotana negra tradicional, a pesar del calor. Tenía el andar pausado y la cabeza arrogante; miraba hacia los lados como si el mundo que lo rodeara fuera un programa de televisión o una película. Sonreía sin motivo. Me desagradó desde el primer momento. A su paso, los niños se separaron como el mar Rojo ante Moisés. No tuvo la necesidad de apartar a nadie con el cuerpo. Su presencia era un imán invertido: no atraía las cosas, las repelía. Al llegar a nuestro lado comprobé que olía a agua de Colonia y tenía el pelo demasiado bien presentado para ese clima y esa lejanía. Era un hombre que se esforzaba

demasiado por demostrar su bondad. Olía a club social. Tenía los ojos azules, las manos blancas como una porcelana, pero no era extranjero. Cuando habló, pude darme cuenta de que tenía el tono cantarín de los paisas. Esto, hermanito, es un prejuicio mío, pero nunca me han gustado los paisas.

»Era, claro, el rector del internado, se llamaba Gabriel Botero y llevaba tres años allí. Al darme la bienvenida abrió los brazos como un dios que delimita los términos de su eternidad, dio una vuelta para abarcar todo el terreno visible e invisible y volvió a su posición de fingida humildad, como si fuera el dueño del mundo que se aviene a saludar a unos simples intrusos. Más tarde he pensado muchas veces que esos primeros juicios sobre él no fueron más que manifestaciones del cansancio acumulado por el viaje, aunque mi aprensión hacia ese hombre demasiado perfumado nunca desapareció del todo.

»Después de visitar algunos salones recorrí las interminables hileras de catres de los dormitorios de los estudiantes, di una vuelta por las oficinas administrativas, saludé a las tres mujeres cansadas que preparaban sobre los fogones de leña de la cocina cuatro ollas gigantes de sopa para la cena, me tomé un vaso de limonada endulzada con panela y me presentaron a los otros seis profesores que tenían a su cargo la educación allí. Pedí que me mostraran mi habitación y me dejaran retirarme a descansar. Estaba ubicada en el segundo piso de uno de los edificios laterales, justo encima de la rectoría. No era más que un espacio cuadrado con un catre de hierro y una mesita de trabajo con un taburete de madera. En una de las paredes colgaba una repisa vacía y en la otra una cruz sencilla de madera oscura; sobre la cabecera de la cama, una pequeña ventana daba hacia el río, que ya estaba casi completamente a oscuras. Dejé mi equipaje en el suelo y me tiré en la cama. Quería pensar, darle vueltas a todo lo que había pasado desde el día anterior, hacerme una idea más firme de las personas que me rodeaban, del lugar en el que iba a vivir, de los meses que apenas empezaban; quería asumir el hecho de estar ingresando en un territorio desconocido y acaso salvaje, poblado de

personas que no solo no compartían conmigo el lugar de procedencia o la formación, sino la raza misma, las creencias más profundas. Quería pensar, sobre todo, en los niños, en esos cientos de niños solitarios que alguien había dejado allí para que un grupo de hombres y mujeres de distintas partes del país les transmitieran algo de lo que habían aprendido, los contagiaran de una supuesta civilización que, en apariencia, traíamos con nosotros, les dieran herramientas para enfrentarse a un mundo que aún quedaba lejos, más allá de todas sus fronteras, pero que se acercaba de manera peligrosa. Sin embargo, mi cerebro embotado cayó al instante en un hoyo negro de sueño e inconsciencia.

»No soñé, ni tuve ninguna visión de esas que uno tiene en la duermevela. Abrí los ojos y ya era otro día; una luz azulada, nocturna todavía, entraba por la ventana, y el bullicio de los loros hacía imposible cualquier intento de dormir de nuevo.

»Me asomé a la ventana para mirar el río; vi que el marco tenía una manija y que era posible abrirla. Empujé hacia afuera y entonces entró en la habitación una ráfaga de aire limpio cargado de tibios olores vegetales. Y fue ahí cuando ocurrió lo que de verdad quería contarle, el motivo de toda esta historia.

»Yo nunca había estado en un lugar así, ni había sentido el calor de esos aromas a flores y a hojas, a troncos, a agua recién despierta, a vegetación y animales, pero en ese instante sentí como si algo me devolviera a un punto inexacto de mi niñez que yo había perdido para siempre. No era un recuerdo, de ninguna manera; era más como una sensación, un paisaje que incluso podía estar más allá, antes de mi nacimiento, pues en él no había personas ni nombres propios ni ciudades ni objetos ni nada conocido. Me sentí cómodo, ligero, flotando por primera vez en unas aguas que eran mías y que merecían todo mi esfuerzo y mi valentía. Fue en ese preciso momento cuando desde mi cuerpo salió disparada una sonda que atravesó la tierra y me ató para siempre

a esta selva. Era como si siempre hubiera pertenecido aquí, no sé explicarlo de otra manera.

»Pasé cinco años en el internado. Ingresé poco a poco en una rutina que era tan precisa y monótona como el crecimiento de los árboles. Conocí a los niños, a los que los sacerdotes les cambiaban los apellidos a su ingreso al colegio. Janasoy, Shuña, Juajibioy, Yahuarcani, Naïre, Zafiana pasaban a convertirse en Salazar, Rodríguez, Gutiérrez, Pérez, en un acto violento y arbitrario, cargado de rencor, de miedo, de infinita mezquindad. Muchas veces intenté explicarle al relamido cura Botero que no era necesario hacerlo, que bien podíamos nosotros aprender a pronunciar sus nombres sin que por ello la educación se viera afectada, pero su respuesta era invariable y sin ninguna lógica: jamás serían hombres de Dios quienes no tuvieran apellidos de hombres de Dios. Los profesores que insistiéramos en llamar a los niños por los nombres que sus etnias les habían dado seríamos culpables de una falta disciplinaria grave. Yo, por mi parte, siempre establecía con ellos un acuerdo tácito, una amistad cómplice en la que, cuando podía, me dirigía a ellos por su apellido de origen, para que no lo fueran a olvidar. Muchos eran muy pequeños y no recordaban casi nada de su vida familiar, pero otros, los que llegaban después de los ocho o diez años, eran capaces de hablar de la maloca, de la coca, del mambe; hablaban de La Chorrera, el lugar del origen, el cual algunos de ellos habían visitado con sus padres o abuelos en un viaje de muchas horas, en canoa, por el río Igaraparaná; hablaban de atardeceres de fuego, así decían los niños, muchas veces escuché de boca de ellos mismos el mito de Nofideño, la madre creadora, y los mitos de Juzíñamui, Buinaima y Buinaño, que los misioneros identificaron con la trinidad del cristianismo; otros me explicaron cómo de la hoja de coca mezclada con cenizas de yarumo se hacía el mambe en un gran pilón de madera, y que servía para hablar y trabajar; también me explicaron que la maloca tiene cuatro postes laterales, uno por cada punto cardinal, y un gran poste central que comunica la tierra con

el cielo. Esto ellos lo sabían por sus padres y abuelos, claro, y porque, aprendí después, así tenía que ser.

»No pasó mucho tiempo para que yo entendiera que mi labor allí no era de enseñanza, sino de conservación. Todo lo que los niños me contaban en nuestros momentos de descanso, cuando dábamos un paseo junto al río o nos internábamos un poco en la selva circundante para buscar frutas o raíces que ellos conocían y que las cocineras usaban en su trabajo, eran saberes en vía de extinción, o así lo creía yo, tal vez ingenuamente. No me movía ninguna consideración de tipo intelectual o racial o antropológica, no crea usted; simplemente me molestaba pensar que todo eso que ellos sabían, relatos y recetas y tradiciones que eran bellas y servían para tantas cosas, se perdía aplastado por un saber de cartillas de Ciencias Naturales, Lengua Española y Matemáticas que incluso a mí, en la ciudad, me había parecido que servía para poco. Así que empecé a enseñar con un método que no consistía en otra cosa que en tratar de relacionar lo que ellos me contaban día a día con todo aquello que, por obligación de la Secretaría de Educación, me tocaba dictar. Al principio no fue fácil, pues no me tenían confianza y apenas los conocía, pero con el paso de los meses fui recolectando material suficiente como para planificar el año entero de clases sin ningún vacío. No le voy a contar ahora cómo hacía, pues sería tedioso, aunque sí le digo que tuve éxito y los curas nunca sospecharon de la heterodoxia de mis clases. Sabía que los niños no dirían nada porque, bien mirado, no había nada que decir: yo dictaba todos los contenidos de la cartilla, no dejaba un solo tema por fuera y me atenía estrictamente al programa. Y el rector, el cura Botero, permanecía demasiado ocupado con su indumentaria y su vanidad como para interesarse por lo que se enseñaba en su internado. Una vez que los niños acudían a su oficina para ser recibidos y se les asignaba un nuevo nombre, el interés del rector por lo que ocurriera con ellos desaparecía. Lo cual era mucho mejor que la situación de otros internados sobre los que oí hablar en esos años, en los que los rectores

imponían su disciplina con latigazos.

»Pero siempre he pensado que nada de eso hubiera sido posible sin la influencia del aire de selva fresca que entró por mi ventana esa primera mañana, hace ya casi cuarenta años.

El profesor Luis Infante se quedó mirando hacia el río, con los ojos entornados y vidriosos, en silencio, como si hiciera un repaso mental de todo lo que había ganado o perdido en ese tiempo. La mesa estaba forrada de botellas vacías, aunque hacía rato que habíamos dejado de beber. Yo empezaba a sentir un cansancio insoportable que me obligaba a moverme en la silla para no dormirme. El bar, sin embargo, seguía repleto. La gente bailaba, gritaba, daba vueltas con la música de los altavoces. Varias parejas se besaban en las mesas vecinas. Los dos meseros del lugar corrían de acá para allá sin detenerse un segundo, cargados de botellas y cajas de aguardiente. Intenté ubicar con la mirada a Magdalena, la periodista, pero no pude localizarla entre los cuerpos en movimiento.

—¿Qué horas son, Lucho? —pregunté, incapaz de continuar en ese abismo sin tiempo.

Miró su reloj de pulsera.

—Las once y diez —respondió.

Yo estaba exhausto, pero no quería irme. Me gustaba estar allí, envuelto por la historia de ese hombre que siempre miraba las cosas como si las encontrara terriblemente conmovedoras.

—¿Nos vamos a las doce? —propuse.

—Listo. Pidamos la última, entonces.

Levantó la mano y pidió otras dos cervezas. Hacía mucho que yo había perdido la cuenta de cuántas llevábamos. De nuevo, como una maldición, sonó la voz en el parlante: *Des-pa-cito. Quiero desnudarte a besos despacito...*

Reí, resignado.

—¿Qué pasó después de esos cinco años, Lucho? —pregunté—. ¿Cuándo

volvió usted al pueblo?

—Fue a finales del 87 —respondió—, un mes después de que, en una de sus visitas, el padre Manfred me dijera que tenía que ir empacando mis cosas y despidiéndome de todos porque al mes siguiente debía regresar con él. Aparentemente iban a ascenderme a un cargo mejor, en otro de los colegios de la zona. No me dio más detalles. La noticia me llenó de tristeza. Me había encariñado con muchos de los niños, los había visto crecer en esos años y convertirse en adolescentes robustos, jóvenes que pronto deberían volver a sus comunidades o irse a buscar algún futuro en cualquier lugar. Empezaba a ver que mis esfuerzos, a pesar de todo, parecían inútiles: era poco el espacio que había para ellos en el mundo. Los que aún tenían familia en la selva podrían reincorporarse a sus pueblos y llevar la vida tradicional de sus comunidades, pero la mayoría eran niños abandonados, huérfanos que al terminar los estudios partirían al pueblo a trabajar como obreros o como conductores de mototaxi. Nada, sin embargo, podría hacer yo. Además, debo confesar que la perspectiva de volver al pueblo, de cambiar de sitio, también me entusiasmaba un poco. Cinco años es mucho tiempo en un lugar como este, en el que los días son una masa elástica que se funde consigo misma y nunca deja de crecer. En fin, pasé esas cuatro semanas despidiéndome de mis alumnos, intentaba hablar con ellos uno a uno para recomendarles comportamientos que yo mismo no estaba seguro de ser capaz de acatar, recibía regalos y muestras de afecto, dibujos en papeles viejos o pequeñas figuras talladas en madera. La última noche, que no sabíamos si sería la última, pues no había manera de tener claro cuándo vendría el padre Manfred, bajo un interminable cielo estrellado, el cura Botero organizó una fogata junto al río. Comimos pescado frito, yuca hervida, arroz, casabe. Los niños permanecieron en silencio, como casi siempre que el rector estaba presente, y vi a dos de los más pequeños que lloraban en sus puestos. Casi a la medianoche nos retiramos. Empaqué mi equipaje y me acosté. Pensé un

momento más en los niños, en sus destinos inciertos, en los que se quedarían allí a merced del padre Botero, en los que saldrían y no lograrían abrirse camino de ninguna manera.

»Al día siguiente, en efecto, apareció el padre Manfred Adema en la misma lancha que siempre piloteaba el Cucaracho. Quise que la última despedida fuera breve, así que estuve encerrado en mi habitación hasta la hora de irnos. Me escabullí entonces como un ladrón, caminando rápido, sin querer cruzarme con nadie. En la orilla del río, el cura Botero me tendió la mano y respiré por última vez su aroma antinatural de colonia barata.

»Bajo el mando del taciturno Cucaracho, la lancha hizo de vuelta el mismo recorrido que, cinco años antes, me había internado por primera vez en las profundidades de la selva. Pero el que regresaba ahora no era el mismo. Me habían crecido la barba y el pelo, aunque los mantenía más o menos parejos con unas tijeras escolares; me sentía más flaco, menos denso, con una nueva forma de agilidad parecida a la de los animales; elástico. Mi mirada, sobre todo, era distinta: se había agudizado para ciertas cosas que antes me hubiera sido imposible reconocer. La presencia de un raudal en el río, los timbres de los cantos de las aves, el aroma de las plantas, la textura de la tierra bajo los pies, el olor del aire en los días de lluvia. Lo que antes había sido una amalgama irreconocible eran ahora los elementos mismos de la vida. Pasé casi todo el trayecto con los ojos cerrados, tratando de retener, para no olvidarlos nunca, los cinco años de mi vida que estaban a punto de terminar.

»Las luces del pueblo ahora se extendían hasta donde antes no había más que selva tupida. A la orilla del río habían construido una carretera pavimentada por la que circulaban cientos de motocicletas; lo que había sido un embarcadero de barro y tierra, ahora contaba con pequeños muelles de madera y escalinatas para ascender por la pendiente; a lo largo del puerto, sobre la calle, media docena de establecimientos comerciales alumbraban como esos bombillos especiales para atraer moscas. Me rodeaban salones de

billar, bares, discotecas y tabernas. Como era un viernes de diciembre, los lugares estaban atestados de gente. Grupos de hombres iban y venían por la calle entre los pitos de las motos y la música que salía de todos los locales. Era como si de repente hubiera caído sobre el pueblo una maldición de prosperidad y riqueza. Yo había visto esa transformación desde la distancia, como postales lejanas, en los ocasionales viajes que realicé al pueblo durante los cinco años anteriores, pero creo que no le había puesto demasiada atención. Por eso en aquel momento, cuando llegaba para quedarme, caí en cuenta, por primera vez, de que nada de lo que veía me resultaba familiar.

»Pasé esa noche en un cuarto de la Secretaría de Educación. Al día siguiente, durante el desayuno, el sacerdote me comunicó su intención de nombrarme coordinador de disciplina del Colegio José Eustasio Rivera, que quedaba del otro lado del río, frente al pueblo, el mismo al que habían enviado a Antonio el día de nuestra llegada. Algo en mí se retorció con aprensión. ¿Coordinador de disciplina? En el internado no existía ese cargo, pero yo lo imaginaba como una especie de policía castigador y arbitrario. Pregunté si podría seguir dictando clases. El padre me dijo que sí, aunque también tendría otras responsabilidades. No estaba en una posición en la que tuviera muchas opciones para escoger, así que acepté el nuevo compromiso. Pregunté cuándo debía empezar. Las clases iniciaban a mediados de enero, en más o menos un mes, y yo tenía ese tiempo para buscar donde vivir y acomodarme en el pueblo. Mientras tanto, podía quedarme en la Secretaría cuanto fuera necesario.

»Empecé a reconocer el pueblo poco a poco. El parque principal era ahora una plaza de concreto con bancas grises y juegos metálicos para niños; alrededor se habían levantado varios edificios de cemento, los mismos que usted vio a su llegada, esas moles rectangulares con techos de zinc y ventanas enrejadas.

»Mis caminatas empezaron a ir cada vez más lejos, hacia las afueras, donde

cientos de casitas de madera habían sido construidas por familias que habían tenido que salir de alguna parte. Era como si una cantidad enorme de personas hubieran caído del cielo para poblar la vieja aldea. Las cuatro calles del centro habían sido pavimentadas, pero los caminos de los suburbios seguían siendo trochas de tierra y polvo. De repente, una multitud de obreros, comerciantes, tenderos, empleadas, borrachos, jóvenes, viejos, blancos con ropas de colores, indígenas con ropa de blancos, niños semidesnudos, muchachas de faldas cortas, brasileros, peruanos y bogotanos se habían apoderado del espacio. Yo me movía entre ellos como uno más, otro extraterrestre que aterrizaba allí sin saber muy bien por qué. Cuando le preguntaba al padre Manfred por esa proliferación humana, me contestaba que la región hacía parte de un programa estatal de recuperación territorial, y que, así como yo había sido traído desde Bogotá para enseñar a los niños, muchos otros habían aprovechado el buen momento para probar suerte.

»Pero había otro motivo, y no le será difícil adivinarlo: el narcotráfico. La Amazonía colombiana se había convertido, de pronto, en uno de los corredores de la droga desde el sur del continente. Su posición aislada le proporcionaba dos cosas: cierta protección ante los desmanes que desangraban el interior del país y una relativa inmunidad para mover cargas de cocaína sin que las descubrieran las autoridades. Era contradictorio: la zona estaba tan apartada, que no servía como ruta central para los grandes cárteles del norte, pero por eso mismo era perfecta para mover algunos cargamentos sin arriesgar demasiado. Por eso habían aparecido narcos de medio pelo que controlaban el negocio en la región, criminales que se gastaban sus ganancias construyendo salones de billar y discotecas en medio de la selva y a quienes no les importaba mucho el espectáculo político y sangrante de hombres como Pablo Escobar o los Rodríguez Orejuela, los cuales, de todas formas, seguían siendo sus patronos.

»Ya habían muerto Lara Bonilla, Guillermo Cano, Héctor Abad, Pardo Leal;

ya había caído Tranquilandia; había estallado una bomba en la embajada de los Estados Unidos de Bogotá; habían asesinado, en 1986, en Leticia, a Roberto Camacho Prada, corresponsal de *El Espectador*. Todo eso había sucedido mientras yo estaba aislado, y aunque en esos cinco años me había enterado de retazos de esas noticias, fragmentos de una realidad destrozada que ocurría lejos, muy lejos de mi refugio en la selva, era como si ahora la realidad me aplastara con un peso acumulado de violencia e indiferencia, un desplome de escombros sobre mi cabeza. Fui descubriendo todo esto con el paso de los días, con la lectura de periódicos viejos y las conversaciones con el padre Adema y los demás empleados de la Secretaría de Educación, que ahora parecía un hervidero de funcionarios sudorosos tecleando con furor en sus máquinas de escribir. En mi interior se iba edificando, poco a poco, un mundo nuevo en el que reinaban la violencia y la sed de poder, y al que yo le había dado la espalda voluntariamente.

»Entonces recordé a Antonio. No había vuelto a saber de él desde el día en que nos separamos. Decidí buscarlo. Era una mañana de lunes de un diciembre caluroso y húmedo. El padre Manfred había salido de madrugada a una de sus visitas, así que me fui para el colegio a preguntar por Antonio y aprovecharía para conocer el que sería mi nuevo lugar de trabajo. Las clases ya se habían terminado, pero en ese momento no se me ocurrió una mejor manera de encontrar a mi antiguo compañero.

»Crucé el río en la canoa que estaba allí siempre disponible para eso, conducida por un viejo indígena mal encarado que no hablaba con nadie ni respondía cuando le hacían preguntas. El sol reventaba sobre el agua en miles de agujas de luz que herían la vista; los árboles estaban quietos, pasmados por el calor; un par de golondrinas desubicadas giraba en el cielo sin mucha convicción. En la otra orilla, detrás de un terraplén fangoso, se extendía una planicie de varios cientos de metros, un espacio verde y liso como una sábana, protegido aquí y allá por la sombra de algunas palmas de mirití y matas de

plátano. Allí se levantaban las instalaciones del Colegio José Eustasio Rivera, ocho edificios de cemento pintados de amarillo con tejados de zinc verde oliva, un alarde de soberbia y opulencia en comparación con los galpones de madera de mi antiguo internado. En el centro del campo había dos canchas de asfalto, una con porterías de fútbol y la otra con aros de baloncesto. La base de los troncos de las palmas había sido encalada para protegerlas de las hormigas. Caminé por entre los edificios durante algunos minutos, sin encontrar a nadie. Saludé en voz alta, pero no hubo respuesta. Estaba a punto de devolverme cuando vi que del edificio más alejado empezaba a salir gente. Doce o quince personas que se dirigieron hacia donde yo estaba, de pie como una estatua en medio de la cancha de fútbol. Todos eran adultos. El grupo de profesores, pensé. No reconocí a Antonio por ningún lado.

»Nadie pudo darme razón de él. Todos, sin excepción, repitieron lo mismo: Antonio había abandonado el colegio menos de un año después de su llegada, y nunca había vuelto. Algunos lo habían visto en el pueblo, aunque nadie sabía a qué se dedicaba. Una mujer de pelo seco y amarillento como las hojas muertas del maíz aseguraba haberlo visto hacía menos de un mes en uno de los billares del puerto.

»Di las gracias y me despedí de todos. No sé por qué no les dije nada acerca de mi nuevo trabajo. Ya regresaría en enero para presentarme oficialmente. No volví a pensar en Antonio. Un par de semanas más tarde, en vísperas de Navidad, conseguí una casa a un par de cuadras del parque principal. Era una construcción rectangular, de una sola planta, con un espacio social abierto y una habitación pequeña. El precio del arriendo era bajo. Lo que más me gustó, sin embargo, fue el pequeño patio trasero al aire libre, en el que podría sembrar flores y tal vez ubicar unas sillas mecedoras. Me mudé el veintitrés de diciembre, después de pasar la mañana comprando algunas cosas que me permitieran vivir cómodamente mientras empezaba a cobrar el nuevo sueldo. Mis ahorros de los cinco años anteriores eran más que suficientes, así

que me di algunos lujos: un radio para escuchar música, tres ventiladores de pie de los más modernos, una estufa eléctrica con horno incorporado, una mesa de comedor con cuatro sillas, un par de sofás, una mesa de centro, una cama doble, las dos mecedoras para el patio. La última compra la hice el día antes de Año Nuevo: una pequeña moto Yamaha de color azul claro.

»Fue por esos días cuando volví a ver a Antonio y tomé la decisión de olvidarlo para siempre. Yo estaba en el puerto, al final de la tarde, veía el atardecer desde uno de los barandales que dan contra el río. Permanecí allí un rato, hasta que me llamaron la atención dos jeeps que recorrían la calle a una velocidad descontrolada. Reconocí de inmediato al que iba de primero: era imposible olvidarse de ese color verde menta. Era Mauricio, la vista fija en el volante como si estuviera dentro de una burbuja. Le seguía la pista Antonio; conducía con un brazo apoyado en el marco de la ventanilla abierta y un cigarrillo en los labios. Ví en su pecho descubierto el destello de una cadena dorada; vi su sombrero de vaquero y su nuevo bigote de mariachi. Vi, sobre todo, sus ojos ebrios, ¿de qué?, imposible saberlo. Me volteé rápidamente hacia el río, para que no me reconociera. Esperé hasta que el ruido de los motores se esfumó a lo lejos; regresé caminando hacia mi casa con la firme intención de nunca más cruzarme con él.

»Dos años después, Antonio amaneció abaleado en una casa que había comprado a las afueras del pueblo, cerca del aeropuerto. Esa misma noche, Mauricio apareció flotando en el río, carcomido por los peces y con un disparo en el cráneo. Nadie se encargó del entierro y los dos terminaron en una fosa común en la parte trasera del cementerio.

»Después de eso, hermanito, no ha sido mucho más lo que me ha pasado. Nunca me casé, ni tuve hijos, ni formé una familia. Alguna vez me enamoré de una mujer que vino al hospital del pueblo a hacer su año rural. Íbamos a casarnos, me prometió quedarse conmigo y después desapareció para siempre. En 1998 estuve a punto de morir cuando la guerrilla se tomó el pueblo;

cayeron bombas sobre los edificios y las ráfagas de fusil agujerearon los muros de las casas. Durante muchos días tuvimos miedo de quedarnos. Cientos se fueron, evacuados por aviones de emergencia del Gobierno. ¿A dónde me iba a ir yo? Mi casa está acá, mi tierra es esta, nada tengo que hacer en Bogotá ni en ninguna otra parte. He sido profesor en siete colegios de la región; fui rector de tres de ellos; soy capaz de reconocer por su nombre y apellido a todos los menores de treinta años del departamento. Si una bala no acabó conmigo ese día, de todos modos la muerte me encontrará en algún lugar de este pueblo, o en medio del río, o en la selva. Así tiene que ser, hermanito, no de otra manera.

II

Abrí los ojos, pero la oscuridad no me decía nada. Afuera sonaban ya las voces de la gente, la bulla de las motos; eran sonidos lejanos, amorfos. En la penumbra de la habitación empecé a reconocer los objetos: la maleta tirada en una esquina, la cámara puesta de cualquier manera sobre una silla, la ropa desperdigada por el piso. Eran imágenes que sucedían en otro tiempo, en otro espacio. Sin previo aviso, la realidad se reacomodó a toda velocidad, como un cubo de Rubik que empareja sus colores con la sola ayuda de su energía interna. Tomé conciencia de mí mismo, de mi dolor. Sentía la cabeza como si estuviera llena de agua, el cuerpo aplastado por su propio peso, la boca en llamas, el estómago inundado de lodo. Intenté moverme, pero un corrientazo en la base del cráneo me detuvo. Sentía un peso en el costado izquierdo. Giré la cabeza con la lentitud de un barco encallado y me encontré a pocos centímetros del rostro plácido y durmiente de Magdalena, la periodista. Solo entonces caí en cuenta de mi desnudez. Nos cubría la ligera sábana blanca; el cuarto estaba helado por el aire artificial. Volví a acostarme e intenté recordar. En algún momento de la noche, no sé cuánto tiempo después de que el profesor Luis Infante terminara su historia, Magdalena se había acercado con una botella de aguardiente y había tomado asiento entre los dos. Me vi recibiendo copa tras copa, bajándolas con cerveza, fumando sin parar. En algún momento (pero ¿cuándo?), Lucho se había ido, y ella y yo quedamos solos ante la botella. Recuerdo que hablamos (pero ¿de qué?). Recuerdo, como una secuencia fotográfica de alguna película sin foco, que caminamos por el malecón con otra botella de aguardiente (¿o era la misma?) que pasaba de

mano en mano (¿de dónde había salido?) y de la cual tomábamos del pico. En algún punto de la orilla del río, mi mente se hundió en la negrura. Ninguna imagen me permitía hacer la transición entre ese último escenario y mi habitación del hotel.

Magdalena se movió hacia mí, todavía dormida, y pasó un brazo sobre mi pecho. Recostó su cabeza en mi hombro, dejó escapar un suspiro pesado y expansivo que llenó la habitación de una especie de placidez agria de alcohol. Aspiré su aire y cerré los ojos. Era, a pesar de todo, un momento apacible.

Volví a quedarme dormido, en un sueño profundo que alivió un poco los estragos de la resaca. El despertar, esta vez, fue lento, suave, como si emergiera de un fondo marino hecho de niebla. Abrí los ojos de nuevo. Magdalena me estaba mirando. Sonrió antes de levantar la cabeza y darme un beso en la boca. Yo no sabía qué había pasado la noche anterior, pero nada de lo que me rodeaba me resultaba desagradable: la presencia de esa mujer pequeña, redonda, delicada como un pájaro doméstico; el halo de intimidad salido de quién sabe dónde que nos rodeaba; el aire helado; las respiraciones acompasadas. Era más hermosa de lo que había previsto. O, mejor, era *tan* hermosa como la había imaginado la primera vez que la vi, vestida con su camisa blanca y sus bermudas caqui (¿dónde estaban?). Le devolví el beso, un poco avergonzado por el indudable olor de mi aliento, sintiendo una forma de deseo con la que tenía mucho que ver el alcohol que todavía me corría por la sangre.

Antes de decirnos una palabra, antes de darnos los buenos días o de intentar reconstruir (¿hasta dónde se acordaba ella?) la noche anterior, antes de habernos levantado con sorpresa o con desconfianza o con el humor sombrío propio del despertar etílico, antes, siquiera, de intentar algún gesto que disimulara nuestra extrañeza, estábamos haciendo el amor con una intensidad contenida en la que sus ojos apretados y su boca semiabierta, que dejaba al descubierto sus dientes perfectos, fueron suficientes para entender que

estábamos experimentando una forma de placer que nos redimía y derribaba las barreras de esa mañana sin recuerdos.

Volvimos a quedarnos dormidos, ella recostada en mi pecho y yo con la cabeza apoyada en su pelo. Otra vez caímos en esa neblina blanca sin imágenes ni ruidos.

Me despertó el afán de orinar. Me separé con cuidado de Magdalena y me puse de pie. El mundo se zarandeó con violencia, azotado por una explosión dentro de mi cabeza. Me agarré de la cabecera de la cama. Esperé a que pasara el terremoto y solo entonces pude caminar lentamente hasta el baño. Oriné un chorro espeso y amarillo más parecido al aceite de oliva que a cualquier otra cosa. Aproveché para lavarme los dientes antes de regresar a la cama. Magdalena estaba despierta. Se había incorporado sobre las almohadas, mientras ojeaba un libro que yo llevaba entre mi equipaje y no recordaba haber desempacado todavía.

—Me habló mucho de este libro anoche, ¿se acuerda? —me preguntó.

A pesar de tratarme de usted, su tono era divertido y blando.

Era un ejemplar de *El cielo protector*, de Paul Bowles.

Decidí ser sincero.

—No me acuerdo de muchas cosas de anoche —respondí.

—Me imagino —dijo—, en esa rasca... Era algo así como que usted pensaba que ese libro era una guía y un oráculo y una maldición, todo a la vez, y que el viaje que hace el personaje, no me acuerdo del nombre, ¿Pot? ¿Pat?, no sé, era el mismo viaje que quería hacer usted, aunque usted no tiene novia como él, claro, y que por eso vino a la selva, para ver si la puede olvidar, o algo así, pero era parecido, con la misma intención, mejor dicho: perderse en lo profundo y lo desconocido, aunque él, el personaje, después se muere en medio de enormes sufrimientos, enfermo o algo así, y esa es la maldición de todos los que quieren perderse, que el presente, la realidad, siempre los alcanza. Eso dijo usted anoche, o algo parecido.

—Port —dije.

—¿Ah?

—Port —repetí—, el personaje se llama Port, Port Moresby.

—Ah, eso, Port.

No sabía qué decirle. De una manera más o menos cercana, lo que ella recordaba sí eran mis ideas acerca de la novela. Para mí, desde que la había leído por primera vez, cinco o seis años antes, era un libro que nunca había dejado de acompañarme. En gran parte, la idea del viaje había sido incitada por una relectura reciente. El destino de Port Moresby no estaba muy alejado, o eso creía yo, del mío propio. O del de cualquier hombre, al final. Con la diferencia, claro, de que yo no era rico.

—Y también dijo que me lo iba a regalar.

Se había puesto seria, con una mirada que ya no era de burla o de juego, sino de tristeza. Entendí entonces que detrás de ese regalo había algo más, una promesa o una ofrenda insinuada por mí y que representaba mucho más que el simple libro.

—Claro que sí —dije, y le sonreí con una sonrisa sincera que estuvo a punto de cerrarme la garganta—. El libro es suyo.

Su cara se volvió a iluminar.

—Aunque es posible que no lo lea nunca —dijo, burlona de nuevo—. Usted ya me contó el final.

Agarré el libro y empecé a pasar las páginas. Encontré el fragmento que buscaba.

—Oiga esto —le pedí, y empecé a leer—: *Su grito atravesó la imagen final: las manchas de sangre fresca y brillante en la tierra. Sangre y excrementos. El momento supremo, arriba, dominando el desierto, cuando los dos elementos, sangre y excrementos, largo tiempo separados, se funden. En la claridad del cielo nocturno aparece una estrella negra, un punto de sombra. Punto de sombra y puerta del reposo. Ve más lejos, traspasa la fina*

trama del cielo protector, descansa.

Había recostado su cabeza contra mi hombro. Levantó la mirada y me buscó la boca. Nos besamos largamente, con un ritmo en el que había desaparecido toda ansiedad.

—Es muy bello —dijo entonces—, eso que me leyó.

—Es el momento de la muerte de Porter—respondí—, de ahí en adelante, su mujer queda sola.

—Bueno, tal vez sí lo lea.

Cerró el libro y lo dejó a un lado de la cama, junto a su cuerpo desnudo.

—¿Va a ir conmigo?

Sentí de nuevo el derrumbe de la realidad sobre mí, una realidad, además, acerca de la que yo no tenía noticias.

—¿A dónde?

Sonrió de nuevo, pero ahora era una sonrisa opaca.

—No se acuerda de nada, ¿verdad?

No era una acusación.

—De casi nada.

La vi dudar un momento, como si estuviera decidiendo entre dejarme en la ignorancia o iluminarme.

—Yo le conté de un viaje que tengo que hacer esta noche, para una investigación, y usted se ofreció a acompañarme. Es una cosa de unas horas. Me dijo que iba conmigo a eso, así mañana salíamos juntos para la reserva.

Quise adivinar si aún había algún ofrecimiento en sus palabras. Jamás hubiera creído posible algo así, tan pocas horas después de haber llegado allí; ni siquiera había pasado un día en el pueblo y ahora estaba en la cama con una mujer, intentando recordar las promesas hechas la noche anterior en medio de la borrachera. La mayoría de las veces, en una situación parecida, mi reacción hubiera sido huir de allí, con cualquier excusa, para rumiar mis sentimientos de autocompasión y lástima. Ahora, sin embargo, deseaba que mi desmemoria

no fuera la causa de la cancelación de esos planes. Quería pasar el día con Magdalena, acompañarla en su viaje de trabajo y llevarla después conmigo durante los tres días de descanso que me quedaban. Me había sumergido en algo que no comprendía, que no recordaba, pero era agradable y bello, era cálido, y no quería salir todavía a la superficie.

Sabía que debía hablar, que de mis palabras dependería todo el resto.

—Mire, Magdalena —empecé, y al instante me arrepentí del tono—, yo sé que anoche estaba muy borracho; si le soy sincero, no recuerdo nada de lo que pasó desde que usted se nos unió a Luis y a mí en el bar, pero sí sé que lo he pasado bien y que esta mañana, a diferencia de otras muchas de mi vida, no tengo ganas de salir corriendo. Si usted quiere, todas las propuestas todavía están en pie. Me encantaría acompañarla en su viaje de esta noche. Me encantaría que usted viniera conmigo mañana a la reserva. Ya hoy, de todos modos, perdí la lancha.

Y era cierto. No sabía qué horas eran, pero calculaba que serían casi las once de la mañana. Una punzada en mi estómago me lo confirmó.

—¿Eso fue su estómago?

—Sí —dije—, un demonio amazónico que tengo adentro.

—Yo también tengo hambre —dijo ella, empezando a levantarse—. Vamos a buscar desayuno.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Vamos viendo.

Y empezó a levantar su ropa del piso.

Sin pedir permiso ni preguntar nada, se metió en el baño. Poco después oí el chorro de agua como un murmullo lejano. Intenté poner algo de orden en mis cosas. Doblé la camisa sucia, las bermudas, las medias; estiré la sábana sobre la cama; acomodé mi maleta en un rincón tras sacar la ropa limpia para ese día: unos pantalones azules de microfibra, especiales para la selva, y una camiseta a rayas blancas y rojas, con la que parecía un panadero francés.

Revisé que la cámara estuviera bien antes de guardarla en el morral. Le retiré la batería para conectarla en un enchufe detrás de la cama. El chorro de agua dejó de caer y Magdalena salió envuelta en la única toalla que el hotel había dejado en el baño.

Su cuerpo desnudo era nervioso, tenso, como si una fuerza mayor que ella pujara por salir; sus formas firmes, aunque suaves, daban la impresión de que era más alta, aunque no debía pasar del metro sesenta. El pelo era como una cascada marrón que parecía no acabar nunca. Vi en sus rasgos, por primera vez, algo mestizo que no supe identificar: un rezago de lejanos ecos caribes. O un pasado negro que ya no era posible rastrear más que en los misterios de la sangre. Pensé en una talla de madera, en una máscara de cedro, en las curvas húmedas del barro mientras gira en el torno. Con menos pudor que agilidad se secó frente a mí y tiró la toalla con desprecio sobre la cama. Cogió su ropa, se vistió minuciosamente. La pantaloneta de color caqui y la camisa blanca habían vuelto a su lugar. Cuando terminó, me descubrió mirándola en silencio, inmóvil, con una expresión que tenía que ser un poco tonta. Levanté la toalla, tomé mi ropa y me metí al baño. Cerré la puerta. Intenté detener por un instante la velocidad frenética de mi cerebro.

El golpe del agua fría me trajo de nuevo los síntomas de la resaca. Volví a sentir la garganta seca, la cabeza torpe, inflada. Un retorcijón en el estómago me obligó a doblarme sobre mí mismo como un animal herido. Sentía los músculos débiles, flojos, la vista cansada. Me enderecé y terminé de lavarme haciendo un esfuerzo casi doloroso. El pene me colgaba flácido entre las piernas chorreantes.

No sé por qué preferí vestirme dentro del espacio minúsculo del baño. Me lavé los dientes despacio. Cuando salí al cuarto listo para irnos, Magdalena estaba sentada en el borde de la cama, ojeando distraída las páginas de *El cielo protector*. Recogí las gafas del suelo, me las clavé en la nariz y me paré frente a ella, como un niño que ha terminado de arreglarse para ir a la iglesia.

—¿Listo?

—Listo.

—Vámonos pues.

El pueblo ardía bajo el sol del mediodía. No era el resplandor de un día soleado: era el resplandor de un día en llamas. Tuve que entrecerrar los ojos mientras maldecía por haber dejado entre el morral las gafas de lentes oscuros. A esa hora, las calles lucían extrañamente desiertas. La gente se recluía del calor en sus casas o en los negocios. Pocas motos circulaban por la calle. En la gélida recepción del hotel no habíamos visto a nadie.

Cruzamos la calle para dirigirnos hacia la plaza de mercado, por detrás de la iglesia. Era un cobertizo inmenso con tejado de chapa y pequeños puestos de madera. Una veintena de hombres y mujeres ofrecían sus productos, ya escasos por lo avanzado de la hora. No había mucho que escoger, aunque vi algunos frutos y tubérculos que me eran totalmente desconocidos. Magdalena recitaba:

—Copoazú, arazá, açái, camu-camu, bacao...

Y ante mí desfilaban grandes huevos cubiertos de una pelusa marrón, esferas parecidas a guayabas, bolitas púrpuras, cacaos inmensos, piñas, lulos, ajís con forma de ojos de pescado...

Llegamos a una esquina en la que un par de mesas se recostaban contra las columnas del galpón. Una mujer con un cucharón revolvía una sopa en un caldero profundo sobre unas brasas. Una de las mesas estaba ocupada por dos hombres adormilados. Nos sentamos. Yo incliné la cabeza en silencio. Sin que le hubiéramos ordenado nada, la mujer puso ante nosotros dos platos de sopa con dos porciones de casabe y un plato lleno de tajadas de plátano fritas. A un lado, en un recipiente pequeño, una especie de salsa en la que se asomaban pedacitos redondos de ají amazónico. En el caldo flotaban dos trozos grandes

de pescado y algo que parecía yuca o tal vez ñame. Lo probé. Estaba hirviendo. Era un caldo picante y aromático, como un sancocho, aunque menos denso.

—Está delicioso —le dije muy en serio a Magdalena—. ¿Qué es?

—Se llama quiñapira —respondió, sin dejar de comer—, es un caldo a base de pescado ahumado y ají. No hay nada mejor para el guayabo.

Sumergí en la sopa los trozos de casabe; devoré cada cucharada como si en ello se me fuera la vida, mientras sentía que poco a poco aterrizaba en mi propia conciencia.

Terminamos de comer sin volver a dirigirnos la palabra. Al final, en los platos no quedó una sola gota.

Fui a pagarle a la mujer, pero Magdalena me lo impidió.

—Ni se le ocurra, esta la invito yo.

No la contradije.

—Al fin y al cabo —me dijo al salir de nuevo a la calle—, a usted le va a tocar invitar todo el fin de semana.

Caminamos hacia el parque, con la panza repleta de ese caldo milagroso.

—Lo recojo en su hotel a las cinco —se despidió Magdalena—; trate de descansar un poco.

Me dio un beso rápido; la vi dirigirse hacia el malecón y después torcer por la calle lateral de la izquierda.

Regresé al hotel, me desnudé, me tendí en la cama. Casi antes de darme cuenta, caí profundamente dormido.

Me despertó el calor. La sábana a mi alrededor era una capa translúcida de tibia humedad. Tenía el cuerpo cubierto de sudor, goteaba hacia los costados, los pequeños canales líquidos resbalaban por mi pecho y mi frente. En algún momento de la tarde había dejado de funcionar el aire acondicionado. Estiré una mano hacia el interruptor que estaba junto a la cama; nada: no había luz. Moverse parecía un esfuerzo imposible. Sentía los músculos pesados, aprisionados entre el sopor, la pesada digestión y la resaca. La siesta había sido reparadora, pero ahora no veía cómo continuar en ese día incierto. Poco a poco, Magdalena empezaba a convertirse en una figura fantasmal, como si hubiera surgido de mi sueño o de mi pesadez espiritual. Sin embargo, teníamos una cita, a las cinco. ¿Qué horas eran? ¿Hacia cuánto había dejado de preocuparme por el tiempo y me encontraba en ese estado donde no existían más que ese lugar caliente y mis acciones inesperadas? Me levanté con lentitud en medio de una oleada de calor; encontré el celular en la mesilla de noche, lo encendí. Solo quería mirar la hora. Cuando el sistema terminó de cargar, una avalancha de mensajes aturdió la pantalla y desvió toda mi atención. Once mensajes eran de mi mamá; seis o siete, de mis amigos de la ciudad; diecisiete, de Lucía. Dejé estos últimos sin leer. Le escribí a mi mamá que estaba bien, que no se preocupara, que todo iba perfectamente. Mis amigos no preguntaban nada: solo mandaban chistes malos y videos porno.

Miré el celular: 3:57. Tenía una hora para alistarme. Comprobé que los mensajes se hubieran enviado, apagué el aparato y lo devolví a su lugar en la mesa. Allí quedó, en una inmovilidad perfecta en medio del calor.

Me di una ducha. Decidí vestirme con la misma ropa de la mañana y abandoné el infierno cerrado de la habitación. El hotel estaba en penumbras, solitario, sin un soplo que permitiera adivinar un rastro de vida. ¿Es que nunca se hospedaba nadie allí? ¿Dónde estaba, al menos, la pareja de gringos atolondrados? La mujer de la recepción estaría en el restaurante, sin duda, y hacia allá me dirigí.

La mesa que había ocupado el día anterior estaba libre; tomé asiento, miré a mi alrededor hasta que vi dirigirse hacia mí al joven del bozo y le ordené una cerveza. El calor no había cedido. La tierra de la calle se levantaba al paso de las motos como una neblina traicionera. Era difícil respirar. Mi camisa estaba empapada, manchada de sudor en la espalda y las axilas. Parecía que en ese lugar nada podría hacerse, salvo esperar la muerte.

El muchacho puso frente a mí una botella de Póker helada. La cerveza fue casi un alivio. Al tercer sorbo sentí ganas de fumar. Me había olvidado de bajar una de las cajetillas que tenía en la maleta, así que llamé de nuevo al joven para pedirle cigarrillos, pero me respondió con una cara como si le hubiera preguntado por una nave espacial:

—Solo hay Mustang Rojo.

No acepté. Hay cosas que un fumador de Marlboro no puede aceptar.

Terminé la cerveza y pedí otra. Todavía tenía al menos media hora antes de la llegada de Magdalena. El mundo iba volviendo a ser un lugar vivible. Descubrí que el guayabo había desaparecido casi del todo, que mi cerebro encontraba otra vez un asiento cómodo en el mundo.

Dejé sobre la mesa un par de billetes y me dirigí de nuevo hacia la recepción. Me sentía alegre, liviano, como si algún tipo de exorcismo hubiera sido practicado en mi alma.

Ví a Magdalena acercarse desde la esquina. La esperé en la puerta, la vista clavada en sus pasos. Vestía un pantalón holgado, verde oliva, una camisa sin mangas con un gato estampado en el pecho, un par de botas de caucho negro.

Se había recogido el pelo en una trenza y se cubría la cabeza con una pañoleta azul que no hubiera desentonado en una película de los años veinte o en un cuento de Fitzgerald. A pesar de su atuendo, algo en ella indicaba su pertenencia al lugar, o al menos su conexión con él: una especie de respeto en la forma de caminar, de reverencia en la mirada, de tranquilo reconocimiento ante el paisaje. Era, sin duda, una colona, pero parecía haber sabido devolverle a la tierra lo que esta le había dado. Aunque todo esto no eran más que especulaciones mías: si ella me había contado antes su historia, yo no la recordaba.

—Ya en la puerta —dijo, a modo de saludo—. Muy puntual.

—Nunca dejo esperando a nadie.

Nos abrazamos.

—Bueno, el plan es este —continuó—: tenemos que ir primero a comprar algunas cosas, comida y eso, porque el viaje va a ser largo, no creo que volvamos antes de las dos de la mañana; después, vamos a recoger a Cucaracho en su casa, y de ahí sí salimos hacia el puerto, donde está la lancha que me prestaron.

Reconocí el nombre del lancharo de la historia del profe Lucho, pero no dije nada.

En una tienda cerca de la plaza compramos unos paquetes de papas, diez cervezas, una bolsa de pan y una botella grande de gaseosa. De ahí, nos dirigimos hacia la casa del lancharo, ubicada, según me había dicho Magdalena, a la orilla del río, kilómetro y medio más allá del parque principal. El calor había vuelto a aumentar, las nubes se habían retirado y el sol era un castigo final antes del crepúsculo.

La modorra había regresado, pero la caminata por el malecón me había sentado bien, a pesar de que cada paso implicara el esfuerzo sudoroso de poner en marcha un mecanismo pesado y haragán. A mi izquierda, el río se deshacía en visos naranjas; sobre él revoloteaban las garzas y pequeñas aves

pescadoras. Los niños recorrían las orillas en sus potrillos, mientras con unas cañas diminutas pescaban la cena. Lanchas rápidas iban y venían, disipando por momentos la tranquila superficie del agua que parecía poblada por luciérnagas submarinas. Saqué del morral la cámara. En una curva, bajo la sombra de unas palmas, me acurruqué e intenté conseguir algunas fotografías de la vibrante vida del río a esa hora. Magdalena se detuvo a mi espalda, paciente, sin decir nada. Cambié el lente de 35 mm por un teleobjetivo de 300 mm, un zoom potente con el que lograría, con un poco de suerte, algunas tomas de las aves sobre el agua. Ajusté el diafragma a una abertura media para lograr nitidez y calculé la velocidad en 1/1000 de segundo, para congelar el vuelo y la expresión intensa de los ojos animales. Aumenté el ISO para compensar la entrada de luz al sensor. Si las fotos salían algo oscuras, siempre podría arreglarlas en el computador. De todos modos, era un atardecer resplandeciente y la luz no podía ser mejor.

Un grupo de golondrinas sobrevoló el mundo danzando en el viento caluroso. Ya había visto algunas en mi paseo de la tarde anterior. Sabía que eran comunes en las regiones frías de la sabana y que, por lo general, su vuelo rasante indicaba lluvia inminente, pero jamás había sospechado encontrármelas en la selva amazónica. Intenté capturarlas en su vuelo interminable. Eran impredecibles, dueñas de unos itinerarios que giraban en círculos tan pronto como daban media vuelta para alejarse por donde habían venido. Las primeras imágenes resultaron borrosas, saturadas de cielo limpio e informe. Poco a poco conseguí, sin embargo, introducir mi espíritu visual dentro de los cuerpos ingravidos de las aves, y entonces mis ojos y mis dedos se sincronizaron con las alas de ellas, mis huesos consiguieron elevarse con el vuelo de esos otros huesos huecos, y los disparos en ráfaga de la cámara consiguieron atrapar la danza enloquecida de esas pequeñas profecías negras que rozaban la superficie apenas crispada del río. Fueron dos o tres minutos en los que, como me ocurría siempre que conseguía encontrar el sentido de una

imagen, tuve una revelación del movimiento del universo en esos pájaros que sentí revoloteando dentro de mi propia sangre.

La nube negra de las golondrinas dio un último respingo contra el río y se alejó hacia la espesura. Apagué la cámara y la guardé de nuevo en el morral, satisfecho y libre.

Aceleramos el paso para llegar pronto a la casa del Cucaracho. El tiempo de la contemplación artística había terminado, era hora de organizar los planes inmediatos. Durante diez minutos caminé en silencio con el río a un lado y Magdalena al otro.

—Es una casa azul —dijo al doblar una curva.

Las casas se espaciaban cada vez más para dejarles sitio a pequeñas parcelas cultivadas con yuca y plátano. Las canoas de madera estacionadas se estrellaban plácidamente contra las orillas de barro. El malecón había terminado hacía mucho, caminábamos por una especie de acera de tierra. Al final, cuando las casas fueron cada vez más escasas y parecía que el camino nos dirigía directamente hacia los inicios de la selva, divisamos, unos veinte metros más allá, la casa azul.

Era una casita destartalada pintada de un desteñido y remoto azul turquesa, muy distinto del intenso azul rey que yo había imaginado. El entusiasmo que me había acompañado durante el trayecto se convirtió de pronto en una desazón gelatinosa. Podía ser el calor, la caminata o los rezagos de la resaca. Deseé más que nunca tener algo para fumar. Tal vez el humo gris del tabaco hubiera podido alertar un poco mis nervios para recobrar el impulso que había tenido minutos antes, mientras tomaba las fotos.

Magdalena llamó a la puerta. Escuchamos unos pasos pesados acercarse desde el interior. Nadie preguntó quién era, ni qué necesitábamos. La puerta se abrió despacio y un olor a hierbas amargas me despabiló al instante. Frente a nosotros, enmarcado en la oscuridad interior de la casa, se encontraba un muchacho de cuerpo robusto, algo contrahecho, con un bigote incipiente

cargado de gotas de sudor. Tenía el color miel de los indígenas, el pelo liso y muy negro, y vestía con una camiseta roja y una pantaloneta gris. Era en sus ojos donde se alojaba el espanto: tenía la mirada pequeña y oblicua de los retrasados mentales; los párpados cerrados, tensos, dejaban apenas espacio para que se asomaran, como bestias asustadas, dos pupilas negras carentes de iris.

«Como los ojos de los chinos», pensé.

Vi en su boca la expresión bobalicona de los sapos o de algunos roedores.

Entonces, mientras encontraba la manera de dirigirme a ese niño gigante que me miraba desde la oscuridad de sus ojos idiotas, él se adelantó con pasos torpes para rodear a Magdalena con sus brazos, apretándole las costillas con una fuerza descomunal para alguien de su edad. Era una bienvenida que venía de otro mundo, de un espacio en el que nada de lo que yo conocía existía de la misma manera. Magdalena le tocó la cabeza con cariño, le consintió sin asco el pelo lacio y grasiento que le caía sobre los hombros. Por un instante no hubo más que eso, el abrazo desmesurado del niño y la mano de ella sobre su pelo. Todo rodeado de un silencio en penumbras que nadie se atrevía a interrumpir. Hasta que una mujer apareció en el fondo de la casa y lo llamó con un grito. Lo vi correr hacia ella, desaparecer tras una puerta que daba a un patio trasero en el que no me había fijado.

—Disculpen —dijo la señora, parca y a media voz.

Era una anciana a la que sería imposible calcularle la edad. No podía tener menos de sesenta años o hubiera podido haber pasado ya la centena. Magdalena la saludó con familiaridad y respeto, le preguntó por los animales, por la chacra, por el niño. Quiso saber si Heriberto estaba en la casa. La mujer desapareció en el patio trasero. Volvió acompañada de un hombre tan viejo como ella, alto como una vara y de piel gris, arrugada, seca y dura como el pellejo de un rinoceronte. Me extendió una mano.

—Cucaracho, para servirle.

Así que este era el famoso Cucaracho, el mismo joven silencioso del que me había hablado Luis Infante la noche anterior, el lancharo que lo transportó por primera vez, cuarenta años antes, río arriba, hacia el internado. Tuve una sensación repentina: me di cuenta, de golpe, de que así me lo había imaginado mientras escuchaba el relato del profesor: viejo, nudoso, curtido por el clima; era como si fuera imposible imaginarse la juventud de un hombre así. Tan lejos parecía estar.

Le devolví el saludo con cortesía, tratando de mostrar, sin éxito, alguna forma tímida de respeto.

—Es el mejor baquiano del pueblo —dijo Magdalena.

—Lo sé —respondí—, el profe Lucho me habló de él anoche.

El Cucaracho sonrió al escuchar el nombre del profesor. Fue como si le hubiéramos presentado una muy favorable carta de recomendación, aunque yo sabía que al estar con Magdalena eso no era necesario. Se retiró al patio interior, lo escuchamos hablar en una lengua desconocida para mí, y un par de minutos después regresó con un bulto al hombro y una escopeta terciada a la espalda. Nos indicó la salida. El sol había desaparecido ya, la luz era azul y gris; los últimos loros rezagados atravesaban el cielo hacia sus nidos en el interior de la selva; una bandada de garzas, como suspiros blancos, se perdió en el horizonte. Magdalena me agarró del brazo y me indicó un ave oscura, con visos dorados, que en ese instante pasaba sobre nuestras cabezas antes de perderse detrás de los tejados del pueblo. El pico era un cuerno verde, una cornucopia de color cambiante bajo el cielo, turquesa o amarillo a veces, rojo en sus flancos. Fue como ver un fantasma que me dejó plantado en la tierra.

Magdalena lanzó una carcajada.

—Era un tucán —dijo—. ¿Nunca había visto uno?

—Así no —respondí, intentando parecer natural.

Volvió a reírse. Me apretó la mano y seguimos caminando hacia el centro del pueblo.

Al llegar al embarcadero, el Cucaracho nos pidió que esperáramos mientras él preparaba el bote. Nos sentamos en la terraza de uno de los bares del puerto. Pedimos dos cervezas y contemplamos cómo el río en calma se iba perdiendo en la oscuridad del ocaso.

—Donde vamos a ir ahora es un campamento desmantelado en el que extraían oro de forma ilegal —empezó a decir—, un brazo alejado del río entre los pantanos de una de las orillas. Desde hace varios meses estoy investigando sobre el tema. No he avanzado mucho, pero ahí voy.

Tomó un sorbo de su cerveza.

—Me parece muy raro estar con usted en este lugar, llevarlo conmigo, cuando no hace ni un día que nos conocemos. Pero anoche vi algo. Vi algo que no puedo definir: una sed, tal vez; como una ansiedad. Usted quiere ver algo, no sé qué. Me lo dijo, tal cual, aunque no se acuerde: «Me gustaría vivir algo distinto». Así lo dijo. Y yo sé que no se trata simplemente de ver otro paisaje, de una visión superficial. Usted busca una cosa, Santiago: una visión que le cambie el mundo. ¿Sí o no? ¿Me equivoco?

Asentí con la cabeza.

—Yo no le voy a mostrar nada nuevo ni nada distinto a lo que pueden ser las noticias de cada día, pero sí lo voy a llevar a un lugar por el que pasó la maldad y dejó su marca en la tierra; las cicatrices de la violencia en el suelo mismo del mundo. Y mañana, a las seis de la mañana, nos iremos a su reserva natural a descansar y desconectarnos. ¿Entiende?

¿Entendía? Tal vez sí, tal vez no. Pero en todo caso, estaba dispuesto a aceptar lo que viniera.

—Creo que sí —respondí.

Me dio un beso inesperado en la boca, largo y húmedo. Acabó su cerveza de un sorbo y pidió otra. A nuestro alrededor el embarcadero se agitaba con los últimos movimientos del día. Pregunté en el bar si vendían Marlboro. Ordené una cajetilla junto con otra cerveza.

Con la llegada de la noche, el río tenía un aspecto más antiguo que nunca. Brillaba con una luz que parecía provenir de sus profundidades. La temperatura había descendido un poco, la brisa era suave, el cielo se había cubierto de algunas nubes pesadas. Cerré los ojos para disfrutar un momento de ese estado del mundo, y me olvidé de todo. Era la naturaleza inocente, violenta, carente de sentidos, despojada de todos los significados que mi presencia allí pudiera otorgarle.

Magdalena pidió otras dos cervezas y me sacó un cigarrillo de la cajetilla.

—La última y nos vamos —dijo.

Asentí con la cabeza.

El cielo se había encapotado definitivamente. Un techo de nubes bajas, densas, ocultaba las pocas estrellas que había a esa hora. Pensé una vez más en mi presencia allí, en lo que estaba haciendo, en esa mujer que me acompañaba. Yo seguía dispuesto a aceptar esa realidad que, de un momento a otro, me había adoptado y me había hecho partícipe de algo.

Un chiflido nos sacó de nuestros pensamientos. El Cucaracho nos hacía señas desde la lancha.

Terminamos las cervezas, pagamos la cuenta y nos dirigimos al embarcadero. Las tiendas y bares del puerto habían empezado a llenarse de hombres y mujeres que bebían sentados en las terrazas, jugaban billar en viejas mesas con el paño desgarrado, tomaban aguardiente de pie, recostados contra los postes que sostenían los aleros de los locales. Cruzamos la calle; empezamos a descender por el terraplén que daba al agua. El Cucaracho esperaba de pie en la proa de la lancha. Cuando nos vio acercarnos, le tendió una mano a Magdalena para que pudiera trepar sobre la borda y acomodarse en el bote. Me senté junto a ella, en el banco más cercano a la popa, y esperamos a que él empujara la lancha hacia la corriente y de un salto se acomodara junto al timón, a nuestra espalda. Navegamos despacio hasta la mitad del cauce, enfilamos en dirección opuesta a la corriente y con un empujón fuimos ganando velocidad. Las pequeñas olas chocaban a los lados de la lancha, salpicando el interior con explosiones de agua que en poco tiempo nos dejaron empapados. Magdalena se apretaba contra mí, nuestros dedos entrelazados buscaban el equilibrio en el vaivén del asiento. A pesar de

la oscuridad, el paisaje era sobrecogedor. La selva estaba rodeada por una luz propia que permitía reconocer los contornos de los árboles, el movimiento de las hojas, la presencia de los animales en la noche. Algunas aves nocturnas revoloteaban sobre nuestras cabezas; insectos invisibles pasaban a nuestro lado como latigazos sin forma; repentinos destellos de luz atraían nuestras miradas, como fuegos fatuos. La selva no dormía: vivía de otra manera. Yo sentía siempre la respiración de un gran animal vivo a nuestro alrededor, que nos observaba con desconfianza.

La vibración de la lancha fue como un somnífero y me quedé dormido en una posición que después me reprocharían todos los músculos del cuerpo.

Tuve un sueño profundo y tranquilo, despojado de aflicciones, sin imágenes, atravesado tan solo por el rumor del río y el silbido de la brisa. Naufragué en un mar de placidez inconsciente. Durante un par de horas mi cuerpo se abandonó al flujo de la corriente.

Me despertó la mano de Magdalena zarandeándome por el hombro. Abrí los ojos. La noche se había hecho aún más oscura y una borrasca se aproximaba hacia nosotros. Se sentía la opresión de la tormenta, la proximidad de la lluvia, el ruido como de agitación subterránea que sonaba cada vez más cerca. Una inmensa nube negra, más negra que las profundas tinieblas, una masa oscura con la solidez del hierro nos cubría.

Antes de que el aguacero estallara sobre nuestras cabezas, alcanzamos a cubrirnos con unos plásticos que el Cucaracho llevaba guardados bajo el motor. Intenté proteger lo mejor que pude el morral en el que iba guardada la cámara, antes de cubrirme yo mismo.

Reventaban las gotas como balas. El río, el cielo, la selva, la espuma, las hojas, las nubes, nuestros rostros, la lancha, el ruido se confundieron en un solo caos, húmedo e irrespirable. El agua empezaba a empozarse en el fondo de la lancha. La lluvia se desplomaba entre mis gafas y los ojos; se me colaba por el cuello de la camiseta. Era un aguacero invencible. Ninguna protección

sería capaz de contenerlo. Parecía llover de lado, desde abajo, en el interior de las cosas. El agua nacía de los cuerpos. A mi lado, Magdalena iba acurrucada bajo el plástico negro. Parecía una estatua abandonada. Miré hacia atrás y vi al Cucaracho erguido en su puesto, con el timón del motor en la mano derecha, apretando los ojos bajo el diluvio para poder adivinar el camino frente a él. Tenía la cabeza levantada hacia la lluvia, y gesticulaba con una mueca de terror o de éxtasis. En la oscuridad de la tormenta, maniobraba la embarcación sin esfuerzo, esquivaba los raudales invisibles y reducía la velocidad al acercarse a las orillas bajas. Parecía más grande de lo que era.

Poco a poco, la tormenta fue haciendo imposible cualquier forma de visión. Muy pronto nos vimos hundidos en la más hermética oscuridad, dentro de un organismo acuático y palpitante cuyos límites eran inescrutables. Lo que esa tarde, un par de horas antes, había sido el melodioso sonido de la corriente, las aves, el susurro de la selva, se había transformado en un gemido agonizante y violento, una respiración afanosa llena de escupitajos y gorgoteos aterradores. El miedo inicial se convirtió en un terror fascinado que me paralizó en el asiento y me impidió sentir nada distinto al estruendo de la tormenta. Tenía las manos agarrotadas en el borde de la banca; en una de ellas apretaba los anteojos que me había quitado para protegerlos del agua. Con mis ojos miopes intentaba superar la confusión negra que me rodeaba, ir más allá de la cortina de agua para descubrir el paisaje amazónico que descargaba toda su violencia contra el río. No lo conseguí. Alcé los ojos y vi sobre la lancha un cielo azabache que no era protector. A los lados, el reflejo de bosque oscilaba en el agua como una sombra cruel. Magdalena seguía acurrucada en su rincón, mientras el Cucaracho conducía sereno.

Casi tres horas después, por fin empezó a amainar. El diluvio se transformó en aguacero, el aguacero en llovizna, la llovizna en una garúa fina, hasta que por fin todo terminó. El cielo se abrió como un telón de acero, sobre nuestras cabezas titilaron las estrellas. La selva a nuestro alrededor había vuelto a su

calma arrulladora, a su movediza vida nocturna, mientras nosotros, empapados, tratábamos de volver a vivir. Después de hacer parte de la palpitación de la selva, de ser un minúsculo elemento más en la configuración monstruosa y violenta del paisaje, volví a recordar mi pertenencia a un mundo en el cual los hombres recorrían la Tierra, como sonámbulos, construían casas y pueblos, ganaban un sueldo, escribían historias. Comprendí, por un instante, lo cerca que había estado de la desaparición. Empecé a sufrir por cada minuto que permanecíamos en ese río interminable sin llegar a ningún lado. En un momento, decidí cerrar los ojos para ignorar mi destino.

Me alertó el descenso de la velocidad. Nos metimos por entre un caño, como les dicen allá a los riachuelos pequeños que forma el río entre la vegetación. Las ramas nos golpeaban la cabeza y debíamos permanecer agachados en la lancha. El agua estaba estancada, un olor a podrido empezó a emanar de la superficie. El Cucaracho nos dio permiso de alumbrar con las lanternas. Los ojos de los caimanes centelleaban en la orilla, tan quietos como piedras preciosas incrustadas en una roca. La selva lo castiga a uno inyectándole terror en las venas. Los ataques enloquecedores de los mosquitos son apenas el comienzo de un proceso que pareciera que solo puede terminar con la pérdida de la razón. Recordé el plácido inicio del viaje, cuando salimos del pueblo, e imaginé que había ocurrido mucho tiempo atrás; siglos, incluso. Durante otras dos horas recorrimos con parsimonia una red de caños cada vez más parecida a las interminables extensiones de un pantano. Nos rodeaban las raíces traicioneras de los mangles. Transitábamos por un laberinto oscuro y pegajoso. ¿Qué horas serían?

De repente, el Cucaracho empujó la lancha contra una hondonada y saltó a la orilla.

—Llegamos —dijo.

Magdalena y yo caímos de un brinco en el lodo viscoso del borde.

Ascendimos agarrados de las raíces que salían de la tierra para intentar no

resbalar en el agua estancada del pantano, con las linternas sostenidas entre los dientes. En lo alto de la pendiente alumbramos ante nosotros lo que había sido un afluente del río Amazonas, ahora devastado. Los haces de luz recorrían un terreno que no tenía explicación, que no hacía parte de ningún manual de geografía o geología. Alumbrábamos cráteres naranjas, pozos de fango gris, espacios interminables de tierra pelada, como las vísceras expuestas de un muerto. Era como si a esa tierra le hubieran dado la vuelta de adentro hacia afuera, exponiendo las impudicias de sus entrañas. El valle, si es que eso era un valle, estaba cubierto por más lodo escarlata, irregular como los pliegues de un cerebro humano. Donde debía haber estado el cauce principal del río, la tierra estaba seca y gris, polvorienta como los escombros de una explosión. Del suelo brotaba un olor amargo, a animal muerto. Todo lo cubría una neblina de vapores malsanos. Caminé un poco por entre las grietas, traté de encontrarle el sentido a ese paisaje desértico; intenté reconstruirlo con los pequeños fragmentos de realidad que era capaz de alumbrar con mi linterna. Era como una porción de infierno en medio de la exuberancia del bosque. Aquí y allá se habían formado pozos que estaban llenos de un agua aceitosa y cenicienta cubierta de moscardones tornasolados. Los gusarapos, las alimañas flotaban en ella como parásitos carroñeros. Me detuve para intentar abarcar la impiedad de ese paisaje. Era la más clara demostración de muerte que yo hubiera visto nunca.

—Así queda todo al sacar el oro —dijo Magdalena, de pie a mi lado.

—El mercurio mata la tierra —completó el Cucaracho.

Traté de tomar algunas fotografías, pero la oscuridad hacía casi imposible el esfuerzo, y no llevaba trípode. Pronto desistí y devolví la cámara al morral.

En silencio recorrimos el lugar durante algunos minutos. La sensación de estar rodeados por cientos de insectos cargados de infecciones y enfermedades era una tortura insufrible. Magdalena anotaba cosas en su cuaderno, mientras yo intentaba fijar en mi memoria las imágenes de

destrucción que estaba contemplando. Ni siquiera un cadáver humano podría transmitir de una manera tan precisa la sensación de finitud que ese paisaje evocaba.

—Vamos al campamento —dijo el Cucaracho.

Lo seguimos por un sendero que se abría entre los matorrales resecos del borde del cráter.

El camino aparecía a nuestros pies, entre las zarzas espinosas, bajo los conos de luz de las linternas. A los pocos metros volvió a aparecer la selva, para engullirnos con oscura violencia y cubrirnos con su manto tembloroso de ramas y hojas. Avanzábamos a tientas, adivinábamos, a cada paso, dónde poner los pies. La luz de las linternas era insuficiente para desentrañar los traicioneros surcos grabados en la tierra. El Cucaracho iba adelante, silencioso, sumido en esa quietud que lo rodeaba siempre. Magdalena, a mi espalda, cerraba la fila, sus pasos ligeros resonaban sobre la hojarasca. Yo la miraba por encima del hombro, como si quisiera comprobar que seguía allí; era estremecedora la oscuridad impenetrable detrás de ella.

Avanzamos así, en esa línea recta de condenados a muerte, durante diez minutos. La opresión sobre nuestras cabezas se hacía cada vez mayor, similar a un presagio de venganza. Entonces, al atravesar por entre dos árboles inmensos como las columnas de un templo, apareció ante nosotros la primera construcción, un galpón en ruinas del que no se veían sino los troncos que lo habían sostenido. Las láminas de cinc del tejado estaban desparramadas por el suelo, y debíamos caminar con mucho cuidado para no cortarnos las piernas en la oscuridad. Los tres haces de luz eran como ojos inquietos que recorrían esos vestigios que ya empezaban a ser devorados por la espesura. Pequeños arbustos jóvenes asomaban entre los restos de madera, entre objetos enrevesados que parecían muebles o despojos de viejas estructuras ya sin uso. Avanzamos un poco más hasta encontrar un claro en el que se levantaba lo que aparentaba haber sido una pequeña aldea. Media docena de edificios

permanecían todavía en pie como si desafiaran el poder arrollador de la selva. Eran construcciones de cemento, ladrillo y metal, unos cubículos que debieron ser pequeños infiernos de calor y humedad. En el suelo, por todas partes, se veían restos de tuberías, bidones de gasolina vacíos, herramientas abandonadas, dos bombas de agua consumidas por la herrumbre, una planta eléctrica devorada por una enredadera de hojas anchas como manos, un tanque de agua dentro del cual alcancé a iluminar una familia de sapos oscuros como la misma noche. Magdalena y el Cucaracho se habían separado, daban vueltas por el campamento con sus linternas que apuntaban inquietas hacia todos los rincones, mientras yo permanecía sentado en uno de los bidones vacíos, intentando comprender en la oscuridad la dimensión de lo que nos rodeaba.

Pensé en un campo de trabajos forzados, en una prisión secreta, en un lugar clandestino construido para el placer, el dolor y la muerte. Por lo que había leído, esos poblados itinerantes ligados a la explotación de oro en la Amazonía siempre estaban conectados con otras actividades ilícitas como el tráfico de drogas, el contrabando y la trata de personas. Me imaginé a los cientos de trabajadores que allí vivían desangrando el río de sol a sol, el mercurio inasible que transitaba por esas tuberías para purificar el oro que arrancaban de las entrañas de los cauces, las mujeres encadenadas a catres de hierro a las que cada noche esos mismos hombres penetraban con indolencia y cansancio, con una violencia densa y sudorosa cargada de ambición y desencanto; me imaginé a los patronos, armados, recorriendo esos senderos con la mirada llena de codicia; me imaginé a los políticos que recibían en sus despachos las ofrendas doradas por hacerse los de la vista gorda en esos territorios; los intermediarios que compraban el oro sin importar su procedencia y lo fundían con otro oro más limpio, más puro, proveniente de las minas legales en las que muy pocos comerciantes honrados se empobrecían o morían ante el embate de las mafias que los obligaban a ceder sus minas o caer baleados en rincones oscuros, en carreteras oscuras, en parajes oscuros

de una geografía indiferente; me imaginé a las mujeres de Ginebra o Nueva York que podían permitirse comprar un reloj de oro de cuarenta o cincuenta mil dólares, una obra maestra de precisión y diseño, una joya inigualable en un mundo ya tan lejano, tan lejano de esa selva húmeda y tenebrosa en la que la tierra, los animales, los hombres y las mujeres habían tenido que exponerse y morir para que ellas pudieran ver la hora exacta frente al lago Lemán o el Central Park.

Ahora, yo sabía que no era nada nuevo, que casos como ese eran frecuentes en nuestro país y en todos los países que tenían que exponer permanentemente su vida y su honor para sobrevivir, para cumplir las exigencias que el resto del mundo les hacía a cada instante, a cada hora. La prensa, la mediocre prensa colombiana, estaba plagada de escenarios de pesadilla, de teatros de terror. Un artículo más, como el que Magdalena pensaba escribir, o estaba escribiendo, no sería otra cosa que una fugaz lucecita en una constelación de estrellas incandescentes, la luz de una vela moribunda en una tarima en la que los que más destacaban, los verdaderos reflectores que cegaban nuestras vidas, eran los políticos corruptos y los jugadores de fútbol. Era así, no de otra manera. Nada saldría de allí, excepto la posible transformación interior que podía ocurrir en presencia de tal devastación y tal locura.

Era más horrible y más incomprensible porque matar a un hombre es fácil, pero ¿cuánto esfuerzo es necesario para matar la tierra?

La voz de Magdalena me sobresaltó. Tenía un cuaderno en la mano, el rostro congestionado por la tristeza. Estaba junto a mí, apuntando con su linterna hacia ninguna parte, mientras hablaba desordenadamente sobre lo que creía que había ocurrido en aquel lugar. De vez en cuando anotaba algo, para después seguir con una especie de discurso convulso e inconexo que duró dos o tres minutos.

Entonces dio la impresión de recuperarse, buscó mi mano libre en la oscuridad y dijo en voz alta:

—Nos vamos, Cucaracho, no es necesario ver más.

Como un felino nocturno, el lancharo apareció a nuestro lado casi sin hacer ruido. Volvió a ponerse a la cabeza de la fila india. Nuestra sombría procesión hizo en silencio el camino de regreso al cráter devastado y luego a la lancha dormida en el pantano. Subimos en ella y el Cucaracho empezó a navegar por entre el agua empozada.

Atravesamos la red de caños, esquivamos las trampas de las raíces de los mangles, hasta que salimos de nuevo a la basta inmensidad del río en calma. La tempestad de hacía unas horas había dejado un rastro de aromas florales en el aire y una quietud profunda en el cauce en tinieblas. Magdalena iba a mi lado, seria y meditabunda; no tardó en dormirse recostada en mi hombro. Yo estuve despierto todo el viaje de regreso, atento a la noche benefactora que nos envolvía. Me era imposible calcular la hora; debía ser algún momento entre las dos y las cuatro de la madrugada. La selva, por fin, se había dormido. Lo único que transmitía alguna señal de vitalidad eran el motor y el choque de las ondas contra la proa de la lancha. Íbamos a favor de la corriente, con el caudal alto, por lo que el trayecto de vuelta duró casi la mitad que el de ida. Cuando llegamos al pueblo, un sueño impenetrable lo cubría todo.

Sacudí con suavidad a Magdalena para despertarla. Su rostro había recuperado una especie de calma triste que la embellecía, que la hacía parecer misteriosa y nostálgica. Se apoyó en mí para tomar impulso y ascender por el terraplén del puerto. En el fondo de la lancha quedaban varias latas de cerveza vacías que yo no recordaba habernos tomado. Esperamos a que el Cucaracho atara la lancha a una de las estacas de la orilla y subiera junto a nosotros. Magdalena le entregó un par de billetes. El lancharo los guardó y nos dio a los dos un apretón de manos antes de desaparecer en dirección a su casa. Empezamos a caminar con rumbo a la plaza. Cuando llegamos allí, Magdalena miró la hora en el pequeño reloj de plástico de su muñeca izquierda.

—Son las tres y media —dijo—. ¿Todavía quiere que vaya con usted a la

reserva?

No dudé un instante.

—Sí —respondí—. Claro que quiero.

Vi en su cara una sonrisa cansada.

—Entonces nos vemos en el puerto, en la misma tienda de esta tarde, a las cinco y media —dijo, como quien recita las instrucciones de un manual—. Yo tengo que ir a mi casa a alistar maleta y dormir aunque sea una hora. Usted debería hacer lo mismo.

—Sí —volví a responder, dispuesto a acatar todos sus mandatos—, voy a hacerle caso. A las cinco y media nos vemos allá.

Me dio un beso en la boca, un beso profundo aunque ausente.

—Gracias por todo —dijo antes de separarse de mí y desaparecer por una calle lateral opuesta a la que llevaba a mi hotel.

La iluminación del pueblo era débil, indecisa, apenas un halo que no conseguía hacer menos densa la oscuridad. Antes de entrar al hotel me fumé un cigarrillo en la calle, de cara al pueblo dormido. Ingresé en el clima de hielo de la recepción con la sensación de estar regresando de un viaje muy largo. Había olvidado por completo la existencia de futilidades como el aire acondicionado o la pantalla del computador que permanecía eternamente encendida en el mostrador vacío. Procuré no hacer ruido al subir las escaleras. Abrí la puerta con cuidado, como un ladrón; una vez dentro, encendí la luz y me quité los zapatos cubiertos de barro. Tenía el cerebro demasiado activo para dormir, así que me dediqué durante unos minutos a arreglar mi maleta, a echar en bolsas plásticas la ropa sucia y a organizar todo para mi temprana partida. Cuando acabé, saqué del morral la cámara de fotos para revisar que estuviera en buen estado. Aparentemente no le había caído agua ni tierra; revisé algunas de las últimas fotografías en la pequeña pantalla, eliminé varias. La volví a guardar; puse el morral en el suelo, junto a la maleta de ropa. Todo estaba listo.

Miré a mi alrededor para comprobar que no se me quedaba nada. Descubrí el celular en la mesita de noche. Tenía que encenderlo para poner el despertador. Ya eran las cuatro y cuarto. Ningún mensaje ingresó ni tampoco tenía llamadas perdidas; mejor así. Activé la alarma a las cinco y cuarto, me tendí desnudo sobre la cama y caí dormido al instante.

Me despertó el tintineo enloquecedor del aparato. Lo apagué de un golpe. Aún no había amanecido y la temperatura estaba en su punto más bajo, por lo que el agua helada de la ducha fue como una tortura para mis nervios aletargados. Tenía la sensación de no haber dormido en muchos días, de tener el cerebro hecho de piedra. Nada fluía en mi interior, estaba tenso, cansado. El agua ayudó a despejarme, aunque todavía me sentía lento, con las venas inundadas de mercurio. Me vestí con la ropa que había dejado preparada, acomodé el morral en mis hombros, cargué la maleta a mi costado y bajé las escaleras para hacer el *check out*. Como cosa rara, no había nadie en la recepción. Intenté recordar si a la hora de hacer el registro, dos días atrás, me habían pedido algún número de tarjeta de crédito a la que pudieran aplicarme cargos por abandonar el hotel sin avisar. Creía que no, aunque no estaba seguro. Aún me faltaba por pagar esa segunda noche, que no había estado prevista en mi itinerario original. No quise molestar a los demás huéspedes, así que no me importó y salí a la calle con la esperanza de haber dejado atrás para siempre ese espacio helado y tétrico.

Una tenue luz azul empezaba a insinuarse sobre los tejados del pueblo, un amanecer luminoso sin una sola nube en el cielo. Recuperé algo de ligereza al sentir la brisa que subía desde el río; caminé a buen paso hacia la plaza y luego hacia el puerto. Unas cuantas motos habían empezado a transitar por las calles. El puerto era ya un lugar completamente activo, lleno de hombres que se afanaban de un lado a otro cargando bultos, cajas y paquetes hacia las lanchas estacionadas en la orilla. En una de las mesas del andén me esperaba

Magdalena, con una taza de café en la mano. Nos saludamos con un beso corto en la boca, como dos novios antiguos; le pregunté si había podido descansar algo, a lo que asintió con la cabeza. Me asomé al interior de la tienda para ordenar otro café. Frente a ella, debajo de la mesa, había un pequeño morral azul.

—¿Y usted durmió? —me preguntó, con ese tono impersonal aunque cargado de emoción.

—Sí —le respondí, dejando el celular sobre la mesa—, alcancé a dormir como una hora. Casi no me levanto si no es por la alarma de este bicho que me despertó.

Lo miró como a un insecto muerto.

—Avísele a quien le tenga que avisar que va a estar unos días por fuera —me recomendó—, en esa zona de la selva no entra ni un poquito de señal.

Pensé en las personas que podrían preocuparse por mi ausencia. Se me ocurrieron dos. Mi mamá, que ya sabía que iba a estar incomunicado durante algunos días, y Lucía, que era cada vez más un fantasma informe del que esperaba con ansias su desaparición. ¿Y Ángela? Ángela ya no hacía parte de mi vida. Esto, por primera vez, no me entristeció.

Magdalena puso sobre la mesa dos papeles cuadrados, pequeños, del tamaño de un naipe; llevaban escritos a mano unos números que al principio no comprendí.

—¿Qué es eso?

—Son los tiquetes de la lancha —dijo, con una sonrisa—, los compré antes de que usted llegara. Es mi manera de agradecerle por la compañía de anoche y por haberme invitado a ir con usted hoy.

Levanté los tiquetes: eran dos recibos de caja sin nada especial, dos pedazos de papel con dos números consecutivos escritos en trazos vacilantes: 23 y 24.

Pasé mi brazo por los hombros de Magdalena. La atraje hacia mí y le besé

el pelo; ella recostó su cabeza en mi pecho. Permanecimos así unos minutos, en completa quietud, mientras el puerto a nuestro alrededor se agitaba bajo la luz cada vez más intensa del amanecer.

Nos sacó del letargo el eco de un motor acercándose. Magdalena levantó la cabeza. Yo intentaba buscar con la mirada el origen de ese ruido que se sobreponía a los demás. Entonces, por el costado derecho del río, vi aparecer una lancha enorme, con techo de lona, larga como un gusano. Se acercó desde el centro del río, bajó las revoluciones, atracó con el simple empuje de su impulso. Dos hombres saltaron a tierra y otros dos se encaramaron al techo. Los primeros empezaron a ayudar a descender a los pasajeros. Una fila de hombres, mujeres y niños salió caminando hacia diferentes puntos del puerto, como animales a los que se les abre de repente la puerta del corral. Los dos hombres del techo desamarraban sin ningún cuidado los bultos, maletas y paquetes que iban acomodados allí. Le pidieron a uno de los hombres de abajo que ayudara a recibirlos. De cada cinco lanzamientos, el hombre de abajo atrapaba uno, los demás caían al suelo.

—Esa es nuestra lancha —dijo entonces Magdalena—. Mejor vamos rápido para alcanzar a subir entre los primeros. Si no, después nos quedamos sin puesto. Es frecuente que vendan más tiquetes que el cupo que tiene la lancha.

Ya se había empezado a aglomerar la gente en la orilla. Dimos empujones y nos abrimos paso con los codos y logramos atravesar entre los mirones para alcanzar el tumulto de los que sí teníamos tiquete.

—Mucha gente se acerca a hacer desorden para ver si consiguen colarse en la lancha sin que los vean —me dijo al oído Magdalena—. Por eso no dicen nada cuando uno los empuja para pasar entre ellos. Prefieren no hacer escándalo y que no los descubran. No deje que agarren su equipaje para subirlo al techo.

Cuando la lancha terminó de vaciarse, el hombre que había recibido a los pasajeros que llegaban se volvió hacia nosotros para iniciar el abordaje de los

que nos íbamos. Pidió que hiciéramos fila frente a él, desdobló un papel sucio que le alcanzó una mujer que había llegado corriendo desde algún lugar del puerto, levantó un lápiz y empezó a dar paso hacia el interior de la embarcación. Examinaba sin cuidado los tiquetes y tachaba el número correspondiente en su planilla antes de apartarse para permitir la entrada. Magdalena y yo fuimos de los primeros en abordar. Escogimos dos asientos en la parte trasera de la lancha, desde donde la perspectiva del río parecía más abierta, más clara. Nos pusimos los chalecos salvavidas que olían a sudor, a cuerpos recalentados. Los broches de las correas habían dejado de cerrar hacía muchos años, por lo que debían anudarse como uno mejor pudiera. Acomodamos las maletas en el piso, bajo los asientos, y el morral de la cámara en mis piernas. Por todas partes se veían remiendos en la lancha: asientos tejidos con retazos de lona, tornillos salidos de sus agujeros, filos de metal levantados en las juntas metálicas del casco, cientos de huecos en el techo. Sobre nuestras cabezas empezaron a resonar los bultos que caían de cualquier manera antes de ser atados a la estructura. La lancha se fue llenando de gente hasta que no cupo nadie más. Unas veinte personas quedaron afuera, refunfuñaban o exigían a gritos un lugar en la embarcación. Pero nadie parecía hacerles caso. Los hombres ya habían empezado a preparar el zarpe, dos en la proa y dos en la popa, junto al motor. Desanudaron los cabos de las estacas en tierra, empujaron con una vara enorme y pronto dimos la vuelta para encarar el río recién amanecido hacia el norte, con el sol saliente a nuestra derecha. Hileras de luz ondeaban sobre las aguas. Los pericos atronaban el mundo con sus chillidos mientras atravesaban el río en dirección al interior de la selva. Una bandada de loros rojos se reflejó en el agua como manchas de sangre. Las garzas, con rumbo a los pantanos de los caños, dejaban en el cielo su sombra blanca.

Llegamos lentamente al centro de la corriente. Entonces, con un último empujón que nos lanzó hacia los espaldares de los asientos, un soplo de aire

inundó la lancha. Empezamos a brincar sobre el río. Rompíamos las olas con el casco, mientras salpicaduras de agua caían sobre nosotros. Cuando la velocidad se hizo estable, la lancha pareció encontrar su posición en la corriente. Nos hicimos parte del silencio, y las orillas lejanas, cubiertas de selva, desfilaron a nuestro lado como dos murallas que nos daban la bienvenida a otro mundo.

III

La reserva tenía una extensión de treinta hectáreas ubicadas sobre una meseta desde la cual se veía una extensión impresionante del río Amazonas. La orilla opuesta, a casi un kilómetro de distancia, aparecía como un horizonte borroso al final de un mar marrón. El alojamiento constaba de cinco cabañas de madera y una especie de sede principal en la que quedaban el comedor y una sala de descanso con hamacas y sillas mecedoras. Sobre los tejados brincaba una familia de micos domésticos. Adriana, la dueña del lugar, una bióloga de Bogotá que había heredado esa tierra de sus padres para convertirla en un centro de recuperación ecológica y hospedaje sostenible, solía regalarles trozos de banano a los visitantes para alimentar a los micos. Estos bajaban, intentaban apoderarse de la fruta con movimientos rápidos, como de raponeros experimentados, antes de regresar de nuevo a la elevada seguridad del techo. Era frecuente que se orinaran sobre la gente y la dejaran impregnada de un olor agrio.

Magdalena y yo llegamos al lugar después de hacer una parada en un pequeño pueblo amazónico en donde no había ningún tipo de transporte motorizado. Era una especie de aldea sin tiempo, en la que la gente se movilizaba a pie o en bicicleta sobre una red de caminos adoquinados más propios de una ciudad de la Toscana que de un villorrio en medio de la selva. Allí nos informaron que la lancha de la reserva me había estado esperando el día anterior, pero que, al no tener noticias de mi llegada, había regresado sin dejar ninguna indicación. Esta mañana la lancha no había venido, por lo que nos iba a tocar alquilar alguna embarcación que me hiciera el favor de transportarnos los diez kilómetros río arriba que aún nos separaban del lugar.

Un indígena joven que estaba en el puerto a la caza de turistas a los que pudiera servirles de guía se ofreció a llevarnos. Se llamaba Obsimar. Nos cobraba una suma que a Magdalena no le pareció alta, así que aceptamos y partimos con él.

Su lancha era un pequeño cascarón roído con un motor viejísimo que apenas alcanzaba los quince kilómetros por hora. Obsimar era un hombre conversador; a medida que avanzábamos, sus manos nos señalaban las aves o los árboles en la orilla. Se emocionaba con los rayos del sol que golpeaban en la superficie del río. Era pintor, nos dijo. Estaba casado con una francesa que había llegado allí hacía dos años en una excursión de amigas. Él había sido su guía; se habían enamorado en esa semana que ella pasó a su lado. Ahora tenían un bebé de seis meses. Los dos, su mujer y el niño, estaban en París visitando a los abuelos. Él no había querido ir porque esta era una buena época para el trabajo. Su etnia era la huitoto, y su nombre quería decir «hombre de obsidiana». Con orgullo nos mostró sus músculos, posando como una estrella de películas de acción. Tenía los brazos torneados, lustrosos, duros como los troncos de un árbol. Sonreía siempre. Llegué a pensar que esa sonrisa no era más que la expresión natural de su cara.

Atracamos en un pequeño muelle de tablas cubiertas de hongos. Descendimos con cuidado de no resbalar.

Cuando nos despedimos, Obsimar se ofreció a regresar al día siguiente para darnos un paseo por la selva.

—Los puedo recoger por la mañana, damos un paseo por el río, visitamos una de las comunidades cercanas y vemos el atardecer en el lago —dijo.

Miré a Magdalena buscando su aprobación. La vi asentir con la cabeza. Estaba contenta; Obsimar le había caído bien. Aceptamos el ofrecimiento.

Contemplamos cómo la lancha daba la vuelta para hacer el viaje de regreso. Estábamos cogidos de la mano; yo sentía una serenidad desconocida.

Ascendimos por los escalones de madera que conducían desde la orilla del

río hasta la parte alta de la meseta. Allí, entre palmas de açái y un mirador construido sobre pilares de madera pintados de colores vivos, nos recibió el alboroto de los micos. De la casa principal salió una mujer de no más de cuarenta años, ojos verdes, piel bronceada. Se notaba que no era de allí; en su voz identifiqué el acento impreciso de los bogotanos. Nos dio la bienvenida con un entusiasmo desmedido; nos hizo seguir a la sala de descanso mientras ella buscaba las llaves de nuestra cabaña y nos hacía firmar un formulario de registro. Pidió que la siguiéramos por un camino de tierra bordeado por platanillos, aves del paraíso, heliconias y bromelias. Rodeamos una pequeña laguna cubierta por victorias regias; decenas de flores blancas flotaban sobre la superficie como manos abiertas al sol.

—¿Les tienen miedo a las alturas? —preguntó Adriana.

Miré a Magdalena. Sonreía con la mirada puesta en la superficie tersa del agua.

Sin separar la vista de allí, respondió:

—No.

—Muy bien —dijo Adriana—, porque les asigné la cabaña del árbol.

En una ceiba de casi cuarenta metros de altura, un poco más arriba de la mitad del tronco, se sostenía una cabaña sobre una plataforma apoyada en las ramas laterales. La construcción bordeaba todo el diámetro del árbol, por lo que era posible, desde allí, tener una panorámica completa del paisaje. Se accedía a la cabaña por una escalera en espiral de travesaños amarrados con sogas; un pequeño corredor rodeaba los muros exteriores. El baño, a cielo abierto, estaba oculto en la base del árbol.

—Lo único malo —continuó nuestra anfitriona—, es que para ir al baño hay que bajar hasta el piso.

No lo decía como una disculpa, sino como un chiste. Sabía que era un inconveniente muy pequeño en comparación con la posibilidad de dormir en la selva a esa altura.

Le dimos las gracias, nos despedimos en el comienzo de la escalera y empezamos a ascender. Para alguien como yo, sedentario, enemigo del ejercicio físico, la subida fue un esfuerzo considerable. Llegué acezando a la cabaña, sin aire en los pulmones. Cuando estuvimos arriba, nos volvimos hacia el río. Habíamos tenido que apoyarnos en la baranda del balcón para contrarrestar el vacío. Desde abajo la altura parecía menor, pero una vez allí era como estar sobrevolando la tierra desde el lugar donde nacen las nubes. La vista era impresionante, un infinito campo de árboles era interrumpido solo por la profunda línea de cobre del río inmenso. Las copas de los árboles se balanceaban con la brisa, trémulas, atravesadas por un estremecimiento interno que las llenaba de vida. El sol, indolente en su recorrido circular, prestaba su calor a las cosas de allá abajo. Bordeamos el corredor para tener una perspectiva de la parte trasera de la cabaña. La selva interminable se extendía ante nosotros, miles y miles de árboles que no se detenían nunca hacia el horizonte infinito. Ni siquiera el mar me había producido una sensación de eternidad como aquella.

El interior de la cabaña era cálido, con una luz tenue que se filtraba por entre las tablas de las paredes y las mallas mosquiteras de las ventanas. Esta misma luz venía de un viaje por entre el follaje de los árboles más altos, las enredaderas y los bejucos, así que al llegar a nosotros ya había perdido parte de su intensidad, que se había quedado esparcida sobre la selva. Era suave como una caricia.

Después de quitarnos los zapatos y las camisas, nos tiramos sobre las sábanas blancas, inmaculadas; y fue como sumergirnos en un lago de agua fresca. No alcanzamos a decirnos nada antes de quedarnos dormidos.

Lo que ocurrió en los dos días siguientes no se pareció en nada a las fantasías bucólicas que mi imaginación había empezado a construir desde que Magdalena había aparecido en mi vida. Tampoco fue, en todo caso, un viaje sin algunos momentos de verdadera felicidad, aunque esta fuera siempre por

motivos distintos a los que hubiera previsto.

Esa noche me desperté cuando ya estaba totalmente oscuro. Magdalena había desaparecido. Pasé algunos minutos escuchando el escándalo de la noche amazónica, los miles de insectos que poblaban el aire con sus vibraciones. Por unos minutos me fue imposible ver nada. La negrura era compacta, casi sólida, una envoltura de sombra sin una sola grieta. Al poco rato, sin embargo, mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra y pude distinguir los contornos de la cabaña, el movimiento de las hojas en el exterior, las siluetas de los objetos que me rodeaban. Con cuidado agarré la lámpara de aceite y los fósforos que estaban sobre una repisa en la pared, y la encendí. Nunca había tenido que iluminar nada con esa luz naranja y vacilante. En esa soledad, me sentí parte de otro tiempo, de otra vida.

Antes de salir, me cambié de ropa y metí los cigarrillos en el bolsillo de las bermudas.

A lo lejos, entre el follaje, distinguí una luz en dirección al río, donde estaba ubicada la sede de la reserva. Fui hacia allá, atravesando el mismo camino que había hecho en sentido contrario unas horas antes. Entre las flores croaban las ranas. Durante unos segundos me siguió el intermitente resplandor de una luciérnaga. La espesura se movía repentinamente, con espasmos inexplicables. Cuando entré al edificio, vi a Magdalena junto a otras seis personas, alrededor de una mesa redonda. Se turnaban una botella de aguardiente de la que bebían del pico. Al verme entrar, Magdalena se levantó, dio unos pasos vacilantes y me recibió con un beso en la boca. Tenía los ojos translúcidos. Estaba radiante, absolutamente borracha. No sé qué desánimo se había instalado en mí, pero tuve que esforzarme para fingir el mismo entusiasmo que ella ante mi incorporación al grupo de desconocidos. Por primera vez empezó a tomar forma una pregunta que me acompañaría durante el resto del viaje: ¿qué estaba haciendo yo allí? Fue una pregunta que, además, impregnó mi recuerdo y contaminó con su inseguridad toda mi vida reciente:

¿qué había estado haciendo allí?

El grupo lo conformaban una pareja de alemanes, un norteamericano que viajaba solo, y tres jóvenes francesas que festejaban su grado de la universidad con un viaje por América Latina. La pareja de alemanes hablaba poco, aunque parecía atenta a todo lo que se dijera en la mesa. Pronto me enteré de que el gringo había sido químico farmacéutico durante casi quince años, pero que decidió dejarlo todo y recorrer el mundo hasta donde lo permitieran sus ahorros. Las francesas habían estudiado Ciencias Políticas, pero querían dedicarse a trabajar en una ONG o alguna entidad parecida que apoyara temas humanitarios; eran como una misma persona repartida en tres cuerpos distintos. En todo caso, la conversación era un caos lingüístico que al parecer no le importaba a nadie. Magdalena estaba contando, en inglés, una historia acerca de un pueblo indígena que atacaba ferozmente a cualquier blanco que se atreviera a entrar en su territorio.

—Son totalmente salvajes —decía—, casi nadie los ha visto. Dicen que andan desnudos y comen carne humana. Se comunican por telepatía gracias a las plantas alucinógenas de la selva.

No sé por qué hubo algo en sus palabras que me desconcertó, un tono del cual no estaba seguro, pero que era algo así como la confirmación de una temible sospecha. ¿Qué había esperado, acaso? Magdalena era una mujer occidental como cualquiera de nosotros, una blanca que por razones de la vida había terminado viviendo allí. A veces se necesitan generaciones para erradicar las costumbres y vencer los prejuicios. Por otro lado, ¿debía culparla? Aunque los llamara salvajes o caníbales, por lo que yo sabía, ella había hecho más por ellos que cualquiera de los que estábamos sentados en esa mesa. Su trabajo, según podía deducir, cargado de idealismo y una dosis enorme de romanticismo, buscaba propiciar alguna diferencia para esos seres olvidados que subsistían en un rincón perdido del mundo. Y eso no era poco. Aun así, me sentí incómodo. Acerqué mi mano a la botella de aguardiente y

bebí un trago largo.

Me preguntaron a qué me dedicaba, qué estaba haciendo allí. Respondí con algunas evasivas e intenté, sin éxito, explicar la purificación espiritual que buscaba.

—Es que tiene una pena de amor —dijo Magdalena y soltó una carcajada—. Pero vamos a ver si se le quita en estos días.

No me gustó el comentario. Se lo hice saber al no hacerle eco a su risa. Pareció no darse cuenta.

En algún momento, la pareja alemana se despidió. El gringo, un poco desanimado al darse cuenta de que la única mujer sola del grupo en realidad venía conmigo, también desapareció poco después. Las tres francesas, en cambio, sacaron una nueva botella de su mochila y la pusieron sobre la mesa. A medida que me emborrachaba me sorprendía más y más ese extraño fenómeno social: la individualidad colectiva de esas tres jóvenes que parecían responder a un mismo comando central. No hablaban mal español, contaban historias de su vida en París, trataban de verse menos burguesas de lo que en realidad eran. Bebían sin parar, pero no parecían estar borrachas. A Magdalena y a mí nos parecieron simpáticas desde el comienzo, y eso ayudó a que mi ánimo sombrío se disipara un poco. Además, el aguardiente sabía insospechadamente bien en la tibia noche de la selva.

Adriana apareció con una bandeja llena de patacones, ají de yuca amarga y trozos de casabe. Comió con nosotros, se tomó un par de tragos y desapareció de nuevo.

No mucho después de comer, Magdalena me dijo al oído que quería subir ya a la cabaña, así que nos despedimos y atravesamos en silencio el camino susurrante hasta la ceiba. A pesar del alcohol, la subida por la escalera fue sencilla. Pronto estuvimos sobre la cama, desnudos, haciendo el amor con un ritmo frenético y ascendente como el silbido crepitante de las chicharras que hacía que la noche pareciera un espacio infinito donde no había nada más que

oscuridad y cantos, zumbidos cuyo propósito era tantear con sus ondas sonoras la dimensión del cosmos vacío.

Poco después salí a fumar en el pequeño corredor que rodeaba la cabaña, pero el ataque despiadado de los zancudos me obligó a regresar sin haber terminado el cigarrillo.

—A esta altura se oyen ruidos que uno ni se imagina —dije, y sentí auténtica extrañeza.

—A mí me da mucho miedo pensar que los ruidos de la noche son de animales desconocidos —respondió Magdalena desde la cama, con el cuerpo desnudo cubierto por una delgada sábana blanca—. Los ruidos del día uno sabe que son de micos o de pájaros, pero los de la noche vaya a saber qué cara tienen. Yo todavía no me acostumbro.

Miré a Magdalena sin decir nada. Nos iluminaba la lámpara de aceite. En el mosquitero estallaban los insectos atraídos por la luz en sus intentos desesperados por entrar al cuarto. De nuevo me pregunté qué estaba haciendo allí, con esa mujer a la que conocía hacía apenas cuarenta y ocho horas, con la que había pasado las dos noches anteriores y a la que había decidido pedirle que me acompañara en mi excursión de tres días por la selva. Hasta ese momento, ella no me había contado casi nada de su vida, o si me había contado algo, yo lo había olvidado, y ella no había reparado en ese hecho. No era que me sintiera inseguro; era otra cosa, más parecida a lo que puede sentir un hombre en altamar que, aun sabiéndose a salvo, no logra decidir hacia dónde dirigir su embarcación.

—¿Qué mira? —preguntó, ante mi vacilación.

—No sé —dije—. No miro nada.

—¿Qué piensa, entonces? —insistió.

—Que no sé qué estamos haciendo aquí —era la primera muestra de inseguridad que le daba, la primera evidencia de cualquier duda que hubiera estado latente en mí, y esperaba no demostrar demasiada aprensión en mis

palabras.

Ella no dijo nada. Se volteó hacia mí y liberó de la sábana su pecho y su pierna izquierda. La miré; empezaba a tener otra erección. La borrachera había desaparecido y le dejaba su lugar a una aterciopelada forma de melancolía. Magdalena era, sin duda, la mujer más hermosa con la que había estado en mi vida. Todas las formas de prudencia que pudiera necesitar quedaban derrotadas sin remedio ante la visión de una mujer como aquella. Era el resultado de mi deficiente educación religiosa y patriarcal: imaginaba que el poder de una mujer radicaba en la firmeza y forma de sus senos y en la generosidad de su vagina. Pero también era otra cosa, una sospecha. Una incógnita que se formaba en mi interior al contemplar a una mujer desnuda: el temor de encontrar en ella una porción de algo que solo era redimible con un heroísmo del que yo me sabía incapaz. Y el sexo era la única manera en que un ser mezquino y cobarde como yo podía intentar acercarse a eso, a ese misterio, el de la desnudez femenina, para el cual nada ni nadie me había preparado nunca.

—No estamos haciendo nada —dijo Magdalena al fin, sonriente—. Nada malo, por lo menos.

Esta vez, fui yo el que no respondió nada. Había retirado los ojos de ella para escuchar el bullicio animal de la noche. ¿Era esa la respuesta que esperaba? Me había parecido ligera, un poco tonta aunque no carente de verdad, como un lugar común. ¿Qué quería, acaso? ¿Que ella me entregara una reflexión interminable sobre el azar y las casualidades y las decisiones apresuradas? La lección, quizás, era sencillamente esa: había que dejar de hacerse preguntas.

Se revolvió en la cama, recostó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Todo el cuerpo le había quedado descubierto. Volví a mirarla. Tenía la piel brillante por la humedad; gotas de sudor resbalaban por el interior de sus muslos; el pelo le caía sobre los hombros como dos serpientes nocturnas.

Suspiró antes de hablar.

—Mire, Santiago —no había rabia en su voz, sino un cansancio profundo y tenso—, cuando nos conocimos, en el bar del río, hubo alguna razón que me hizo hablar con usted y contarle mi vida y abrirle una puerta que hacía mucho tiempo había estado cerrada para todo el mundo. No fue solamente el aguardiente, porque miles de veces me he emborrachado sin que eso signifique dar un voto de confianza o abrirle mi corazón a alguien. Pero, como ya le dije ayer, con usted las cosas fueron distintas. Lamentablemente, usted estaba demasiado borracho como para recordar nada, algo de lo que no lo culpo, aunque sí me hubiera gustado que todo fuera distinto. Pero es una puerta por la que usted ya entró y no pienso repetir el proceso de abrirla. Es decir: ya estamos aquí, y no me voy a partir la cabeza contándole otra vez mi vida y las razones por las que llevo años viviendo en este lugar ni cuáles son mis planes. No me malentienda ni me guarde rencor, no lo hago por egoísmo, es simple y puro cansancio. Son ganas de aprovechar esto sin hablar de más ni actuar de más. Tal vez sí soy egoísta, ahora que lo pienso, aunque no estoy dispuesta a remediarlo. Además, a nadie le va a causar dolor, creo. Usted, me parece, lo que necesita es eso, nada más. ¿Para qué quiere ponerse a hablar y explicar y dudar de todo? No sea cansón. Estemos aquí, a ver si el tiempo nos deja responder a los motivos por los cuales nos encontramos; y si no, pues solo estamos... ¿no?

Me había vuelto a desnudar y estaba sentado en la cama, junto a ella, con las piernas cruzadas y, entre ellas, mi pene otra vez flácido y colgante, como un insecto más en esa selva extraña. Algo de lo que Magdalena había dicho me había llenado los ojos de lágrimas. No era la ausencia de drama en sus palabras, o que yo buscara, sin conseguirla, una historia ordenada que permitiera satisfacer no sé qué necesidad torpe de obtener una explicación. Era otra cosa: el presentimiento de que los motivos que había tenido Magdalena para decirme eso no tenían nada que ver con un deseo de generar

misterio o de evadirse, sino que expresaban una voluntad rotunda e inflexible, el deseo de que yo supiera que, aunque ella sí tenía cosas que contar, cosas que, de hecho, ya me había contado, aunque yo no las recordara, ella sí era capaz de disfrutar de ese momento sin lamentaciones ni dudas, con valentía.

Voltéé la cabeza para mirarla. No sabría decir de qué color tenía la piel, si era morena o blanca, tostada por el sol o de un color natural, como de madera fresca. Me miró con los ojos llenos de emoción. Agarró una de mis manos y la pasó con ternura sobre sus tetas, deteniéndose en los pezones para hacerles presión; luego bajó con ella hasta hundirla entre sus piernas, entre esa nube de sudor caliente, empujó mis dedos hacia adentro; sentí que ya se había formado un puente de humedad sobre el que deslicé el meñique para llevarlo hasta el fondo, como si estuviera bajo el agua. La toqué durante varios minutos, luego me detuvo para pedirme que la penetrara. Me acomodé sobre ella. Hicimos el amor en silencio, jadeamos al oído del otro, con un ritmo que ya no era el de la selva estrepitosa sino el de las corrientes secretas del río.

A la mañana siguiente, escuchamos el motor de la lancha de Obsimar desde el comedor, donde acabábamos de desayunar y reposábamos en un par de sillas mecedoras. Los demás huéspedes habían salido desde la madrugada en una excursión por el bosque, nos dijo Adriana, así que pudimos comer los tres en una suerte de intimidad cómoda y sin apuros. Adriana nos contó parte de la historia de la finca desde que sus papás se la dejaron para recuperarla: los esfuerzos que debió hacer para lograrlo, la recompensa que había sido ser testigo de la resurrección de una tierra prácticamente muerta. Ahora era un espacio no solo para la recepción de viajeros; varias universidades enviaban allí a sus investigadores y alumnos para aprovechar las condiciones extraordinarias del lugar. Organizaban expediciones de varios meses cuyos resultados solían ser beneficiosos para las dos partes: los universitarios ponían en práctica sus teorías y avanzaban en sus investigaciones, mientras la comunidad se beneficiaba con conocimientos sobre los suelos, el manejo de

las lluvias, arquitectura sostenible o principios de agricultura en zonas de selva. Adriana invitaba a los habitantes de otros lugares de la región para participar en esos proyectos y así se había ido convirtiendo en una especie de líder social representante de una forma respetuosa y digna de progreso. Un Prometeo amazónico. Al final nos dijo que nos mostraría los cultivos de piña y yuca amarga cuando regresáramos de nuestro paseo.

Magdalena y yo parecíamos, por un momento, haber derrotado cualquier barrera que existiera entre nosotros. Después de aquella noche, en la que la selva nos envolvió con su respiración mientras dormíamos desnudos a veinte metros de altura, no serían necesarias, al parecer, más preguntas. Habíamos vuelto a hacer el amor al despertar; nos bañamos juntos bajo el cielo azul; nos detuvimos en el camino hacia el comedor para tomarles fotos a las flores, a las enormes hojas de los helechos, a los pájaros que se posaban sobre las ramas de los árboles. Creí lograr unas imágenes muy buenas de un pájaro insectívoro de cabeza azul y pico amarillo. Magdalena sabía algunas cosas sobre las plantas que nos rodeaban, trataba de enseñarme sus nombres y algunos de los usos que les daban los locales. Mientras hablaba, me daba la espalda, con una flor en sus manos, y yo aprovechaba para disparar sin que se diera cuenta. Esos retratos furtivos me obligaron a mirarla mejor que nunca, a girar a su alrededor para encontrar la luz, a detenerme en los relieves de su cara y de su cuerpo. Los revisé en la pequeña pantalla de la cámara. Eran, sin duda, unas de las mejores fotografías que había tomado nunca.

Nos despedimos de Adriana cuando vimos que la lancha de Obsimar se detenía en la orilla del río. Descendimos la ladera entre los gruñidos de los monos a los que acababan de servirles su desayuno de banano y pan remojado en leche. El guía nos saludó como a viejos amigos. Al fondo de la lancha vimos a un hombre pequeño y robusto al que nos presentaron como Rubén. Era un mestizo, hijo de padre brasilero y madre huitoto. Conservaba los rasgos propios de los indígenas, pero en un empaque que no podría calificar sino de

ciudadino. Más que fuerte era gordo, aunque después descubrí que podía manejar el motor de la lancha como si fuera la cuerda de una pequeña cometa. Si Obsimar no paraba de hablar, Rubén era silencioso, aunque hacía comentarios, casi siempre irónicos, que nos hacían reír a todos. Tenía la piel del rostro picada de antiguas viruelas, dos ojos redondos, luminosos como los de un pájaro, y las manos carnudas de quien ha dedicado su vida a darles uso. Entre Obsimar y él existía una forma de comunicación perfecta que no pasaba por las palabras.

Nos acomodamos en el centro de la lancha. Obsimar ocupó su puesto en la proa mientras Rubén maniobraba el timón para retroceder hacia el centro del cauce. La mañana era clara, con una transparencia que permitía adivinar una nueva vida en la luz que penetraba en los objetos. El reflejo de los árboles en la orilla era perfecto, sin un quiebre; las aves sobrevolaban el río en bandadas de colores; pequeños peces voladores brincaban en la superficie para caer más allá, diminutos, como insectos subacuáticos. Íbamos silenciosos, abrumados por tanta claridad.

A los pocos minutos, cuando ya habíamos dejado atrás todo rastro de presencia humana, Rubén detuvo la embarcación. Quedamos quietos en el bamboleo de la corriente. Entonces descubrí, como una explosión, la inabarcable soledad de la selva abierta. La inmensidad de las aguas empequeñecía todo lo que las habitaba. Las dos orillas eran casi indiscernibles. Solo había a nuestro alrededor el caudal marrón del río descomunal. El silencio interminable de un mundo engañosamente dormido.

Entonces, como si surgiera de la profundidad de la Tierra para darnos la bienvenida, un delfín rosado se asomó a menos de diez metros e hizo una voltereta ligera que dejó plasmada en nuestros ojos una visión de aurora tardía en el río. Era una criatura que ya antes había engañado a otros humanos con ilusiones de sirenas y mujeres anfibias. Hipnotizado, traté de seguir su movimiento bajo el agua, para adivinar el siguiente lugar desde donde se

asomaría. Reapareció casi a nuestro lado, a la distancia de un palo de escoba y nos dejó ver su lomo liso, hecho de agua y crepúsculo, su trompa sonriente y su cola orgullosa. Obsimar lanzó un chiflido agudo, dolorosamente alto, y pronto nos vimos rodeados por cuatro o cinco delfines que se asomaban con una expresión de curiosidad casi humana en los ojos. Intenté tomar algunas fotografías, pero prefería mirarlos sin ningún obstáculo más allá de la infranqueable barrera de las distinciones biológicas. Aun así, sentí que ellos eran capaces de generar en mí más interés que la gran mayoría de los seres humanos con los que me había topado en la vida. Era una intuición, más que una verdad. Era la sospecha de que allí había algo que me resultaba profundamente familiar aunque nunca llegara a saber qué era.

Permanecemos casi una hora en el mismo punto, presenciando esa danza circular que parecía no tener fin, hasta que los delfines se aburrieron, empezaron a alejarse poco a poco y volvieron a dejarnos solos en medio de la corriente.

Retomamos el rumbo. Durante media hora navegamos en línea recta sin una sola deriva. Finalmente viramos hacia la derecha para remontar un brazo que se internaba entre los árboles. En pocos segundos la atmósfera se transformó. De la amplitud sin límites pasamos a una opresión palpitante en la que mil ojos parecían observarnos. En ciertos puntos, las copas de los árboles de las orillas se juntaban en lo alto y formaban un túnel de sombra, bajo el que nos deslizábamos como fugitivos. Rubén había disminuido la velocidad. Parecía que avanzábamos apenas con el impulso de la corriente, en un silencio majestuoso y abrumador. Éramos capaces de sentir el movimiento alrededor, el chapaleo de los animales al descolgarse desde las ramas y sumergirse en el agua, el brinco de las aves o los monos de árbol en árbol, las carreras furtivas de los lagartos o las serpientes sobre los troncos, pero mis ojos no conseguían ser lo suficientemente rápidos como para ver nada. Yo sabía que esta no era la selva profunda, la verdadera oscuridad a la que los turistas casi nunca

accedían, en donde la vida podía estar en riesgo a cada instante, en cada recodo, pero aun así era imposible no sentir que accedía a un mundo nuevo, a un lugar en el que los ojos del hombre se habían detenido pocas veces. Un engaño al que me entregué sin reservas y con una felicidad exultante.

Obsimar le hizo a Rubén una señal con las manos, y este empezó a dirigir el bote hacia la orilla. Descendimos en un lugar sombrío, un claro rodeado de árboles grises que parecían viejos, un sitio sin vegetación en el suelo, cubierto de barro y hojarasca podrida. En el centro, sin embargo, se levantaba el árbol más extraño que yo hubiera visto nunca. Miles de pequeños troncos ascendían de la tierra entrelazados entre sí, una maraña de árboles que subían hasta casi quince metros de altura y que en realidad eran un solo árbol que crecía también hacia lo ancho, colonizaba poco a poco el terreno que lo rodeaba hasta hacerse el dueño de todo. Caminé a su alrededor y observé sus partes, esos espacios vacíos entre su propio cuerpo que eran como las ventanas de un inmenso complejo natural dispuesto a expandirse hasta ocupar la Tierra entera.

—Es un renaco —dijo entonces Obsimar, atento a mi sorpresa—, el árbol caminante del Amazonas o árbol del alma. Le decimos así porque creemos que en su centro viven seres espirituales que protegen la selva. Además, el renaco es en sí mismo una selva pequeña, un universo. Empieza siendo un pequeño arbolito que nace junto a otro más grande y va rodeándolo, ahogándolo en la medida en que crece y lo aprieta como hacen las serpientes con sus presas. Desde ese árbol original, que en este caso era una ceiba, y que sostiene al renaco, él va lanzando pequeñas lianas, o raíces aéreas, que se entierran en el piso y se convierten, con el tiempo, en troncos; estos troncos nuevos lanzan más y más lianas, hasta que el renaco crece sin control por todo el lugar, ahogando a todos árboles cercanos. Pero aun así es un solo árbol, una misma vida. Acá se puede ver que la ceiba original ya está muerta, totalmente asfixiada, pero ella le ha permitido vivir a un ser que constituye en sí mismo todo un mundo. Este debe tener unos cincuenta años, todavía está joven. ¿Sí ve

que los troncos no son tan gruesos? Eso es porque les falta crecer. Yo he visto renacos de cuatrocientos años, que ocupan casi un kilómetro de selva.

Lograr buenas fotos del renaco era casi imposible. Su inmensidad solo podía concebirse gracias a una observación minuciosa de la totalidad de ese ser vivo que parecía una ciudad vegetal orgullosa y violenta.

Regresamos a la lancha, al túnel de selva que nos devoraba con parsimonia. En algún momento, Magdalena puso su mano sobre mi pierna. Me sobresalté por un instante. Casi me había olvidado de ella. Le sonreí en silencio, apreté su mano y volví la vista hacia el exterior.

El cauce se fue ensanchando; el cielo cubierto por el follaje de los árboles se abrió para darle paso a un azul cegador y sofocante. A cada segundo las orillas se apartaban, la caverna de humedad y penumbra se transformaba en un valle de agua y sol. Y entonces apareció ante nosotros la superficie inmóvil de un lago tan grande como el cielo. La orilla opuesta era invisible, con un horizonte borroso bajo la luz del mediodía.

Rubén apagó el motor. Dejó que el impulso nos acercara suavemente hacia la orilla que estaba más cerca mientras miraba a su alrededor con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

Atracamos y ascendimos hacia una planicie desde la que se dominaba esa parte del lago. Alrededor de una explanada se levantaban media docena de cabañas sobre pilares de madera, construcciones que habían sido de colores pero a las que ahora no les quedaba sino el lejano recuerdo de un desvaído azul o un rojo que ya era rosa pálido. En un rincón, tras una de las casas, sobre una especie de plataforma de ladrillos, vi una estructura a la que no pude darle una explicación inmediata: era un disco cóncavo de color gris, con una antena en el medio, fabricado enteramente en algún metal desconocido. Parecía una antena parabólica común y corriente, pero allí, en medio de esa pequeña comunidad rural de la Amazonía, daba la impresión de haber caído desde otro planeta. Había dejado de funcionar hacía muchos años, me dijo Obsimar; fue

un intento de los gobernantes locales por dominar esa zona de la región. La antena, sin embargo, nunca había funcionado del todo bien, y a los pocos meses, los pobladores se cansaron de intentar y la abandonaron allí, como el cadáver de un dinosaurio. Los ingenieros del Gobierno dejaron de venir, los políticos desistieron en sus intentos, y al final fue como si esa antena que ahora no hacía sino contaminar la vista con sus formas sin gracia nunca hubiera existido más que como un espejismo.

Cuando regresé a la explanada vi a Obsimar charlando con una mujer a la entrada de una de las casas de cuya fachada colgaba un anuncio descolorido de gaseosa. Nos invitó a seguir, nos ofreció cerveza, acomodó un par de mesas de plástico, desapareció tras una puerta y regresó con cuatro latas de Póker. El suelo era de tierra; tenía dos ventanas que daban al lago y otra hacia una pequeña chacra en la parte trasera. Era un espacio fresco, oscuro, oloroso al humo que llegaba desde alguna hoguera invisible.

—¿Cuántas personas viven acá? —pregunté.

—Ciento cincuenta —respondió Obsimar—; es una comunidad muy pequeña, pero tiene una importancia grande porque es la que protege el ingreso al lago. Ellos han conseguido mantener alejados a los pescadores, a los mineros, a las autoridades. Todos son de una misma familia.

En una esquina, recostado contra el muro, vi un arco de madera y un atado de flechas. Intenté imaginarme a esos hombres luchando con esas armas contra las mineras multinacionales o contra el ejército. Debían tener también otros métodos.

Acabamos la cerveza y salimos de nuevo a la explanada. El calor había empezado a hacerse insoportable. El sudor escurría a chorros por mi espalda.

Miré a Magdalena, que había estado sorprendentemente silenciosa desde el inicio del viaje. No sé si en su rostro o en sus gestos había alguna especie de reproche, pero preferí no averiguarlo.

—¿Se quieren meter? —preguntó Obsimar.

Magdalena me miró sin entusiasmo; negó con la cabeza. A mí tampoco me atraía la idea. Había escuchado en alguna parte la historia del pez que se le metía a uno por la uretra y me aterraba la idea de que eso pudiera suceder.

—Entonces vamos a caminar un rato —dijo el guía antes de dirigirse hacia la parte posterior de la aldea—. Quiero mostrarles algo.

El bosque empezaba justo al borde de las chacras traseras de las pequeñas casas. En fila india, nos internamos en la espesura por un sendero apenas visible entre los árboles que se hacían cada vez más altos. Pronto dejamos de recibir la luz del sol. El aire se hizo espeso, denso como aceite, el calor nos envolvió en un abrazo pegajoso, cada movimiento era como andar entre lodo. En ciertas partes, el sendero desaparecía, por lo que debíamos sortear raíces de casi metro y medio de altura, plantas rastreras que se nos enredaban en los pies, arbustos espinosos que nos rayaban la piel. El paso de Obsimar era ágil, acostumbrado desde siempre a esas condiciones. Rubén caminaba a la retaguardia, lento aunque seguro de sus pasos, también experimentado en los caminos de la selva. En el medio, Magdalena y yo procurábamos no tropezar con los obstáculos. Cada tanto, Obsimar se detenía para señalarnos una flor, una rana, un ave posada en una rama. Vimos una familia de micos brincar sobre nuestras cabezas hasta desaparecer en la espesura. Como una letanía, Obsimar repetía los nombres de los árboles: mata-matá, chuchuhuasa, huito, andiroba, carapanaua, capinurí. Nos detuvimos junto a un ejemplar de este último. Debía tener más de cuarenta metros de altura; la copa se perdía en lo alto, entre un cielo marrón y verde. Del tronco surgían unas raíces altísimas, triangulares, que formaban en su base una especie de cuevas. Habría sido muy fácil construir sobre una de ellas un techo de paja para vivir allí. Con una rama que encontró en el piso, Obsimar golpeó una de estas raíces gigantes. En un instante se elevó un retumbar profundo, una voz grave que emitió un reclamo intenso y doliente, un ronquido que nos paralizó en la tierra y nos dejó despojados de toda palabra y todo pensamiento. El eco se prolongó durante un

rato eterno en el que no escuchamos más que la voz del árbol inundando el aire.

—Es el árbol de la comunicación —dijo el guía—, los indígenas lo utilizamos para mandar mensajes. Su sonido viaja hasta ocho kilómetros selva adentro. Cada tribu tiene diferentes señales para saber cuál es la información que quieren enviar.

Era efectivo y simple, el preludio a un ritual, una fiesta, un nacimiento; la voz del bosque que viajaba sin cesar para que nadie quedara sin enterarse de las cosas. Obsimar volvió a golpear el árbol. Otra vez ese retumbar ronco se me incrustó en la médula.

Avanzamos otra media hora. El sendero era cada vez más tupido, lleno de hojas, lianas, arbustos, troncos, helechos, flores y raíces que nos rodeaban como un gran animal en cuyo vientre intentáramos encontrar el camino. Nos detuvimos en un pequeño claro. En su centro se levantaba una gran ceiba; a su alrededor, la maleza se había ido acumulando como si fuera basura. Era una maraña de plantas rastreras y hojas podridas que casi impedían caminar.

—¿Se han fijado —preguntó Obsimar— en cómo todos los demás árboles que hemos visto estaban limpios a su alrededor, como si alguien le hiciera aseo al suelo sobre el que viven?

Yo no lo había notado, por supuesto, pero ahora caía en cuenta de que era así: los árboles más grandes se levantaban sobre tierra pisada, libre de hojas o arbustos.

Negamos con la cabeza.

—Es el espíritu del árbol —dijo Rubén, sorprendidamente—. Cuida de cada uno de ellos para que siempre esté bien. El de esta ceiba lo maté yo, hace ya más de veinte años. Por eso está así de descuidado.

Entonces nos contó la historia: cuando era joven, solía cazar por estos bosques. Con un grupo de compañeros pasaban días, semanas enteras en busca de babillas, venados, monos, jaguares, cualquier animal que pudiera ser

vendido en los mercados del río. Una tarde, Rubén se ubicó frente a esa ceiba, escondido detrás de un par de helechos gigantes que por allí crecían. Era normal tener que permanecer horas en silencio, a la espera de que algún animal se moviera. Los grandes árboles suelen ser fuente de agua, por lo que son el mejor lugar para encontrarse con alguna buena presa. Durante horas, Rubén esperó con su escopeta lista para disparar, sin notar el más mínimo movimiento. Entonces, cuando estaba a punto de desistir, un venado salió de entre los árboles y se acercó a la ceiba para buscar agua entre sus raíces. El cazador apuntó su arma, esperó a que el animal estuviera completamente inmóvil y disparó. Lo vio caer, con un suspiro largo con el que dejó este mundo. Calculó entonces que en menos de una hora se haría de noche y que de ninguna manera podría él solo cargar el animal hasta el campamento, así que decidió ir a buscar a sus compañeros para recoger el cadáver a la mañana siguiente. Regresó, les contó a los demás acerca de su presa, pasaron la noche bajo el cielo estrellado, en un claro a la orilla del río, y fueron hacia la ceiba con las primeras luces del nuevo día. Nadie encontró nada. Rodearon el árbol, revisaron los arbustos cercanos, barrieron la zona sin encontrar una señal del venado derribado. Varios se burlaron de Rubén; otros lo insultaron por hacerles perder el tiempo; todos se fueron hacia sus lugares de caza y lo dejaron solo frente a la enorme ceiba. Entonces las vio: un par de huellas humanas en las que nadie se había fijado. No eran de ninguno de ellos, pues la marca que dejaban era la silueta de un pie desnudo. No las habían visto, quizás, porque lo que esperaban encontrar eran las huellas de las pezuñas del animal. Siguió el rastro, que llevaba hacia otro claro en el bosque, unos metros más allá. Allí, recostado contra el tronco de un platanillo, Rubén encontró el cadáver de un hombre, un indígena de pelo largo y un pectoral de plumas, con un disparo de escopeta en el costado. Llevaba muerto menos de un día, y en su rostro había una mueca de infinita preocupación.

—La cara del que se muere y deja su misión sin terminar —concluyó

Rubén.

—Solo que en este caso —añadió Obsimar—, su tarea no terminaría nunca.

—¿Y qué pasó con el cuerpo? —pregunté.

—Nada. Lo dejé ahí. La selva debía encargarse de él.

Magdalena no dijo nada. Yo tampoco. Permanecimos todos en silencio durante algunos minutos antes de regresar.

Cuando volvimos a montar en la lancha, empezaba a atardecer. Obsimar le pidió a Rubén que nos dirigiéramos hacia el centro del lago para ver desde allí la caída del sol. Las aguas estaban inmóviles, silenciosas como una tumba. Nos rodeaba la selva en calma, las murallas de árboles que escondían ese universo inabarcable de la Amazonía. Yo estaba cada vez más abrumado, cada vez más hosco. Magdalena intentaba acercarse a mí sin encontrar un solo resquicio de cariño en mi cuerpo ni en mi mente. Pero no era antipatía, ni fastidio: era una sensación de pequeñez que me impedía todo movimiento. Era la conciencia de que nada de lo que yo hiciera tendría sentido, tamaño, volumen, peso, forma, en ese mundo aterrador, enorme, desconocido y hermoso que nos rodeaba, por lo que era preferible no hacer nada. Caí en un estado de sonambulismo y desidia, de suave vértigo, como si me desplomara por un abismo en cuyo fondo me esperaba algo que no era posible adivinar, la muerte o la eternidad. Solo podía observar, escuchar, sentir el viento en mi rostro y el agua bajo mis pies, la más absoluta soledad.

El cielo se cubrió con una cortina negra que se movía hacia el horizonte como una nube de tormenta. Una falsa noche opacó el día: cientos de miles de aves regresaban a sus nidos, cubrían el azul del firmamento con sus vuelos imperturbables.

Estalló un chillido infernal, el graznido de miles de animales que reclamaban en el aire su porción de viento, su derecho a un último canto antes de descender a la tierra. Se posaron sobre las ramas, en las copas; los árboles se poblaron de sombras negras como frutos recién nacidos. El sol incendió las

aguas tranquilas mientras las aves interminables no dejaban de pasar sobre nosotros. Después la tarde se hizo azul, púrpura, gris, hasta dejarnos sumidos en un mundo ceniciento en el que ya no volaban los pájaros.

Regresamos sin decir una palabra. Magdalena se recostó en mi hombro y se quedó dormida. Tal vez para Obsimar y Rubén el espectáculo no era sino otro atardecer más, pero respetaban mi silencio.

Al llegar a la reserva nos despedimos con abrazos efusivos. Les pagué la suma que habíamos acordado y Obsimar prometió venir a recogernos dos días después para llevarnos hasta el pueblo.

Esa noche Magdalena se tendió sobre la cama apenas llegamos y se quedó dormida al instante. Yo permanecí un rato en el corredor, fumando hasta que los zancudos me obligaron a entrar.

El último día lo pasamos en la cabaña. Deseaba poner por unas horas mi cabeza en pausa y disfrutar de la compañía de Magdalena, aunque ella, sin duda alguna, sabía que algo en mí no marchaba bien. Le encargué a Adriana doce cervezas, pescado frito y bolas de plátano verde rellenas de cebolla larga. Pasamos las horas bebiendo, comiendo y haciendo el amor. Mis tendencias románticas se apaciguaron, dejé de preguntarme qué estaba haciendo allí, intenté recibir lo que venía sin poner a prueba cada palabra, cada episodio, cada gesto, y me dediqué a disfrutar de la compañía de esa mujer hermosa. De la timidez sentimental (o lo que yo creía que era timidez sentimental, aunque podía ser simple torpeza) que al principio gobernó nuestros encuentros sexuales, pasamos al descubrimiento animal de los cuerpos, al tanteo de los sabores de nuestros fluidos, al abandono de todas las máscaras para enredarnos como simples objetos de placer y deseo durante horas, hasta quedar exhaustos y heridos. Magdalena recuperó la jovialidad que había perdido en el viaje del día anterior, sonrió de nuevo, no volvió a hablar de nada que no fuera esa existencia inmensa que nos rodeaba y de la que estábamos haciendo parte.

La última noche dormimos con las piernas entrelazadas, bajo un aguacero atronador que silenció todos los ruidos.

El regreso ocurrió entre brumas. El cielo pesaba sobre nosotros, el río estaba revuelto por la tormenta y los árboles goteaban en el agua formando un dosel triste de lluvia rezagada. De la reserva viajamos hacia el puerto y desde allí hacia el pueblo en la misma lancha de tres días atrás. Casi no hablamos en todo el camino. Mientras deshacíamos nuestros pasos sobre la corriente oscura, cayó sobre mí, como una verdad indeseada, lo que me esperaba al otro lado. El trabajo de oficina, la ciudad, la familia, el pasado, el presente, el desamor, los olvidos pendientes, la permanente insistencia que es la vida. Sentí entonces lo que debieron sentir tantos hombres que antes de mí tomaron la decisión de dejarlo todo por quedarse allí, entre los árboles y el río, entre el misterio de la naturaleza y la amplitud de lo desconocido, entre la inconcebible realidad que se oculta más allá del agua y de los bosques. Pero algo debía faltar en mí, algún tipo de heroísmo, o quizás era que me sobraba cobardía o sentido del deber o una rígida estructura impuesta por más de treinta años de conformismos, porque me fue imposible imaginarme para siempre en ese lugar, por muy bello y atractivo que fuera. Y eso, lo sabía, era una pérdida. O no, imposible saberlo. A fin de cuentas ¿había ido allí en busca de un lugar para quedarme, un nuevo hogar o una nueva tierra? Lo dudaba, aunque bien podría ser posible. ¿En algo había ayudado ese viaje para conseguir que mi insana fascinación por Ángela, mi obsesión por ella, mi interminable sensación de culpa o de vergüenza, mi rencor, mi odio, mi repulsión por Lucía se aliviaran o encontraran su justa medida dentro de mis sentimientos? Llevaba días sin pensar en ellas, la respuesta debía ser afirmativa. Había visto la grandeza, la verdadera inmensidad del mundo, y ahora podía poner en perspectiva, por primera vez, la pequeñez de lo humano. Mi propia pequeñez; la de la obsesión por alguien, la de los demás y nuestras miserables ambiciones. Sí, eso sí había ocurrido: a fuerza de convertirme en

un completo escéptico, había conseguido liberarme del dolor que era Ángela y del hastío que era Lucía. Aunque eso me hubiera costado la muerte de muchas de mis antiguas convicciones sobre los sentimientos propios y ajenos. Era un triunfo, sin duda. Una purificación.

Llegamos al pueblo pasado el mediodía. Decidimos almorzar juntos, antes de que yo partiera hacia el aeropuerto para tomar mi avión de regreso a Bogotá. Magdalena me llevó al mismo sitio en el que almorzamos el primer día. De nuevo ordenamos dos platos de quiñapira. Devoramos en silencio, con un hambre acuciada por el viaje y el cansancio. Pero no era el silencio de la comprensión, sino el de la despedida, intenso y rotundo.

—¿Va a volver? —me preguntó Magdalena cuando terminamos de comer.

¿Qué quería decir con eso? ¿Si iba a volver para quedarme, para pasar unos días, para irme con ella?

—No sé —fue lo único que atiné a responder—. Tal vez sí.

Ella asintió con la cabeza. Tenía los ojos cargados de lágrimas.

—Si quiere, puede anotar mi teléfono —dijo.

—Claro que sí.

Saqué mi celular, lo encendí, esperé a que se iniciara el sistema y me dispuse a marcar el número. Entraron varios mensajes y llamadas perdidas. Sin mirarlos, los eliminé.

Le di también mis datos a Magdalena, como en una extraña reciprocidad que sin embargo sonó forzada.

—Me puede llamar cuando quiera —concluí.

La miré un momento y me levanté, triste e incómodo. Una sensación de clausura se había instalado en mi pecho como una presión que me obligaba a tragar saliva, a aguantar las ganas de llorar. De pie, en la esquina de la plaza, nos dimos un abrazo largo, tenso, en el que yo intenté sentir contra mi cuerpo el cuerpo pequeño y apretado de Magdalena. Nos besamos con torpeza, casi sin quererlo. Atravesé la plaza para tomar un mototaxi hacia el aeropuerto.

Antes de abordarlo, volví a mirar hacia la esquina, pero Magdalena ya se había ido.

Avanzamos y recordé con gozo el sonido de los insectos en la altura de la cabaña.

El avión venía con retraso. Esperamos en la sala climatizada del aeropuerto a que los pasajeros que llegaban terminaran de desocupar la aeronave antes de que nos dieran paso a nosotros. A un costado de la pista, un par de hombres cargaban bultos en una avioneta, una vieja Cessna de color gris. La vi remontar la pista, carretear hacia el extremo, girar sobre sí misma y despegar con esa suavidad de hoja levantada por el viento. Muy pronto se perdió en el horizonte.

Un hombre pequeño, con chaleco naranja, nos dio el anuncio para embarcar. Abordamos el avión en fila india, aplastados por el calor del final de la tarde. El sol ardía en un intento de calcinarlo todo antes de desaparecer hacia el otro lado de la Tierra, vengativo tras la tormenta de la noche anterior.

Ocupé mi asiento junto a la ventana. Cerré los ojos por unos instantes. Sentí en mi cuerpo adormecido el temblor de las hélices del viejo ATR 42-500, el choque de las llantas contra el pavimento, el crujido del fuselaje al ganar velocidad. Nos elevamos sin esfuerzo, un despegue limpio y suave. Abrí los ojos para observar por la ventanilla la selva que se empequeñecía allá abajo hasta convertirse en una mancha verde y café y amarilla y azul, atravesada por aquel sablazo que la recorría como una cicatriz, como una herida antiquísima y hermosa. El río se hizo cada vez más delgado, cada vez más remoto, hasta que desapareció por completo. Solo quedaba la selva. Dos o tres claros desnudos, arrasados por una mano infame e invisible. Y luego, nada; la última capa de nubes y el inmenso cielo en el que nos adentrábamos sin piedad.

Quise leer un poco para distraerme, pero recordé que le había regalado a Magdalena mi ejemplar de *El cielo protector*. Pensé en el título del libro y miré de nuevo hacia el exterior. Sonreí.

Nota del autor

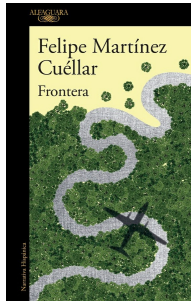
El proceso de escritura de esta novela empezó en 2015, con mi primer viaje al Vaupés. Desde entonces, tuve la oportunidad de visitar varios lugares de la Amazonía y la Orinoquía colombianas: Vaupés, Guainía, Vichada, Guaviare, Amazonas, Putumayo. En cada uno de ellos, decenas de personas me abrieron las puertas para permitirme ingresar en su vida cotidiana. Nunca dejé de sentirme un turista, pero gracias a su hospitalidad, jamás me sentí como un extraño. Quisiera dejar acá mi agradecimiento a todos ellos.

Al profesor Luis Hernando Infante, con quien recorrí durante horas el río Vaupés y que, con la paciencia del mejor de los maestros, me mostró los detalles de su vida y de su región. A Marcela Blanco, por llevarme a ver a las garotas de Tabatinga. A Cicerón González, de Puerto Carreño, que me señaló con el dedo el bar flotante del Orinoco. A Olga Lucía Villarreal, heroína en Mocoa. A Obsimar López, guía por los meandros de Puerto Nariño y navegante del Tarapoto. A todos los rectores, profesores y alumnos que me permitieron visitar sus colegios y me dieron alimento y cobijo.

También a Juan Carlos López, compañero en el recorrido por el Amazonas para descubrir los misterios de la comunidad de Arara. A Juan Camilo Romero, con quien visité a los monos de la Fundación Maikuchiga. A Santiago Gómez y Natalia Perdomo, vigilantes de estas páginas. A Adriana Martínez, por saber quitarle la maleza a este bosque sin forma.

Y a Carolina Venegas, con quien navego todos los días en la corriente más suave.

Bogotá, febrero de 2019



«Había viajado desde Bogotá para intentar olvidar a una mujer. Aunque olvidar era pedir demasiado; quizás se trataba, tan solo, de imponer una distancia entre ella y yo, entre mis recuerdos de ella y yo, entre el mundo y yo. Quería buscar un lugar en el que su existencia fuera imposible».

Santiago Zapata emprende un viaje al Amazonas abatido por el desamor. Dos personajes serán decisivos en su travesía: Luis Infante, un profesor que llegó a la región en los años ochenta para enseñar en un colegio público, y Magdalena, una joven periodista que desde hace un tiempo investiga los efectos devastadores de la explotación ilegal de oro en la zona.

Narrada desde la mirada del forastero que se sorprende con el choque constante entre la exuberancia de la selva y la fuerza arrasadora de la civilización, esta novela se adentra en el viaje interior de un hombre que debe redescubrir el mundo para encontrar su lugar en él.



FELIPE MARTÍNEZ CUÉLLAR

(Bogotá, 1986). Ha sido librero y gestor cultural. Desde 2012 trabaja en proyectos dedicados a la promoción de lectura y la circulación del libro en Colombia. Es autor de *La cosecha* (2015). *Frontera* es su segunda novela.

Foto: © CVK

Título original: *Frontera*

Primera edición en Alfaguara: julio de 2019

© 2019, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.

PBX: (57-1) 743-0700

www.megustaleer.com.co

Diseño e ilustración de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Patricia Martínez Linares

Árboles y textura del río: © Freepik

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-5496-62-0

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Frontera

Epígrafe

I

II

III

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos